Dato Turashvili

Vuelo desde la URSS

Traducción de Inés Condoy Franco



VUELO DESDE LA URSS

DATO TURASHVILI

Traducción de **Inés Condoy Franco**

Navona

Primera edición
Enero de 2024

Publicado en Barcelona por Editorial Navona SLU
Editorial Navona es una marca registrada de Suma Llibres SL
Gomis 47, 08023 Barcelona
navonaed.com

Dirección editorial Ernest Folch
Diseño gráfico Alex Velasco y Gerard Joan
Maquetación Moelmo
Papel tripa Oria Ivory
Tipografías Heldane y Studio Feixen Sans
Distribución en España UDL Libros

eISBN 978-84-19552-89-1

Título original ჯინსების თაობა

«Esos días azules y este sol de la infancia».

Últimas palabras de Antonio Machado

PREFACIO

En un principio no quise publicar este libro porque creía, ingenuamente, que tras la desintegración de la URSS el pasado soviético de Georgia se convertiría tan solo en un amargo recuerdo. Estaba equivocado. Resultó que el pasado puede volver en forma de venganza, especialmente si no somos capaces de dejarlo atrás.

Nos hemos distanciado de ese período del país, pero hemos fracasado en el intento de cambiar la forma de pensar que hicimos nuestra cuando formamos parte del llamado Imperio del Mal, donde la bondad escaseaba. La superpotencia pionera del espacio fue incapaz de producir una prenda de vestir tan sencilla como unos vaqueros. ¿Hay algo más inocente que unos vaqueros? Como no podían fabricarlos, sencillamente los prohibieron.

Los vaqueros prohibidos se convirtieron en una prenda incluso más apetecible que la fruta prohibida. Los jóvenes soviéticos querían conseguirlos a toda costa, y no es sorprendente que se produjera un *boom* en su contrabando. De vez en cuando, aparecían unos vaqueros de alguna de las marcas americanas auténticas que habían entrado clandestinamente desde cualquier parte del mundo. En esa época se pensaba que todos los vaqueros eran americanos, y, como la propaganda soviética tenía como principal objetivo destruir los valores americanos, muchos pensaban que la felicidad se encontraba allí donde abundaran los vaqueros.

Había algo de verdad en esa creencia, ya que el Estado soviético privaba a sus ciudadanos de los derechos civiles básicos, entre ellos, el derecho a la propiedad. Solo se podía alcanzar la libertad completa, o casi, en la tumba. Las autoridades dejaban de preocuparse por los derechos y libertades de los ciudadanos una vez que estos se encontraban a salvo bajo tierra. Incluso los funcionarios ateos sabían que tarde o temprano tendrían que descansar en ese mismo suelo, por lo que a nadie se le negaba el derecho a tener una sepultura.

Probablemente hubiera otras razones, pero el hecho es que su lugar de sepultura era lo único que la población podía poseer.

Lamentablemente, esta política marcó el comienzo del deterioro del gusto de los georgianos por los rituales funerarios. Durante siglos

los cementerios tradicionales georgianos fueron modestos y sencillos, mientras que durante la época soviética las tumbas pasaron a estar recargadas, decoradas con mesas y bancos de mármol, estatuas, bicicletas e incluso coches. Los georgianos soviéticos estaban seguros de una sola cosa: la tumba les pertenecía y por eso la cuidaban y protegían celosamente. La gente las construía y decoraba como si pudieran poseer otras propiedades y las autoridades hacían la vista gorda con las excentricidades de los cementerios. Los principios soviéticos no se extendieron a los cementerios georgianos.

Las autoridades georgianas demostraron tener más respeto por los muertos que por los vivos. Sin embargo, había un requisito necesario para tener la garantía de una tumba: había que morir por causas naturales. Cuando alguien era ejecutado por un crimen, al convicto muerto se le enterraba, por supuesto, pero no tenía una tumba propia. Desde la década de 1920, miles de convictos ejecutados encontraron el descanso eterno en varias zonas de tierra sin señalizar a lo largo del país. Muy a menudo, los enterradores a los que se les asignaba la tarea de preparar un hoyo profundo (no una tumba) no eran capaces de identificar los lugares con certeza, especialmente donde no había marcas en el terreno que les sirvieran de guía, ya que, por lo general, el encargo se llevaba a cabo de madrugada, en completa oscuridad.

Resulta sorprendente, por lo tanto, que uno de aquellos trabajadores fuera capaz de identificar un terreno yermo como lugar de descanso final quince años después del entierro. No era más que un enterrador que cumplía órdenes. Si hubiera sido el asesino, sin duda se habría olvidado de la inmensa y anodina explanada. Pero pensó que recordaba el sitio exacto donde años atrás fue enterrado Gega Kobakhidze. A diferencia de los poetas que derramaban lágrimas sobre las tumbas, no lloró esa noche de noviembre intentando recordar aquel lugar bajo la luna llena. Había guardado el secreto durante largo tiempo para terminar compartiéndolo quince años después con la madre de Gega. Dios sabe cuánta gente le había asegurado a Natela que conocía la localización exacta de la tumba de su hijo, pero esta vez su instinto de madre le decía que ese hombre no mentía.

No podía estar mintiendo: su cara reflejaba todo lo que había vivido a lo largo de su vida. Natela Machavariani llegó a la conclusión de que, en cierto modo, él mismo estaba muerto, por lo que debía de saberlo todo sobre los otros muertos. Durante muchos años numerosas personas se acercaban a Natela con buenas palabras afirmando que sabían dónde estaba enterrado su hijo. Los siguió a todos y cada uno de ellos en aquella misión imposible, para descubrir finalmente que a algunos los había enviado la KGB, otros pedían una recompensa y aun otros sencillamente la abandonaban en estaciones lejanas en el camino hacia las inhóspitas llanuras de Siberia.

Cuesta creer en la muerte hasta que nos enfrentamos a ella. Es mucho, mucho más duro creer en la muerte de un hijo, especialmente si las autoridades esconden estas oscuras barbaries y no hay ninguna otra forma de obtener una explicación oficial. Pero nada puede impedir que uno tenga esperanza y sueñe con lo mejor. La esperanza te pertenece a ti y solo a ti, ayudándote a continuar con tu vida, guiándote hacia delante, dándote impulso para seguir viviendo.

Durante muchos años distintas personas alimentaron la esperanza de la madre de Gega, diciendo que lo habían visto en esta prisión o en aquel campo especial de Siberia. Los padres de los convictos iban a buscar a sus hijos. No lo hacían porque creyeran que podían encontrar alguna pista sobre sus hijos ejecutados en ese inmenso y terrorífico país impío, sino porque temían perder la esperanza. El sepulturero apareció cuando su esperanza estaba a punto de agotarse.

Otros padres también decidieron que preferían hacer frente a la verdad, sin importar lo dolorosa que pudiera ser. Decidieron que ya era hora de saber dónde habían encontrado su último descanso sus hijos. Cuando se les acercó el sepulturero, Natela supo de inmediato que decía la verdad. No tuvo ninguna duda de que sería él el que enterrara su esperanza.

Eran solo unos pocos. El pequeño grupo fue en secreto. El día era frío y lluvioso, pero las mujeres no tuvieron miedo de cavar con los hombres. La lluvia paraba de vez en cuando, pero la tierra húmeda era tan difícil de cavar que la entrecortada respiración de los hombres atravesaba el terreno inmenso, inhóspito y sin nombre. Natela estaba segura de que aquel era el lugar exacto donde habían enterrado a su hijo, a pesar de que aquel terreno hubiera servido de fosa común para presos políticos y los criminales condenados del régimen soviético. Se les había dado sepultura de noche, en el más absoluto secreto, sin ataúdes ni ninguna otra indicación que los identificara.

Incluso el sepulturero se sorprendió al oír el sonido de la fría pala al chocar con el ataúd. Solo entonces recordó lo inhabitual que era que enterraran a un convicto en un féretro. Repitió con más confianza las palabras que habían llevado a los progenitores hasta aquel lugar. Sabía que Gega Kobakhidze estaba allí. El ataúd era metálico, en contraste con los tradicionales de madera; y Misha, el padre de Gega, casi se desmaya al oír el sonido de la pala en el metal. Las mujeres querían darle agua, pero no tenían, y estaban a kilómetros del pueblo más cercano. Por extraño que parezca, ninguno de ellos podía decir con seguridad por dónde habían llegado hasta aquel campo. Todos trataron de recordar el camino de su viaje secreto, pero ese sonido metálico eliminó todo lo demás de sus mentes.

En realidad, estaban de pie en el campo de hierba que escondía un cementerio enorme, tan grande como una ciudad. Ese campo escondía

la historia más oscura del siglo xx en Georgia: la fosa común que albergaba a todos los proscritos de las autoridades soviéticas; llevados desde los oscuros calabozos subterráneos hasta su descanso final bajo tierra.

El sepulturero consiguió milagrosamente un poco de agua para Misha Kobakhidze. En unos minutos abrirían el ataúd metálico. Los padres de Gega no tuvieron que sufrir esa agonía, aunque solo Dios sabe cuántas veces se habían imaginado ese momento. Fueron otros los que abrieron el féretro y Natia Megrelishvili reconoció el cuerpo de inmediato. No era Gega Kobakhidze.

Antes de que encontraran el sitio exacto de la sepultura, aquel lluvioso día de 1999, mientras cavaban con caras tensas, apenas tenían esperanza de encontrar la tumba en ese campo abierto. En respuesta a la silenciosa pregunta de Natela Machavariani, el sepulturero dijo en voz alta:

—Es aquí, lo recuerdo perfectamente.

—Han pasado quince años —dijo alguien.

—La tumba de Gega está aquí, lo recuerdo perfectamente.

Los hombres continuaron cavando en silencio. El sonido de su respiración acelerada resultaba ensordecedor para los padres que estaban alrededor del agujero. Una de las palas golpeó un ataúd y todo el mundo se paralizó con el sonido, solo un segundo. Tras ese instante continuaron cavando para sacar el ataúd y lo sacaron a la superficie.

Cuando los hombres abrieron la tapa del ataúd, la madre de Gega se dio la vuelta, esperando su reacción. Los hombres, conmocionados, miraron el cadáver, que era difícil de identificar debido al paso del tiempo. Fue Natia Megrelishvili quien afirmó:

—No es Gega. Es Soso, son sus vaqueros, ahí está el sol que dibujó.

Los demás volvieron a mirar el féretro abierto y solo entonces se dieron cuenta de que el fallecido llevaba vaqueros, a los que no les había afectado ni el tiempo ni la tierra. Los vaqueros estaban como nuevos y tenían un sol brillante dibujado sobre la rodilla derecha.

Eka Chikhaldze no se hubiera imaginado que volvería a ver a Soso Tsereteli. Todavía llevaba el mismo par de vaqueros con que lo vio la última vez hacía quince años, unos días antes del secuestro.

TINA

Quince años antes, el 28 de noviembre de 1983, una mujer joven estaba de pie delante de la puerta del avión que no había podido secuestrar con una granada en la mano. Su cara estaba cubierta de gotas de lluvia y esperaba el acto final de la representación.

Quieta con la granada de mano, como un acto de provocación para que las autoridades hicieran lo que de cualquier forma ya habían decidido hacer. El final se esperaba con ansia. El asedio había sido insoportablemente largo para todos los involucrados: tanto los que lo vieron de lejos como los que se encontraban en el avión solo querían que acabara. Algunos pasajeros y miembros de la tripulación habían muerto en el avión acribillado por las balas. Sus cadáveres yacían en el pasillo. Otros estaban heridos: sus quejidos rompían el silencio del avión. Uno de ellos suplicó a Tina que no detonara la granada. Tina estuvo un buen rato sin responder, pero al final dijo como si fuera para ella misma y con un punto de arrepentimiento:

—Tranquilícese, señora, ni siquiera es de verdad.

Sin embargo, la señora estaba aterrorizada, como el resto de los pasajeros. Tina buscó entre sus caras el rostro más importante para ella. Cuando lo encontró, miró a Gega a los ojos, solo por un segundo, pues en ese preciso momento los soldados de las Fuerzas Especiales que se encontraban encima del avión irrumpieron en la cabina, inundándola de humo.

Tina era extraordinariamente guapa desde su más tierna infancia. Los chicos la encontraban increíblemente atractiva y sus miradas la seguían allá adonde fuera.

Conforme fue creciendo, esta obsesión con su belleza empezó a resultarle molesta y a enfadarla. A Tina le daba la impresión de que los chicos solo se interesaban por su belleza, cuando ella se consideraba más interesante. Puede que esa fuera la razón por la que, antes de Gega, Tina nunca se hubiera enamorado.

Tina estudiaba en la Academia de Bellas Artes cuando Gega vio por primera vez uno de sus cuadros en una exposición. Hizo todo lo que estuvo en su mano para conseguir el teléfono de la artista. Cuando

llamó, sonó como si la artista tuviera una voz tan dulce e inocente que se fuera a creer cualquier cosa que él le dijera. Entonces le dijo que su cuadro era único y que le gustaría conocerla, pero también le quería decir a Tina, sin rodeos, que tenía una discapacidad física. Mucho tiempo después, Gega no pudo explicar por qué decidió mentir sobre su condición física; sin embargo, la respuesta de Tina en ese momento sencillamente lo impresionó.

—¿Por qué iba a importarme que sea discapacitado?

Esta chica de voz infantil le pareció más un ángel que una estudiante de la Academia de Bellas Artes de Tbilisi y Gega colgó inmediatamente. Pensó que debería sorprenderla, ya que no esperaba esa respuesta. Él no hubiera esperado ni por un momento que una chica joven que vivía en Tbilisi pudiera responder algo así y en ese mismo instante se arrepintió de su broma de mal gusto. En cualquier caso, se reconfortó a sí mismo por no haber revelado su verdadera identidad por teléfono. Gega era un joven actor, muy guapo y con mucho talento. Aunque solo tenía veintidós años, ya había interpretado papeles protagonistas con mucho éxito en varias películas, por lo que en esa época era conocido en Georgia y muy famoso en Tbilisi, sobre todo entre las adolescentes. Eso era precisamente lo que trataba de evitar. No quería utilizar su fama para conocer gente. Supuso que ese fue el motivo para inventarse el cuento de ser discapacitado. Gega reflexionó al respecto un poco más y decidió que echarse atrás sería incluso peor, por lo que volvió a marcar el número de Tina.

—Hola —dijo Tina con su voz infantil y que Gega ya empezaba a echar de menos.

De nuevo se sintió perdido e incómodo, por lo que tosió para aclararse la garganta. A Gega se le consideraba uno de los jóvenes actores con más talento, pero le estaba costando interpretar este papel. De repente se sintió inseguro.

—Soy yo otra vez —consiguió decir al fin con indecisión, antes de volver a aclararse la garganta.

—¿Adónde había ido? —Tina parecía sorprendida.

—A ningún sitio, se ha cortado.

—¿Qué decía?

—¿Cuándo?

—Antes de que se cortara.

—Decía que tengo una discapacidad física y no puedo moverme sin silla de ruedas.

—Está bien, puedo ir a su casa y llevar mis cuadros. Si no le importa que…

—Oh, no, no quiero molestarla y además…

—¿Además, qué?

—Además estoy todo el día en casa, así que prefiero salir y conocerla en otro sitio.

—Vale. No quería molestarle, pero parece que es lo contrario.

—Prefiero ir a la Academia después de sus clases.

—¿Cómo me reconocerá?

—Bueno, será fácil que me reconozca usted. No creo que haya otro como yo esperando delante de la Academia.

—Ya se lo he dicho, no me importa su situación.

—Pero sigo pensando que no es muy agradable que un tío discapacitado en silla de ruedas espere a una chica guapa como usted después de las clases…

—¿Una chica guapa como yo? ¿Cómo sabe qué aspecto tengo?

—No lo sé, pero, sea como sea, sus amigos se van a sorprender de ver a un admirador discapacitado delante de la Academia.

—Ese es mi problema.

—¿Mañana?

—¿Mañana, qué?

—¿Puedo ir mañana?

—Mañana las clases acaban a las tres.

—Pues a las tres. Estaré de pie delante del monumento…, quiero decir sentado.

—Iré en cuanto acaben las clases.

—Hasta mañana, entonces.

—Seguro que le he cansado.

—Oh, no, no se preocupe, pero tengo que irme.

La verdad es que Gega no estaba cansado, pero no quería continuar con la conversación; en realidad, no podía, así que ella se despidió y colgó. Más tarde sonrió para sí mismo por la alegría de descubrir que parecía que en Tbilisi había chicas diferentes. Quizá solo hubiera unas pocas en la ciudad, quizá solo Tina; pero, aun así…

Gega también se dio cuenta de que Tina no se merecía que siguiera mintiéndole, realmente era una broma de mal gusto, y la última persona a la que quería herirle los sentimientos era Tina. Se pasó toda la noche pensando mientras escuchaba sus vinilos favoritos. Ya estaba decidido que al día siguiente iría a la Academia de Bellas Artes, conocería a Tina, le explicaría todo y se disculparía. A pesar de haber tomado esa decisión no podía dormir. Seguía pensando en la curiosa voz infantil de Tina: esta chica no era como las demás.

Por la tarde pasó por casa de Dato. Dato Mikaberidze era amigo de Gega y tenía una cazadora Wrangler auténtica que a Gega le encantaba. Nunca se lo había dicho a Dato, ya que era increíblemente

generoso y enseguida se la hubiera quitado y regalado a Gega. Dato era generoso por naturaleza y no porque su padre trabajara en el Ministerio de Turismo Internacional, y por esto mismo nunca habría dejado a su querido hijo sin vaqueros.

No, no era por eso. Sencillamente Dato era muy generoso. Punto.

Sin embargo, esa mañana Gega decidió pedirle a Dato que le prestara la Wrangler por un día o, para ser más precisos, medio día. Conocería a Tina, se disculparía y le devolvería la cazadora a su dueño por la tarde.

Le gritó desde la calle y Vazha, el hermano pequeño de Dato, se asomó a la ventana. A Vazha le llamaban Prastaka, por su ingenuidad, pero era un chaval con un corazón enorme, como su hermano mayor. Gega lo saludó levantando los brazos:

—¿Cómo estás?

—Bien.

—¿No deberías estar en el colegio?

—Se ha quemado.

—¿Cuándo?

—Esta mañana, todavía sigue ardiendo.

—¡Hala! ¿Dónde está tu hermano?

—Ni idea. No estaba en casa cuando me he levantado.

—Seguramente te han despertado los camiones de bomberos…

Los dos estallaron en carcajadas. Gega dijo adiós con la mano y se dio la vuelta, pero Vazha no le dejó irse:

—¿Querías algo?

—No, nada. Vengo luego.

—Dime.

—Nada en especial. Solo quería que me prestara la Wrangler por un día.

—Espera.

Prastaka desapareció de la ventana y un segundo más tarde estaba en la calle, frente a Gega, con la cazadora vaquera en la mano.

—Toma. Dato suele llevarla todo el tiempo, pero por algún motivo hoy se la ha dejado. Has tenido suerte.

—No, que me la dé él luego.

—Cógela, en realidad es mía. Papá me la compró a mí, pero todavía me va grande. Dato la lleva de forma temporal. Va a ser mía de todas formas. Es una Wrangler verdadera. No se va a desgastar.

Gega sonrió y estrechó la mano de Prastaka.

—La devuelvo esta tarde.

—Cuando quieras. De todas formas, me queda grande. Si quieres te la puedes quedar hasta que crezca.

Gega se rio y le dio un apretón de manos.

—¿Y Dato, qué?

—Dato va a ser monje, no necesitará vaqueros.

Ahora Vazha se rio con Gega, quien de repente recordó que Dato tenía un amigo en un monasterio y que últimamente lo veía mucho. En una o dos ocasiones le había prometido a Gega que lo llevaría con él, pero hasta ahora solo habían sido promesas. Gega no tenía tiempo de pensar en eso entonces. Le dio las gracias a Vazha y le dio un abrazo como se hacía en Tbilisi.

Para entonces hacía ciento cincuenta años que Tbilisi era la capital de Georgia. Como en cualquier capital pasaban cosas buenas y cosas malas, y a Gega le ocurrió lo peor que le podía pasar de camino a una cita. Cuando empezó a subir la calle que llevaba a la Academia de Bellas Artes, tres hombres con navajas lo asaltaron y le pidieron que se quitara la cazadora que le habían dejado. En esa época todavía era normal pasear por esa parte de la ciudad, por lo que a Gega le pareció raro que un chico se le acercara y dijera:

—Oye, ven un momento, tengo que hablar contigo.

Lo invitó a acercarse a la entrada de un bloque de viviendas. Más raro aún fue que nadie que conociera a Gega pasara por allí en aquel momento. Lo más raro de todo para el propio Gega fue cuando se dio cuenta de que había otros dos chicos igual de «contentos» en la entrada, pero no sintió miedo. Todo lo contrario; de hecho, incluso sonrió y les dijo muy tranquilo:

—No perdáis el tiempo, ¡no me la vais a quitar!

Gega era un actor consolidado, aunque solo tuviera veintidós años. Respondió con calma, seguro. Se sorprendió de su propia compostura, ya que nunca se consideró un héroe. Sabía perfectamente que, en aquella época, en Tbilisi no era nada raro que a la gente la atracaran para quitarle unos vaqueros y, como muchos otros, nunca pensó que él se vería en esa situación. Siempre pensó que no dejaría que lo mataran. No era partidario del heroísmo absurdo cuando simplemente no era necesario.

En otro momento y en otro lugar probablemente hubiera entregado lo que se le pedía sin decir nada y con una sonrisa. Pero ese día actuó de otra forma, probablemente porque la cazadora no era suya. Puede que también porque iba de camino a una primera cita con una chica a la que no conocía, pero que tenía la voz más bonita que había oído nunca.

Dos de ellos llevaban navaja y, antes de que salieran corriendo, ambos alcanzaron a Gega. Por aquel entonces en Tbilisi las navajas se dirigían a las piernas o el culo, incluso en las peleas. Sin embargo, además de en las piernas, a Gega también le hirieron en el estómago

cuando, sin que se diera cuenta, le cortaron la cazadora que no le habían podido quitar.

Cuando Gega se tambaleó hacia la calle, consiguió dar algunos pasos más, pero, como había perdido mucha sangre, rápidamente perdió la conciencia. Se desmayó allí mismo, en la acera.

Cuando abrió los ojos estaba tumbado en una sala de hospital. Su madre estaba llorando sin hacer ningún ruido junto a la cama, mientras sostenía su mano con ternura.

—¿Dónde está Tina? —preguntó Gega, mirando a su madre.

—¿Quién es Tina? —dijo su madre, secándose los ojos sorprendida.

—No lo sé, yo tampoco la conozco todavía —dijo Gega al cabo de un rato, y sonrió a su madre.

Gega tenía razón, ya que en realidad no había conocido a Tina, quien había esperado un buen rato después de las clases delante de la Academia de Bellas Artes, donde se suponía que había quedado con un chico en silla de ruedas. Pero no apareció nadie. ¿Cómo iba a ir Gega a la cita si en ese mismo momento lo estaban operando en el hospital?

Solo varios días después pudo llamar a Tina.

—Siento no haber podido ir o llamarla. Estoy en el hospital.

—Ah, bien.

—¿Qué quiere decir?

—Lo siento, no quería decir eso, me refería a que está bien que tenga un buen motivo para no presentarse.

—Quedamos en cuanto me dejen salir de aquí.

—Si le parece bien puedo ir a verle al hospital y llevar algo de fruta. Dígame qué le gustaría que llevara.

—No, por favor, no venga, me darán el alta en pocos días y así podré ir a verla yo.

—Espero que se recupere pronto.

Gega aún estuvo unos días más en el hospital y lo fueron a visitar sus amigos y conocidos, que lo trataron como a un héroe. Para entonces toda la ciudad sabía que no habían conseguido quitarle la cazadora vaquera a Gega, pero él mismo bromeaba:

—De hecho, intenté dársela, pero no me dejaron.

Con esa broma quería decir que no era un héroe. Un año más tarde, en el corredor de la muerte de la cárcel de Ortachala de Tbilisi, se acordó de esos días en el hospital en los que querían convertirlo en un héroe, cuando él solo quería ser una persona normal.

No tuvo que estar mucho en el hospital, pero aun así le costaba andar, aunque según los médicos solo era cuestión de tiempo. Se recuperaría del todo. Tras la operación sus amigos, los hermanos Iverieli, que estaban estudiando en la Facultad de Medicina, le consiguieron una silla de ruedas. Por las tardes, cuando por fin se

quedaba solo, agotado de tanto elogio, empujaba su silla hasta el final del pasillo donde estaba el teléfono colgado en la pared rosa y llamaba a Tina.

Quedó con Tina el día después de que le dieran el alta. Fue a la Academia de Bellas Artes en la silla de ruedas, ya que en realidad no se podía mover sin ella, pero Tina no perdonaba fácilmente una mentira y estuvo una semana entera sin hablarle, aunque él la llamaba todos los días. Gega intentó darle alguna explicación, pero Tina sencillamente no hablaba con él, aunque tampoco colgaba. Era una chica educada. Escuchaba a Gega, pero no contestaba.

Gega trató de explicarle a Tina algo que casi no podía explicarse ni él mismo. De hecho, ¿qué explicación podía darle por semejante broma más que la ironía del destino que quiso que Gega se viera obligado a ir a su primera cita con Tina en silla de ruedas? No tardó en devolver la silla de ruedas a los hermanos Iverieli, que la llevaron de vuelta al hospital.

Dato se negó en redondo a que le devolviera la Wrangler (que la madre de Gega había limpiado de sangre y remendado minuciosamente) y, por supuesto, también prometió darle a Gega un par de vaqueros nuevos.

Pero Gega solo quería a Tina. No pensaba en nada más que en Tina. Solo Tina, la chica más guapa del mundo.

EL PADRE DE SOSO

El padre de Soso era un profesor famoso, uno de los mejores científicos de su tiempo, pero en la época soviética las reglas también eran soviéticas. En los años sesenta y setenta, ya no se ejecutaba a los profesores y a los científicos. Sin embargo, a cambio de sus vidas, se les obligaba a colaborar con las autoridades soviéticas. La mayoría cooperaban, de otra forma no se les hubiera permitido viajar al extranjero para asistir a ningún congreso. Tal cooperación, a primera vista, no tenía nada de especial. En ocasiones no se les pedía nada a cambio por sus viajes al extranjero. Pero eso solo era en apariencia. La verdad es que lo más importante que se les había arrebatado era la libertad de expresión y el derecho a tener una opinión. No podían expresar sus puntos de vista políticos abiertamente. Tenían que apoyar al gobierno en todos los aspectos fundamentales; en todos los aspectos, en realidad. Esta era la auténtica Unión Soviética. La mayor parte de los científicos trabajaban sumisamente con el gobierno para crear una gran mentira soviética. Por supuesto, había excepciones: aquellos que renunciaban a los privilegios, a las casas y a los coches que daba el gobierno. Podían trabajar, comer, beber y expresar sus opiniones negativas respecto al régimen soviético únicamente en la seguridad de sus diminutas cocinas. Cierto, algunos, académicos incluidos, estaban en la cárcel (y no en sus cocinas), pero se les llamaba disidentes.

El padre de Soso era uno de los científicos más reconocidos de la Georgia soviética: un académico al que el secretario general del Comité Central del Partido Comunista, en ese momento el verdadero gobernante de Georgia, trataba con el mayor de los respetos. Eso era exactamente lo que odiaba Soso, la relación de cercanía y afecto que su padre tenía con las autoridades.

Para las mentes liberales, la juventud antisoviética de Tbilisi de esa época, Eduard Shevardnadze era una figura completamente inaceptable. Se le veía como otro comunista loco por el poder. En la carrera soviética, para ascender no hacía falta nada relacionado con la formación o la inteligencia, se requería algo diferente, precisamente lo que Shevardnadze poseía. Su vida comenzó en un bonito pueblo de

Guria, desde donde escaló hasta la cima de la jerarquía soviética para convertirse en secretario general del Comité Central del Partido Comunista y dirigente de Georgia. Gracias a su entusiasmo provinciano, a principios de los años setenta, Shevardnadze se había convertido en la persona al mando de la Georgia soviética (tras derrotar a sus competidores locales) y muy pronto, y de una forma muy sencilla, consiguió encandilar a la inteligencia georgiana soviética. Sin embargo, eso fue más un «logro» de la inteligencia soviética que de su secretario general, ya que en las últimas décadas las habilidades intelectuales de la inteligencia soviética se habían deteriorado (a la par que su moralidad).

Cuando Shevardnadze llegó al poder y empezó a detener a empresarios clandestinos, la inteligencia georgiana estaba muy contenta, pues pensaban que, por ejemplo, el arresto de Otar Lazishvili era una victoria importante contra la corrupción. No eran conscientes de que los empresarios privados, aunque estuvieran obligados a trabajar de forma ilegal, en realidad eran una parte importante del tejido económico. Cualquier otro país civilizado tenía una gran dependencia de los empresarios. Durante la época soviética, los hombres de negocios clandestinos eran muy atrevidos y talentosos, dotados con la habilidad de conseguir que la clase media fuera la espina dorsal de la sociedad. Embaucar a los adultos es siempre más fácil que decepcionar a los jóvenes, de forma que, al contrario que sus padres, los adolescentes comprendieron que Shevardnadze era un hombre extremadamente peligroso, sobre todo cuando entre las primeras personas que fueron detenidas estaba uno de sus amigos, al que más tarde ejecutaron.

Un amigo en Georgia siempre significaba más que un simple colega, no solo porque Shota Rustaveli (el gran escritor medieval de la literatura georgiana) escribiera que la amistad georgiana no se parece a ninguna otra relación. La juventud georgiana de esta época se hizo muy pronto a la idea de que el nuevo y ambicioso secretario del Comité Central de Georgia tenía en mente un objetivo mayor (puede que incluso desde su infancia), y ese objetivo era Moscú. Los georgianos, especialmente crueles con su propia gente, siempre fueron muy apreciados en Moscú. Por todas estas razones, la generación de los más jóvenes aborrecía a Shevardnadze, y, debido a la relación de su padre con este hombre tan poderoso, Soso tenía problemas con su padre. Para Soso era extremadamente difícil entender que a un científico de la talla de su padre le hiciera falta colaborar con una autoridad tan vil. Por otra parte, a diferencia de muchos otros, Soso era plenamente consciente de que el problema no residía en una personalidad, sino en la naturaleza de la gobernanza soviética.

Soso estudiaba en la Academia de Bellas Artes y soñaba con ser

económicamente independiente después de graduarse, al menos lo suficiente para no tener que vivir con sus padres, sobre todo desde que dejaron de parecer una familia normal. Soso casi nunca hablaba con su padre ni con su madre, quienes siempre trataban de que reinara la paz en la familia. Esto era algo imposible. Soso ya había comenzado a sentir pena por su padre.

No hablaría con él, solo para contestarle cuando le preguntara algo. Antes de irse a un congreso a Estados Unidos su padre le preguntó qué quería que le trajera de su viaje. Soso sonrió y respondió:

—Nada —dijo muy tranquilo. Su padre, que lo adoraba desde su más tierna infancia, ahora se veía muy triste y daba pena, por lo que Soso añadió una palabra necesaria—: Gracias.

El padre no le dijo nada a su hijo único, pero ya sabía lo que le iba a traer. Gracias a sus clases en la universidad, era consciente de que el sueño de cualquier joven georgiano en aquel entonces era tener un par de vaqueros americanos verdaderos. Por su hijo, el padre de Soso decidió ser valiente por primera vez. En cuanto su vigilante, su compañero de viaje empleado de la KGB, se despistara un poco, compraría los vaqueros auténticos para Soso. Aun así, le asustaba la idea.

Lo que le atemorizaba era sobre todo la inseguridad, ya que no sabía qué castigo podía esperar de la Georgia soviética por llevar vaqueros al país. Tal transgresión se podía ignorar o podía enfrentarse a un severo castigo: una reprimenda oficial que se incluyera en su ficha oficial; o incluso podían despedirlo de su puesto de director de instituto y expulsarlo del Partido Comunista. En ese caso tendría una repercusión televisiva y cabía la posibilidad de que en la prensa se publicaran cartas anónimas diciendo que el académico soviético, incapaz de resistir la tentación occidental, había caído en las provocaciones capitalistas y comprado unos vaqueros para su hijo. La carta terminaría con una sentencia que el presentador leería con tono burlón al final de las noticias: «Así es como un científico georgiano valora los esfuerzos de las autoridades soviéticas; traicionó los intereses del Estado por un par de pantalones baratos».

Cuando el científico georgiano estaba comprando a escondidas los vaqueros en Estados Unidos, literalmente podía escuchar la voz de ese presentador de las noticias en concreto. Aun así, estaba contento de haber tomado una decisión política y de libre elección por primera vez en su vida. Sin embargo, los vaqueros que compró no eran tan baratos como esperaba. De hecho, eran más bien caros, especialmente teniendo en cuenta la miseria que se les concedía de forma oficial a los científicos o figuras de la cultura por los viajes al extranjero, mientras que sus derechos de autor en el extranjero se los quedaban

las autoridades soviéticas. Aun así, la compra en sí no era la mayor fuente de agobio para el científico georgiano, ya que todavía tenía que pasar el control de entrada en la frontera soviética con los vaqueros de su hijo. Al cruzar el control fronterizo en el aeropuerto a la vuelta, oía las voces de varios presentadores de televisión. Por un instante incluso pensó en sacar los vaqueros de su equipaje y entregarse. Pero consiguió hacerse dueño de su coraje y secarse las sudorosas palmas de las manos (era la primera vez en su vida que le sudaban tanto las manos). En respuesta a la pregunta del guardia de la frontera rusa sobre si estaba introduciendo algo ilegal en el país, al científico georgiano le entraron ganas de llorar. Pero la gota que cayó silenciosamente sobre su pasaporte abierto no era una lágrima, sino una gota de sudor. El padre de Soso sonrió al guardia fronterizo:

—Hace calor —dijo el científico georgiano; cogió un pañuelo de su bolsillo y se secó la frente.

Sin percatarse de que la gota de sudor había caído en el pasaporte, el guardia fronterizo repitió su pregunta.

—Nada —dijo el científico sin mucha convicción, y después con firmeza—, por supuesto que no. Nada que esté prohibido.

El guardia fronterizo miró al eminente científico georgiano con una mirada tan penetrante que al padre de Soso le recordó a sus alumnos cuando hacían los exámenes.

—¿Echamos un vistazo? —inquirió el guardia y bajó la mirada hacia su maleta.

El padre de Soso no confiaba en su voz, por lo que solo asintió. En lo único en lo que podía pensar era en las pastillas para el corazón que tenía en el bolsillo, pero tendría que poner la pastilla debajo de la lengua sin que el guardia se diera cuenta. Consiguió hacerlo rápidamente, lo que no era fácil: el dolor empezó a extenderse desde su corazón por todo su cuerpo y no paraba.

Cuando el padre de Soso abrió los ojos, ya había pasado todo: una mujer con bata blanca le estaba tomando el pulso y sacudiendo la cabeza con tristeza:

—Ha tenido un viaje muy largo, no me extraña que esté agotado. También espero que no le importe que le diga que ya no es un jovencito. Debería evitar los viajes largos.

El padre de Soso no abrió su equipaje en el aeropuerto ni en la calle. Solo deshizo la maleta en casa. Los vaqueros que había comprado en Estados Unidos seguían intactos.

No tenía ni idea de lo que había pasado, o de si habían registrado su equipaje en el aeropuerto o no. Quizá habían visto los vaqueros, pero las autoridades no estaban ni sorprendidas ni enfadadas. Ese pensamiento lo aterrorizó más que otra cosa. No era plenamente

consciente de lo que sucedía, aunque sabía perfectamente lo que había pasado en Babilonia mil años antes. De alguna forma él seguía allí, en la Mesopotamia de Gilgamesh, con los antiguos sumerios.

No le dijo nada a su mujer ni a su hijo sobre lo ocurrido en el aeropuerto. En lugar de eso, en silencio y con orgullo, le dio los vaqueros americanos a su hijo. Soso sonrió y le dio las gracias, consciente del estrés que debía de haber supuesto para su padre, el científico, cruzar la frontera soviética con ellos en la maleta.

Soso ya no era un niño, pero, como su madre era la típica madre georgiana, le dijo que se probara los vaqueros para ver si le quedaban bien. Soso solo sonrió ante la petición, le dio un beso a su madre y se encerró en su habitación.

Pasó la noche pintando y escuchando a Led Zeppelin. De vez en cuando miraba los vaqueros, colgados en una silla, y después el póster de Mick Jagger de la pared. Cuando se cansó, se fumó un cigarro. Disfrutaba especialmente fumando en momentos como ese, pero no se probó los vaqueros todavía. Amanecía cuando se fue a la cama. Se durmió enseguida.

Ni siquiera se paró a desayunar por la mañana. Cogió los vaqueros y con ellos bajo el brazo se fue a ver a Irakli Kostava.

Irakli Kostava era un amigo de Soso y el hijo de un famoso disidente georgiano, Merab Kostava, un hombre de una integridad asombrosamente inquebrantable y que cumplía su cuarto año de condena por sus actividades antisoviéticas en un campo remoto de Siberia. Soso estaba seguro de que el padre de Irakli no podría traerle a su hijo unos vaqueros originales de Estados Unidos (por mucho que hubiera querido); tampoco podría regresar a Georgia en mucho tiempo. Por ese motivo Soso no se lo pensó dos veces por la mañana cuando se levantó y solo se lavó la cara antes de ir a ver a Irakli.

Irakli había estado escribiendo poesía y casi no había dormido. Recién levantado, tuvo que frotarse los ojos con los puños un buen rato, hasta que acabó creyendo que esos vaqueros auténticos eran suyos. Cuando fue consciente de lo que le había dado, sonrió, abrazó a Soso y muy tranquilo, pero firme, le dijo:

—No puedo aceptarlos.

Soso sabía que iba a pasar (debido al orgullo de Irakli), por lo que tenía una respuesta preparada:

—Si no te los quedas, los voy a romper.

—¿Son auténticos? —preguntó Irakli y se rio.

—Auténticos, americanos. —Había un deje de resentimiento en la voz de Soso.

—No puedes romperlos, los vaqueros verdaderos no se rompen.

—¡Los quemo entonces!

—Tampoco los puedes quemar y son impermeables —dijo Irakli riéndose, y Soso también se rio.

Irakli Kostava llevó los vaqueros que le dio su amigo casi un año. Los adultos en las calles de Tbilisi, por aquel entonces, los seguían con la mirada, mientras que los más jóvenes se acercaban para verlos más de cerca. Justo antes de quitarse la vida se los devolvió a su dueño inicial, lavados y todo. Al ver la cara de sorpresa de Soso, le explicó todo con una breve frase:

—Estoy muy cansado y me he hartado —dijo disculpándose con su amigo.

Soso pensó que se refería a los vaqueros, pero cuando se enteró de su suicidio al día siguiente lo entendió todo. De entrada, Soso se enfadó consigo mismo por no haberse dado cuenta de que algo iba mal. Después lloró como un niño.

Tras el funeral de Irakli Kostava, Soso dibujó un sol en la rodilla izquierda de los vaqueros que Irakli había llevado y se los puso. Nunca se los quitó.

Lo enterraron con esos vaqueros, en secreto. Y gracias a ellos Natia Megrelishvili pudo identificarlo quince años después.

GEGA

El padre de Gega también era un georgiano conocido y exitoso. Era director de cine y había hecho películas maravillosas; todavía era muy joven y uno de los primeros georgianos (ya en la década de los sesenta) en ganar premios en prestigiosos festivales de cine internacionales. Un auténtico artista incluso para la época. Su pasión era el proceso creativo, no ganar premios o galardones. Por eso, al contrario que muchos otros directores de cine georgianos de la generación anterior, el padre de Gega se negó a comportarse como el típico intelectual soviético y apoyar al régimen. Decidió vivir solo a través del cine. Por supuesto, a las autoridades georgianas no les interesaba permitir tal precedente. Los comunistas no querían a un director incontrolable en Georgia y resolvieron el problema de una forma muy sencilla: le prohibieron seguir rodando. Como no podía ser de otra forma, el Comité Central no hizo oficial dicho decreto, pero le explicaron extraoficialmente que no le iban a dar la oportunidad de seguir en la industria. Las autoridades soviéticas en Georgia eran buenas conocedoras del carácter conformista de la inteligencia georgiana y en este caso también depositaron sus esperanzas en su debilidad. El padre de Gega, por su parte, probó ser un hombre muy obstinado. Aprendió carpintería y empezó a hacer suelos de madera como cualquier otro artesano.

En aquella época, la mayor parte de la sociedad georgiana ya se había debilitado y degradado. Consideraban que el esfuerzo era algo indecoroso y de lo que avergonzarse. Estaban indignados con los implacables principios del director y empezaron a odiar a esta persona excepcional que, a diferencia de otros, se negó a formar parte de la gran mentira a cambio de sus películas o de obtener el favor del gobierno y del Partido Comunista con servilismo. El padre de Gega estaba convencido de que lo que era indigno y vergonzoso era la forma en la que se comportaban los intelectuales georgianos, no el trabajo o la carpintería. En Tbilisi y por toda Georgia, la gente hablaba (o más bien, discutía, incluso los que no habían visto sus películas) sobre esa extraña forma de protesta. Sin embargo, de lo que nadie tenía certeza era de si el padre de Gega era realmente carpintero. Podía haber sido un mito, sencillamente una historia

heroica inventada por aquellos que querían que hubiera al menos una persona que se oponía al gobierno soviético de Georgia, solo una en la denominada clase media.

El padre de Gega, entretanto, resultó estar tremendamente determinado y no se retractó, aunque nadie tenía la certeza de si sacó a sus hijos, incluido Gega, del colegio soviético a modo de protesta. Pero en Tbilisi, en aquella época, todavía se hablaba más de estas cosas que de la guerra entre Rusia y Afganistán.

Lo que todo el mundo conocía (o al menos vio) con seguridad, y sobre lo que nadie discutía, era el talento de Gega. Gracias a esto y al éxito de sus actuaciones, Tengiz Abuladze lo invitó a interpretar el papel protagonista en su nueva película. En la vida de Gega acababa de aparecer una persona que se iba a convertir en su película más importante: Tina, una preciosa pintora de diecinueve años de la que se enamoró perdidamente. Su encuentro fue extraño y su relación empezó con una pelea, pero cuando Tina hizo las paces con Gega se dio cuenta de que no había sido un accidente en su vida. No quería que hubiera nadie más que ellos dos en esa ciudad o en este mundo. Quería que solo fueran ellos dos y se encontraron al amanecer en la avenida Rustaveli. La calle estaba desierta. Gega estaba extrañado e incluso un poco enfadado por esa curiosa petición, ya que tenía mucho sueño (nunca se levantaba tan pronto). Por el contrario, Tina parecía muy contenta. Se sentó junto a Gega en un banco largo y sonrió mientras miraba cómo el solitario barrendero con una gran escoba en las manos se movía con pereza por la avenida Rustaveli. Barría en silencio, pero el sonido de las hojas de otoño interrumpía ese silencio. Gega también se dio cuenta. Miró a Tina con la cabeza baja, como si tuviera miedo de despertar a toda la ciudad. Tina le susurró:

—Solo estamos nosotros dos en esta ciudad, tú y yo y nadie más.

—Nosotros tres —dijo Gega con una sonrisa, mirando al barrendero, pero Tina no hizo caso de la broma y volvió a susurrar:

—En esta ciudad, en el mundo entero, solo nosotros dos.

Gega recordó la película francesa *Dos hombres en la ciudad* que proyectaban en todos los cines de Tbilisi, pero no quiso hacer otra broma, ya que entendió que era fácil perder a esa chica para siempre. Por lo que reflexionó un poco antes de preguntar en un susurro, lo bastante alto para que Tina lo oyese:

—¿Solo los dos?

—Solo los dos, tú y yo. ¿Quieres?

—Sí.

—¿Puedes…?

—Sí.

—¿Podemos quedar mañana más temprano que hoy?

—¿Más temprano? ¿Aún más temprano? Si todavía está oscuro…

—Antes del amanecer. Quedamos para subir a Mtatsminda.

—¿Tenemos que andar?

—Sí…, y ver el amanecer. ¿Quieres?

—Sí —dijo Gega, con indecisión, a pesar de que no le gustaba la idea de subir la pronunciada pendiente para ver el amanecer.

El primer coche del día pasó por la calle y su conductor miró con cara de sorpresa a la pareja sentada en el banco a esas horas de la mañana.

—Vamos —dijo Tina y se levantó.

Por la tarde, Dato fue a casa de Gega y lo despertó. Su madre se alegró mucho de ver a Dato, ya que Gega llevaba todo el día durmiendo y tenía que estar en el teatro por la noche. (Despertar a sus hijos era difícil para las madres georgianas por aquel entonces).

—Se marchó al amanecer, volvió, se tomó un té y lleva durmiendo desde entonces.

Natela, la madre de Gega, sonreía cuando se lo contó a Dato. Ella ya sabía, sin ninguna duda, que su hijo estaba enamorado. Abrió la puerta de la habitación de Gega con un gran estruendo. Dato dio palmadas con entusiasmo y, cuando Natela salió de la habitación, sonrió mientras le preguntaba a su amigo recién levantado:

—¿Estás enamorado?

—¿Quién te lo ha dicho? —Gega se frotó los ojos y se sentó estirándose.

—La Voz de América ya lo ha anunciado —dijo Dato con una carcajada, señalando la bandera de Estados Unidos que colgaba de la pared.

—Mañana también tengo que levantarme pronto.

—Tu madre me ha dicho que hoy te has levantado al amanecer.

—Mañana tengo que levantarme aún más temprano. Antes del amanecer, subiremos a Mtatsminda.

—¿Para ver la tumba de la madre de Stalin?

—Para ver el amanecer.

—Nunca me he fijado por dónde sale el sol en Tbilisi.

—¿Has mirado alguna vez al cielo en Tbilisi?

—Puede…

—¿Te acuerdas de la última vez que miraste el cielo?

—No.

—Ese es el mayor inconveniente de las ciudades: no puedes ver el cielo.

Un tanto perplejo, Dato se acercó a la ventana, dirigió su vista al cielo y con una sonrisa le preguntó a Gega:

—¿Eso te lo ha dicho ella?

—Se me ha ocurrido a mí solo. —Gega sonrió también y fue con él a la ventana.

—La verdad es que desde aquí no se ve el cielo.

—Porque el edificio de enfrente es más alto que este.

—¿Qué se hace cuando se vive en Nueva York?

—Ojalá viviera en Nueva York, creo que ni siquiera miraría nunca al cielo.

—Antes de que vayas a Nueva York, quizá te gustaría venir al monasterio, aunque sea una vez. Soso viene el sábado. Desde allí, por lo menos, podrás ver el cielo si lo echas tanto de menos. Es un sitio genial.

—Ya te he dicho adónde voy mañana. Iré contigo la semana que viene.

Por un momento ambos estuvieron en silencio. Dato cambió de tema:

—¿En qué lado está la comisaría de policía?

—La comisaría de policía está al otro lado, donde está el patio. Si estuviera en este lado no podría dormir por la noche.

—¿Por qué?

—Por la noche dan palizas. Se oyen cosas tan terribles que la gente que vivía en esos pisos tuvo que venderlos y marcharse.

—¿A qué te refieres exactamente con palizas?

—Los torturan.

—¿A quiénes?

—A los delincuentes. Bueno, ya sabes que aquí nunca se arresta a inocentes…

Dato se puso tan nervioso que Gega no acabó la frase y sonrió a su amigo:

—Es broma, no te preocupes.

—Lo sé.

—Pero aun así no te recomiendo que vayas a parar nunca a una comisaría —añadió Gega y, dirigiéndose a su madre, gritó—: Nos vamos.

Natela salió de la otra habitación, se despidió de Dato, y estiró el cuello arrugado de la chaqueta de Gega. Gega dio un beso a su madre como cada vez que salía de casa. Natela cerró la puerta con llave y, como siempre, se asomó a la ventana para ver a su hijo que acababa de salir por la entrada del edificio. Gega sabía que su madre lo miraba, así que a modo de broma levantó la pierna izquierda para decir adiós, sin girarse a mirar hacia la ventana.

Todavía era de noche cuando Gega levantó la vista hacia la ventana de la habitación de Tina en la tercera planta. La luz estaba encendida y por un segundo pudo ver la silueta de Tina. Cuando se apagó la luz, Gega cogió un cigarrillo y lo encendió. Se podía oír el sonido de unos pasos apresurados en la escalera y, cuando llegó a la entrada, Tina sonrió a Gega y le dio las gracias.

—¿Gracias por qué? —preguntó él totalmente anonadado.

—Por levantarte. Levantarse a esta hora no es fácil —respondió Tina y echó a andar sin dejar de sonreír.

—Depende de para qué o, más bien, por quién —dijo Gega, aunque sabía perfectamente que levantarse tan temprano era muy difícil y a él le había costado muchísimo.

Tina no dijo nada y sonrió a Gega como si tuviera cuidado para no alterar el silencio de la noche. Mientras subían la silenciosa calle de Tbilisi de adoquinado antiguo, solo se oía el sonido de sus pasos. El ascenso era largo y Gega estaba seguro de que se cansaría pronto, pero no fue así. La tranquilidad del amanecer le pareció incluso agradable, especialmente cuando dirigieron la mirada hacia abajo, a la ciudad que aún dormía.

El sol, mientras tanto, se elevaba despacio hacia el cielo de Tbilisi, y Gega pensó en agradecerle a Tina que lo hubiera llevado ahí arriba. Pero al ver la felicidad que irradiaba su cara y la tranquilidad que los rodeaba, comprendió que el silencio era más valioso que las palabras. Rompió el silencio en el camino de vuelta, cuando bajaban de Mtatsminda:

—¿Vamos a ver el atardecer desde aquí también?

—Desde aquí no se ve el atardecer.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Vamos al mar.

—¿Ahora? ¿Al mar?

—El mejor momento del mar es en otoño.

—¿Habrá alguien más allí?

—Solo tú y yo, y el mar. ¿Qué dices?

—Sí —dijo Gega y con cierta vacilación acarició los dedos de Tina con la mano derecha.

Ya era por la mañana y la gente había empezado a salir a la calle. Algunas chicas que iban al colegio en uniforme se giraban para mirar a la bonita pareja. Lo que ellas no sabían es que Tina y Gega estaban radiantes porque justo en ese momento sus dedos se habían tocado esa mañana por primera vez.

EL MONJE

—Me encantaría llevaros hasta allí, pero no puedo continuar con el coche —dijo el conductor a los chicos y apagó el motor.

Salieron con sus mochilas.

—¿Está lejos de aquí? —preguntó Soso, mirando a la cima de la montaña.

—Llegaremos más o menos en una hora. Incluso antes si nos damos prisa —dijo Dato.

—¿Entonces dejamos que este hombre se vaya? La nieve es fresca y el coche podría tener muchos problemas si continuamos —dijo Paata.

—Si tuviera cadenas os llevaría, pero sin ellas, con un coche soviético, es imposible.

Era obvio que el conductor estaba contento de que no le hubieran puesto ninguna pega. Cogió el dinero que le dio Dato con ansia, y este se apresuró a iniciar la subida de la pendiente nevada. Los demás lo siguieron más despacio. Soso se paró varias veces para disfrutar de la escena del valle nevado.

—Ahora puedes pintar todo lo que quieras —le dijo Kakhaber a Soso con una sonrisa y de nuevo mostró su sorpresa por las nieves tempranas.

—Ha nevado superpronto —convino Soso.

No hablaron mucho más, conscientes de lo rápido que se cansa uno cuando habla mientras sube un monte nevado.

Enseguida vieron el monasterio. Estaba tan bonito con el telón de fondo que ofrecía la montaña nevada que todos se pararon, agotados. Soso sonrió, más para sí mismo que para los demás, y dijo su frase favorita:

—Sigue siendo el mejor pintor.

—¿Quién? —preguntó Paata, pero Soso no respondió, solo señaló la entrada del monasterio donde había un monje vestido con el hábito, acompañado de una niña pequeña, y ambos miraban a los invitados.

Al cabo de un instante el monje y la niña estaban al pie de la colina saludando a los chicos en el camino. El anfitrión abrazó a Dato y a los hermanos, como solían hacer los monjes, y le dio un apretón de manos firme a Soso.

—Este es Soso, nuestro amigo, el pintor, el que te conté que quería venir —le dijo Dato al monje.

Todos se quitaron la mochila.

—Que el Señor convierta todos vuestros caminos en caminos de virtud —dijo el monje, dirigiéndose a Soso especialmente mientras intentaba ponerse su mochila al hombro.

—Ya casi estamos —dijo Soso, sin dejar que la cogiera. Cargó con su mochila hasta el monasterio, cuyo patio cubierto de blanco era una auténtica maravilla.

En el monasterio solo quedaban libres algunas habitaciones pequeñas y un salón grande; dejaron allí la comida que llevaban y empezaron a cocinar.

Antes de comer, el monje rezó un padrenuestro e hizo la señal de la cruz. Ellos siguieron su ejemplo, pero la que lo hizo con más voluntad fue la pequeña Eka, que acompañó a su padre recitando el padrenuestro y lo miró con una expresión de satisfacción, que incluso se acentuó cuando su padre la elogió. Durante la comida, la niña se comportó como una verdadera anfitriona, mostrando tanta amabilidad que los chicos no podían dejar de sonreír. Era evidente que el padre estaba orgulloso de la pequeña y se lo dijo a la niña en varias ocasiones. A modo de agradecimiento, ella besó a su querido padre con gran afecto. Estaba claro que el monje era una persona muy importante para todos los que estaban allí. Era algo que se podía ver de inmediato. Dato rompió el silencio durante la comida diciendo lo que todos pensaban:

—Es raro que nieve aquí tan pronto. El otoño todavía es caluroso en Tbilisi.

—Así es nuestro país —dijo el padre Tevdore—. Es pequeño, pero maravilloso. Aquí ya hay nieve y en la costa seguramente se sigan bañando. El Señor le ha dado todo a este pequeño país, mientras que la gente ha perdido su sentido de la gratitud y ha abandonado al Señor.

—¿Por qué? —interrumpió Soso—. La gente de este país todavía recuerda a Dios, aunque ni siquiera se les permita ir a la iglesia. Si este país tiene un gobierno malo, no es culpa de la gente corriente…

—El gobierno también es gente. —Ahora el monje interrumpió a Soso—. El gobierno es parte de la gente a la que alabas.

—No estoy alabando a nadie. Solo defiendo a los que no tienen derecho a decidir y a los que, por ese motivo, no son responsables de los dirigentes poco apropiados que están en el gobierno. A la gente se le ha quitado el derecho a decidir. Por eso no se les debería responsabilizar de lo que pasa en nuestro país —dijo Soso, más enojado esta vez.

Miró a sus amigos. Estaban tranquilos, muy conscientes de que a Soso siempre le gustaba debatir, no discutir. Nunca insultaba a sus oponentes, pero siempre trataba de asegurarse de que sus argumentos estuvieran bien fundamentados.

—¿Piensas que si este país tuviera un gobierno elegido por la gente y no nombrado por el Kremlin, como ahora, sería menos ateo y menos malo? —preguntó el padre Tevdore a Soso con calma, mientras le volvía a llenar el vaso de vino.

La tranquilidad del monje era contagiosa. Soso se calmó de inmediato, sonrió y dijo:

—Sería bueno o malo, pero, si la gente es la que elige a su gobierno, entonces la gente sería la responsable y no un líder, vivo o muerto. Podría resultar muy distinto y que el gobierno electo comenzara a perseguir a los no creyentes, como pasa ahora, pero con los ateos…

—No puedo ni imaginarme esa Georgia —murmuró Dato.

—No es difícil de imaginar. Los que ahora van a los desfiles irán a las iglesias en masa y se santiguarán cada vez que vean una iglesia…

—¿Y qué hay de malo en eso? —preguntó Paata a Soso, sorprendido.

—Cuando se trata de aparentar y de mentirse unos a otros, ir a los desfiles o ir a la iglesia es igual de malo.

—Sigo pensando que ir a la iglesia es mejor —dijo el hermano de Paata, mirando al padre Tevdore.

El monje les respondió a todos a la vez, pero apoyando especialmente a Soso. Explicó por qué ir a la iglesia seguía siendo mejor que la vida atea:

—Si una persona va a la iglesia, aunque solo sea para que lo vean los demás, sigue siendo mejor porque él o ella tendrá más tiempo para pensar en Dios y en la verdad, para pensar en el amor que a todos nos falta.

—El pensamiento colectivo siempre acaba en odio, no en amor —afirmó Soso interrumpiendo al monje de nuevo.

Pero el padre Tevdore continuó imperturbable:

—Es verdad que el pensamiento colectivo siempre acaba creando regímenes, no libertad, pero puedes empezar tu camino de libertad yendo a la iglesia.

—¿Y continuarlo solo? —interrumpió Soso al monje otra vez.

El padre Tevdore esperó un poco antes de contestar.

—Yo prefiero mirar la libertad desde aquí, lejos de la ciudad, donde hay menos ruido y mucho tiempo para pensar en Dios.

—¿Y cuánto tiempo piensas quedarte aquí? —Dato fue el primero en preguntarle al padre Tevdore lo que todos estaban pensando.

—Cumplo treinta y tres el año que viene; y a no ser que me lo prohíban, me gustaría estar aquí para entonces.

—¿Quiénes?

—Ya han estado aquí antes, vinieron hace unos días, pero hasta ahora no han prohibido nada, solo miraron los libros y se fueron.

—¿Cuándo cree que volverán?

—Cuando consideren que mi bienestar es un peligro para ellos.

—¿Por qué?

—Porque cuando la gente tiene miedo suele exagerar, y los que no tienen fe son sumamente cobardes.

El monje sonrió y señaló a la pequeña Eka que dormía plácidamente al lado de su padre en la mesa.

—Está cansada —dijo Paata y cogió a la pequeña Eka en brazos.

—Creo que os he cansado a vosotros también —dijo el padre Tevdore y se levantó.

Los demás también se pusieron de pie y le dieron las gracias.

—Por favor, llevaos a Eka con vosotros mañana. Va a empezar el colegio. Yo iré al final de la semana y os veré en Tbilisi —le dijo el padre Tevdore a Dato en el patio del monasterio.

—Yo creo que hemos traído suficiente comida para una semana —dijo Dato y levantó la mirada al cielo estrellado.

—Haré que dure, no hay problema. Lo más importante es que habéis traído miel.

—¿Le gusta la miel? —preguntó Soso al monje.

—Hay un ciervo que viene y le doy miel.

—¿Cómo? —inquirió Dato, totalmente sorprendido, y el padre Tevdore respondió con una sonrisa:

—Con la mano.

—Pensaba que a los ciervos les gustaba lo salado y lo amargo, no lo dulce —dijo Soso.

—Eso creía yo también. Puede que sea verdad y solo le gusta la miel a este ciervo. Me la pongo en la palma de la mano ahuecándola un poco y la chupa.

—Qué noche tan magnífica —dijo Paata, saliendo al patio y mirando al cielo.

—Kant debió de haber visto un cielo como este para empezar a pensar.

—Me gustaría preguntarle una cosa —dijo Soso de repente.

—Claro —dijo el padre Tevdore—, pero deja de hablar tan formal.

—Vale —aceptó Soso—. ¿Adónde irías si te prohibiesen estar aquí?

—Me iría a otro país e intentaría compartir mi paz y tranquilidad allí —contestó el padre Tevdore con una sonrisa.

Soso también sonreía y volvió a preguntar:

—¿Y si no te dejan ir a otro país?

—Encontraré la forma de escapar hasta allí a hurtadillas —replicó el monje, ahora riéndose. Después miró a los otros—. Ahora, con vuestro permiso, me iré a dormir un poco. Mañana tengo que madrugar. Además, Eka está sola y si se despierta se asustará.

—Seguro que Eka no se asusta nunca de nada —dijo Dato riéndose y, junto con los demás, le dio las buenas noches al padre Tevdore.

Cuando los chicos se quedaron solos en el patio del monasterio, estuvieron callados mucho rato, fumando sin hablar. Entonces Kakhaber rompió el silencio y le preguntó a Soso:

—¿Qué opinas?

—¿Qué tendría que opinar?

—¿Aceptará?

—No lo sé, no creo. Es mejor no decirle nada aún —dijo Soso, y rápidamente cambió de tema—: ¿Qué fue lo que dijo Kant? ¿Qué era lo que le sorprendía?

—«El cielo estrellado sobre mí y la ley moral en mí» —dijo uno de ellos, y miraron de nuevo al cielo, que estaba repleto de grandes estrellas luminosas, mientras que la luna estaba más pálida de lo habitual.

—De camino, seguro que alguien os llevará; si no, el bus de Tbilisi llegará a las tres —les dijo el padre Tevdore por la mañana y dio un abrazo a cada uno.

Después cubrió de besos a la pequeña Eka y, cuando bajaban la cuesta, volvió a hacer la señal de la cruz en su dirección desde la distancia. Eka se despidió diciendo adiós con la mano varias veces desde el camino a su querido padre, que seguía de pie en la puerta del monasterio, mandando besos a la persona que más quería.

Esa misma tarde, al silencio del monasterio cubierto de nieve lo reemplazó el tremendo ruido que recibió a Soso al llegar a la casa de su amigo, donde se celebraba el cumpleaños del anfitrión. Bebían con vasos extragrandes, por lo que había gente que estaba muy borracha, aunque el *tamada* (así se llama la persona encargada de dirigir los brindis) era el que estaba más borracho de todos. Aun así, insistía en que llenaran de nuevo sus cuernos con vino y escucharan sus brindis. Pero ya nadie prestaba atención, aparte de Soso. Las chicas bailaban y gritaban. Soso en realidad quería beber y no tener que escuchar al Este no paraba de darle las gracias a Soso por su lealtad. Como, además de estar borracho, Soso también estaba cansado y al final se aburrió de escuchar los brindis, animó al *tamada* de una forma

amable:

—Vamos, bebe…

El maestro de ceremonias alzó su cuerno de vino, pero enseguida lo bajó, suspirando:

—No puedo más —dijo. Se sentó, apoyó la cabeza en el plato y se sumergió en un profundo sueño.

Soso sonrió, cogió el cuerno de vino al que se abrazaba el y echó un vistazo al contenido antes de inspirar profundamente y llevárselo a los labios. Gega se acercó a Soso con una sonrisa y le pasó el brazo por los hombros, le quitó el cuerno de vino sin decir nada y vertió el restante en un vaso vacío.

—¿Qué quieres? —preguntó Soso, indicando que quería un cigarrillo.

—Necesito hablar contigo, vamos a fumar al balcón.

A Soso le daba pereza salir fuera, pero siguió a Gega y se puso a fumar en el balcón, con aparente placer. Seguía llegándoles el ruido del baile y de los gritos de la habitación, así que Gega cerró la puerta tras ellos.

—¿Lo viste? —preguntó a Soso, y se encendió un cigarrillo.

—¿A quién?

—Al padre Tevdore.

—¿El monje?

—Sí.

—Sí, lo vi.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Hablasteis?

—Sí.

—¿Sobre qué?

—Kant.

—¿Fuiste hasta allí para hablar de Kant?

—Te lo cuento mañana, ¿vale?

—Conociendo tus resacas mañana vas a estar muerto.

—Mañana es 7 de noviembre, cualquier persona decente debería estar muerta, como yo, ese día.

—¿Por qué?

—Para saltárselo.

—¿Por eso bebes tanto?

—No me acuerdo. Ni siquiera iba a beber, pero de camino aquí he visto que colgaban banderas rojas.

—¿Dónde?

—Por todas partes.

—Vamos a casa. Tina y yo te acompañamos a casa.

—Quiero beber más.

—No necesitas más, si sigues bebiendo igual te saltas todo noviembre.

Soso sonrió y Gega entendió que su amigo estaba de acuerdo en marcharse.

Bajaron las escaleras juntos. Los tres tarareaban para sí mismos, pero Soso tropezó. Tina y Gega lo cogieron cada uno por un lado y Soso preguntó con una mueca:

—¿Tan borracho estoy?

Los rodeó a ambos con los brazos y se sintió feliz sabiendo que su amigo estaba enamorado. Pararon un taxi y Soso se pasó todo el camino hasta su casa tarareando. Cuando salía del coche, abrazó al conductor y le preguntó con cara seria:

—¿Quieres que les dé un mensaje de tu parte a los taxistas de Nueva York?

El taxista sonrió y respondió:

—Recuerdos.

—Puedo yo —les dijo Soso a Tina y Gega en su portal y les dio las gracias.

—Nos vamos una semana a la playa —le dijo Gega a Soso y señaló a Tina.

—¿Ahora? No os congeléis. —Soso estaba sorprendido.

—¿Se puede congelar algo si estamos juntos? —Gega rodeó a Tina con el brazo y la besó.

—Sois demasiado guapos para los soviéticos —repitió Soso y subió las escaleras.

Tina y Gega no cogieron otro taxi. Fueron caminando por la calle donde las banderas rojas soviéticas ondeaban al viento. Ya era tarde y los enamorados caminaban en silencio por la calle vacía. De repente Gega se paró, miró una de las banderas rojas con una sonrisa y trepó con rapidez a uno de los postes para quitar la bandera. La agarró tirando ligeramente al principio y, justo cuando iba a intentar tirar por segunda vez, unos policías soviéticos montados en una moto con sidecar aparecieron de repente bajo el poste. Pillados infraganti —no podían entender cómo la patrulla había aparecido tan de repente y de una forma tan silenciosa en una calle vacía—, Gega y Tina se vieron atrapados entre el miedo y la confusión.

—¡Baja, chico! —dijo el policía con bigote que conducía y apagó el motor.

El segundo policía estaba gordo, rozando la obesidad. Tina se preguntó cómo alguien tan gordo podía caber en el sidecar, pero se dio cuenta de que no estaba bien pensar esas cosas. Para recalcar su

autoridad, el policía del bigote indicó a Gega con el dedo que bajara, mientras que el gordo sacó de algún sitio un bote de pepinillos y se comió uno, masticando sonoramente. Gega descendió, lanzó una sonrisa tensa a la callada Tina y miró fijamente a los policías. El primer policía le devolvió la mirada a Gega y le preguntó cortante:

—¿Qué hacías ahí arriba?

—Estaba besando la bandera, agente —dijo Gega y de repente se le ocurrió que podría bromear con ellos.

—¿Te estás riendo de nosotros? —preguntó serio el del bigote y miró a su compañero.

El policía gordo estaba mordiendo otro pepinillo, sin apartar los ojos de Gega, como si quisiera recordar algo, y de pronto gritó:

—Oye, chico, ¿tú no eres actor? Te he visto en el cine, cuando te quieres casar y tus hermanos no te dejan. ¿No eres tú ese?

—Sí —asintió Gega—, soy yo. Soy actor.

—Me pasó lo mismo cuando mi hermano mayor no quería que me casara, porque decía que se tenía que casar él antes. Si le hubiera hecho caso, aún seguiría soltero. —El policía gordo cogió otro pepinillo y miró a su compañero—: Deja que se vaya, es un buen chico.

Antes de volver a arrancar la moto, el policía del bigote miró primero a Tina, luego la bandera y después dijo en voz alta para que Gega lo oyera:

—No juegues con esa bandera, hijo, no les gustan esas cosas, no te lo perdonarán.

—Gracias —dijo Tina, pero los policías no la oyeron porque la moto con sidecar ya se había alejado. Solo se oía el estruendo del motor soviético en la calle vacía.

GIORGI

—Cógelo un rato —pidió Manana a su marido con una voz muy cansada.

Giorgi cogió al bebé, que no había parado de llorar en una hora.

Manana cerró la puerta de la habitación y se sentó en una silla de la cocina. Estaba a punto de encender un cigarrillo, pero cambió de opinión cuando oyó llorar al bebé incluso más fuerte que antes. Manana volvió a la habitación. Giorgi tenía tal cara de preocupación que, en otras circunstancias, su mujer hubiera sonreído, pero ahora le dolían tanto los brazos que no le quedaban fuerzas ni para una sonrisa.

—Dámelo. —Y volvió a coger al bebé.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Giorgi a su mujer.

Manana respondió exactamente lo que él quería oír:

—Nada.

Esa voz era más la de una mujer agotada que la de una esposa enfadada. Giorgi se fue a la cocina, abrió la pequeña ventana y encendió un cigarrillo. Fumó deprisa y nervioso, ya que, como a cualquier padre primerizo, el llanto del bebé era lo que más le preocupaba, aunque normalmente fuera una persona tranquila y pudiera lidiar con la mayoría de las cosas.

Acabó el cigarrillo y abrió la nevera. Estaba vacía. Cerró la puerta consternado, reprimiendo sus ganas de maldecir. Ese resentimiento duró poco y algo parecido a una sonrisa asomó en su cara. Fue de puntillas hasta la puerta del dormitorio. El niño había dejado de llorar. Con mucho cuidado levantó la cortina de tela que colgaba de la puerta de la habitación: madre e hijo estaban dormidos.

Giorgi encendió otro cigarrillo. Esta vez fue con gusto, y volvió a abrir la ventana. Disfrutó de su cigarrillo, y en lugar de tirar la colilla por la ventana, como solía hacer, la apagó bajo el grifo. Levantó la tapa de la papelera con mucho cuidado y tiró la colilla. Después abrió de nuevo la nevera vacía y la volvió a cerrar.

—¿Te sorprende que esté vacía? —le preguntó su mujer.

Giorgi se dio la vuelta con rapidez.

—Pensaba que estabas dormida —le dijo a su mujer, y se sentó en

la silla.

—Lo estaba, pero tengo que preparar la comida para el niño.

—Seguramente le vuelva a doler el oído.

—Puede.

—¿No te queda medicina?

—No, y no puedo seguir pidiendo a los vecinos que nos presten.

—Compraré mañana.

—¿Con qué?

—Voy a conseguirla.

—¿Vas a volver a pedir dinero?

—Voy a conseguirla.

—No es fácil de encontrar.

—La conseguiré de Chashka.

—Seguro que Chashka la vende muy cara.

—Voy a conseguirla.

—Vamos a tomar un té. ¿Te han dicho algo del trabajo?

—Me dirán algo mañana.

—¿Te cogerán?

—Probablemente.

—No te han cogido en ningún otro sitio, ¿qué te hace pensar que ellos lo harán?

—No saben nada de mi expediente.

—Aunque lo supieran, te exculparon oficialmente. Tienes incluso el certificado de rehabilitación en el expediente.

—Nadie mira nunca ese documento.

—Y tú, por supuesto, nunca les dices que lean los documentos hasta el final.

—Por supuesto.

—Tu amor propio y tu dignidad nunca lo permitirían.

—No puedo rogar.

—Entonces, ¿por qué piensas que te van a coger?

—Quité lo que no era importante del expediente antes de entregarlo a personal.

Marido y mujer se rieron, pero se callaron enseguida al acordarse de su hijo, que por fin se había dormido, y ambos se llevaron las manos a la boca a la vez.

—Puedo freír unas patatas en un momento —le dijo Manana a Giorgi—. Todavía quedan y no me cuesta nada.

—No tengo hambre —dijo Giorgi, que encendió un cigarrillo con el gas del fuego y volvió a abrir la ventana.

Por la mañana se marchó pronto de casa. Miró una vez más el paquete que llevaba bajo el brazo y cogió el trolebús hasta la plaza de Lenin. Desde la plaza caminó por la calle Leselidze y se dirigió hacia la sinagoga. Había algunos judíos sentados delante de la sinagoga y Giorgi les preguntó si habían visto a Chashka. Como era de esperar se mostraron reacios a hablar con un completo desconocido. ¿Qué se traía Giorgi con Chashka? No lo conocía, pero sabía, como todo el mundo en Tbilisi, que Chashka vendía medicamentos extranjeros difíciles de encontrar. Giorgi no sabía cómo era Chashka, pero su intuición le dijo que estaba entre la multitud, por lo que dijo abiertamente para qué estaba allí:

—Necesito medicina para un niño…

La experiencia de Chashka le dijo que ese hombre era un cliente de verdad y no un miembro de la KGB o de otra agencia similar.

—Vamos —le dijo a Giorgi y lo llevó a un piso en la planta baja de una casa cercana.

Chashka abrió una libreta y le ofreció asiento a su visitante. Giorgi miró la habitación, por simple curiosidad, pero Chashka no tenía mucho tiempo.

—¿Qué medicina necesitas? —le preguntó a Giorgi y volvió a revisar la libreta.

—Gotas alemanas para los oídos, las necesito para mi hijo. Lleva tres noches sin dormir. Un vecino me dio unas búlgaras, pero ya se nos han acabado.

—Las búlgaras no son buenas, necesitas las alemanas o las francesas —le interrumpió Chashka, acompañando sus palabras con un gesto como si quisiera decir: es la única alternativa.

—¿Las tienes? —preguntó Giorgi, que de repente se había puesto tan nervioso esperando la respuesta que estaba a punto de encender un cigarrillo.

—Ese medicamento es muy difícil de encontrar y también muy caro —empezó Chashka, pero esta vez fue Giorgi el que lo interrumpió:

—No puede ser más caro que esto —dijo Giorgi y puso el paquete que llevaba bajo el brazo en la mesa.

Rápidamente lo abrió y le enseñó el contenido a Chashka: un par nuevo de vaqueros americanos auténticos. Incluso Chashka estaba sorprendido. Los miró con detenimiento durante un buen rato antes de llamar a Moshe, que estaba en el patio. En cuanto entró, Moshe entendió de inmediato lo que estaba pasando sin que se dijera nada. Revisó los vaqueros con cuidado, miró a Giorgi, sonrió con socarronería y le dijo a Chashka:

—Juro por mis hijos que son Levi's auténticos. Estoy delante de la

sinagoga y Dios nunca me perdonaría si mintiera. —Luego se giró, volvió a mirar a Giorgi y dijo, con tono de hombre de negocios—: Hay muchos clientes interesados. Pero me tienes que decir cuál es tu precio si me los vas a dejar, amigo.

—Necesito las gotas para mi hijo. Por eso vendo los vaqueros, no sé nada de precios. Es la primera vez que vendo algo —dijo Giorgi.

Chashka y Moshe se miraron. Después Chashka se giró, cogió la medicina del armario, y se la dio a Giorgi:

—El precio lo restaré de lo que consiga por los vaqueros. Ven mañana a por el resto del dinero.

Sin decir nada más, Giorgi se guardó las gotas en el bolsillo y se despidió de los judíos.

No tenía ninguna duda de que tampoco le darían el trabajo esta vez, pero aun así fue al Instituto de Investigación, donde ese día tenían que darle la respuesta oficial. En el departamento de personal se disculparon con él:

—Han tenido en cuenta tu solicitud, pero no hay ninguna vacante y probablemente no la haya hasta el año que viene. Trae tus documentos el año que viene y quizá tengas más suerte.

—El año que viene ya estaré muy lejos —dijo Giorgi a la mujer del pintalabios rojo y cogió los documentos que le daba con educación. Se acomodó los documentos bajo el brazo y en cuanto estuvo en la calle encendió un cigarrillo.

Cruzó la calle, se paró un momento en el puente y con sosiego tiró los documentos al río Mtkvari, que en georgiano significa «lento», y continuó su camino. Le preguntó la hora a un viandante y cogió el trolebús. Tenía que ir a ver a los hermanos y sabía que a esa hora estarían en casa, pues era la hora de comer y los hermanos siempre comían en casa con la familia.

Paata abrió la puerta y acompañó a Giorgi al comedor grande, donde los anfitriones estaban sentados en una mesa redonda. Se levantaron todos a saludar a Giorgi. Por alguna razón no tenía hambre, pero no podía decirle que no al padre, por lo que Giorgi se vio sentado en la mesa. Durante la comida el padre leía un periódico con el título en grandes letras en negrita: es decir, «La Verdad», pero en realidad el periódico no contenía ni una pizca de verdad y el hijo mayor le dijo a su padre con una sonrisa:

—Si hubiera algo de verdad en estos periódicos, seguro que no costaban cinco kopeks.

—En los periódicos soviéticos solo leo las noticias sobre otros países.

El padre, Vazha, se quitó las gafas y sonrió a su hijo. Pero el hijo

no lo dejó tranquilo:

—¿No te interesan las noticias soviéticas?

—Para las noticias soviéticas escucho la Voz de América —dijo Vazha sin dejar de sonreír, y todo el mundo se rio—. Así es más fácil saber la verdad.

Durante un momento, nadie rompió el silencio, hasta que el cabeza de familia preguntó de nuevo para que sus hijos lo oyeran:

—¿No le vamos a ofrecer algo de beber a nuestro invitado? No podemos dejar que cene «a palo seco».

—Muchas gracias, pero tengo prisa —dijo Giorgi, y miró a los hermanos.

—Si tienes prisa entonces habrá que beber rápido —dijo Vazha animado.

—Tengo que irme, de verdad —dijo Giorgi, y enseguida se levantó y miró otra vez a los hermanos—. Solo he pasado a ver a los chicos.

—Así sois los chicos hoy —dijo Vazha con una sonrisa—. Gracias a Dios que no vivimos en América o si no probablemente estaríais bebiendo Coca-Cola en lugar de vino georgiano.

Sin dejar de sonreír, Vazha se encogió de hombros con resignación y se levantó. Giorgi dio las gracias a sus anfitriones de nuevo y siguió a los hermanos a su habitación.

—Estoy listo. Hoy he tirado mis papeles al río —dijo con firmeza y esperó la reacción de sus amigos.

—Querrás decir al Mtkvari —bromeó Kakhaber, mientras Paata preguntaba a Giorgi con preocupación:

—El pasaporte lo tienes, ¿verdad?

—Lo tengo. ¿Y vosotros qué habéis hecho?

—¿Qué se supone que teníamos que hacer?

—Ibais a ver al monje.

—Hemos ido.

—¿Y?

—Todavía no le hemos dicho nada. Estará aquí en unos días y hablaremos con él entonces.

—¿Aceptará?

—No sabemos aún.

—Tenemos que conseguir que acepte. Necesitamos al monje. Tiene que subir las armas al avión.

—Lo sabemos, a los demás nos van a registrar.

—Este verano, cuando fuimos a Moscú, había un cura en nuestro vuelo y nos fijamos en él. No lo registraron e incluso lo trataron con suficiente respeto como para que los pasajeros se dieran cuenta.

—Lo sé. Ahora les interesa y por eso necesitamos a ese monje. Yo

ya me he hecho a la idea de que me iré como sea. Ahora estoy seguro de que nunca voy a encontrar trabajo aquí.

—¿Y qué si encuentro trabajo? ¿Para qué? Habré estudiado diecisiete años y me pagarán ciento veinte rublos al mes, sin descontar los impuestos.

—Me voy —interrumpió Giorgi a Paata y se levantó. Se despidió de los dos y cogió un cigarrillo—: Para cuando salga.

—Al final de la semana, sabremos la respuesta del monje.

—Os estaré esperando.

Giorgi se despidió otra vez de los hermanos, levantó el brazo moviéndolo como señal de despedida y se marchó.

Su mujer le abrió la puerta. Giorgi le dio un beso a Manana primero y después sacó las gotas para el niño del bolsillo. Se las dio a su mujer con una expresión de satisfacción y se sentó en la silla:

—¿Cómo está?

—Dormido.

—Mañana tendré también algo de dinero.

—¿Me estás diciendo que estaban tan contentos de darte el trabajo que te dieron además un adelanto del sueldo?

Giorgi sonrió.

—Me han rechazado.

—¿Volviste a traer tus papeles?

Giorgi asintió.

—Dámelos, los voy a guardar. Quizá sirvan de algo algún día.

—¿Dónde los vas a poner?

—Debajo de tus Levi's.

Giorgi estudió la cara de su mujer, intentando averiguar si Manana ya se había dado cuenta de lo que había pasado con sus vaqueros. Incapaz de leer sus pensamientos, Giorgi confesó:

—Ya no tengo los papeles.

—¿Dónde están?

—Probablemente ya estén en Bakú.

Ahora fue Manana la que sonrió.

—Si has tirado tus papeles al Mtkvari, seguro que todavía no han llegado ni a Rustavi. Si cambias de opinión, los podrías recuperar allí.

—Ya no cambiaré de opinión. Está todo decidido.

—¿Qué piensas hacer con nosotros?

—Me voy por vosotros, así que no pienso dejaros aquí, ¿no crees? Deja que vaya yo primero y luego os sacaré a vosotros también…

—¿Cómo?

—Aún no lo sé.

—¿Pero has decidido marcharte para siempre?

—Sí.

—Seguro que te vas con esos Levi's nuevos puestos.

Manana no sonrió, pero por alguna razón la broma enfadó a Giorgi. Se levantó, cogió un cigarrillo y lo encendió, lo apagó de nuevo y salió, dando un portazo. Con el enfado se le olvidó que el niño dormía.

Más tarde, el 18 de noviembre de 1983, cuando Giorgi recibió un disparo que acabó con su vida durante el intento fallido de secuestro del avión, recordó la noche en que mostró a su hijo pequeño, Giorgi, una estrella brillante en el cielo, diciéndole que la buscase si alguna vez echaba de menos a su padre y la saludara.

EL MAR

El mar estaba muy tranquilo y calmo, y parecía difícil que se moviera. El mar Negro estaba como solía estar en otoño antes de los tormentosos y tempestuosos días de invierno. Al atardecer el sol era grande, rojo y hermoso.

Tina y Gega solían ver el atardecer desde el balcón de la casa, desde donde se podía ver toda la línea de la costa que controlaban los guardas fronterizos con subfusiles, ya que Turquía estaba a solo un par de pueblos de distancia. Acercarse más a la frontera, aunque fuera a unos kilómetros de esta, estaba prohibido. Tina y Gega alquilaron una habitación en una casa, en lo alto de la ladera de una montaña, que tenía un balcón maravilloso. Los anfitriones eran Laz y, como todos los Laz, tenían a menudo un pescado del mar Negro delicioso e invitaban a Tina y Gega a comer o a cenar. Los inquilinos crearon un vínculo muy fuerte con sus anfitriones, aunque Gega seguía estudiando inglés en secreto, pues no quería que a la familia, que vivía tan cerca de la frontera, le pareciera sospechoso el entusiasmo que ponía en esta tarea. Por eso aprender palabras nuevas con Tina, que lo cubría de besos después de cada susurro con una respuesta correcta, se volvió incluso un tanto cómico.

El día antes de marcharse, Tina y Gega dieron otro largo paseo por la playa y decidieron quedarse allí a ver el atardecer en lugar de apresurarse para volver a la casa.

Ya era otoño y hacía frío, pero no era insoportable o intolerable. Tener a Gega cerca daba calor a Tina. Siempre lo sentía, especialmente cuando Gega se sentaba a su lado, escuchando el sonido del mar y esperando el atardecer.

El mar estaba tranquilo y el sol, grande y rojo. Gega rodeó a Tina con el brazo y la besó en la mejilla. Ella apoyó la cabeza en su hombro y de nuevo sintió, una vez más, como si no hubiera nadie más en el mundo tan cercano a ella como Gega.

—¿Tú crees que se puede cruzar el mar nadando?

—El hombre puede hacer lo que sea, si quiere.

—No te estoy preguntado de forma hipotética. ¿Puede una persona cruzar el mar nadando?

—¿A lo ancho?

—Sí, hasta Turquía.

—Sí, hubo un cámara o un director de nuestro estudio, que se apellidaba Alexandria. Él lo hizo.

—¿Cruzó a nado el mar Negro?

—Sí, desde aquí hasta Turquía.

—¿Cómo?

—Despacio.

—No, lo digo en serio.

—De verdad, él lo hizo.

—¿Cómo?

—Entrenó y cruzó nadando.

—¿Toda la distancia?

—Cuando llegó cerca de Turquía lo recogió un barco.

—O sea, que no lo cruzó hasta el final.

—No le hizo falta, tampoco intentaba marcar ningún récord, solo quería escapar de aquí.

—¿Dónde está ahora?

—En América.

Más tarde, se sentaron en silencio en una playa repleta de piedras blancas, y se sorprendieron cuando los guardias fronterizos rusos se les acercaron con subfusiles. Les pidieron los documentos de identidad a ambos y después les dijeron que estaban alterando el orden público con su comportamiento inmoral. Cuando Tina se puso de pie, miró a su alrededor para asegurarse de que la playa estaba realmente desierta, aunque lo que más la consternó fue la idea de que apoyar la cabeza en el hombro del chico del que estás enamorada fuera, al parecer, un comportamiento inmoral.

Tina estaba sorprendida, pero Gega estaba enfadado y ofendido. Tina tenía miedo de que Gega replicara a los hombres armados. Le suplicó con la mirada que no dijera nada a los guardias fronterizos. Gega se mordió el labio con desesperación, pero le hizo caso. La siguió dócilmente hasta la casa y estuvieron mucho rato sin decir nada.

Gega permaneció callado y Tina le acarició la cabeza, con mucho cuidado, hasta que él rompió el silencio:

—Ese es el motivo por el que no quiero seguir viviendo aquí…

—Los militares y los policías son violentos y maleducados en todos lados.

—Pero en ningún otro sitio está prohibido el amor.

—Seguramente que en un país libre eso no sea así.

—Y por eso quiero vivir en un país libre. ¿Tú no?

—Yo quiero estar contigo.

—¿No quieres libertad?

—Si estoy contigo para mí siempre hay libertad.

—¿Vendrías conmigo si me voy?

—No puedo cruzar el mar nadando.

—Yo tampoco, no nado tan bien.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Voy a volar.

—¿Volar se te da mejor?

—A ver, tú eres un ángel. La pregunta es si tus alas pueden con los dos.

—Te lo pregunto en serio, ¿qué vas a hacer?

—Yo también digo en serio que eres un ángel.

—Por favor, deja de bromear.

—Voy a volar de verdad, contigo.

Tina se levantó, abrió la ventana y miró el mar. El mar Negro le pareció que fuera negro de verdad.

Dato y los hermanos escuchaban con atención al padre Tevdore hablar con serenidad sobre cosas muy sencillas pero muy importantes. Estaban en la habitación de Dato, que a primera vista parecía la de una persona joven y sin preocupaciones.

—Después de que os marcharais, justo al día siguiente, volvieron al monasterio.

—¿Qué querían? —preguntó Paata, y cogió un cigarrillo mientras esperaba una respuesta.

—Seguro que querían saber qué hacíais conmigo.

—¿Y qué les dijiste?

—Les conté de qué hablamos.

—¿De qué hablamos?

—De Dios, la bondad y el amor.

—¿Y? ¿Tienen miedo de eso?

—Eso es lo que más les asusta, aunque no puedan admitirlo y no lo vayan a discutir públicamente con la Iglesia. Al contrario, en público tratan a los curas y los monjes con respeto, pero la KGB nos vigila a todos en secreto.

—¿Y qué vas a hacer?

—Lo mismo de siempre. Los obstáculos solo hacen que mi fe se fortalezca. Así empezó la andadura de los primeros cristianos. El sufrimiento alimenta la fe.

—Eres monje y has tomado tu decisión.

—Las personas siempre tenemos que tomar decisiones, sin importar si somos religiosos o laicos. Siempre vais a tener que escoger

entre el bien y el mal, la luz y la oscuridad, la esclavitud o la libertad.

—Nosotros también hemos tomado una decisión —dijo Kakhaber, que miró primero a los otros, luego al monje, y repitió la frase.

—¿Qué decisión? —preguntó el padre Tevdore.

Los chicos se miraron de nuevo, como si dudaran. Tras una pequeña pausa, Paata miró directamente a los ojos al padre Tevdore y, muy tranquilo, dijo:

—Nos vamos.

—¿Cómo?

—En avión.

—¿Cómo?

—Aterrizaremos en Turquía, en la base aérea americana, y a partir de ahí ellos se ocuparán de nosotros.

—¿Cómo?

—Como refugiados. ¿Te acuerdas de la familia Brazauskas, cuando los americanos los recibieron como héroes?

—Los lituanos siempre han tenido suerte.

—Nosotros también la tendremos. Asustaremos a los pilotos lo justo para que cambien la ruta.

—¿Cómo los vais a asustar?

—Con armas.

—¿Cómo pensáis subir las armas al avión? Registran a todo el mundo.

—Excepto a curas y monjes —dijo Dato, y esperó la reacción del padre Tevdore.

—¿Y si hay víctimas?

—No las habrá.

—¿Y qué pasa si las hay?

—No las habrá.

—¿Con absoluta seguridad?

—No se puede decir nada con absoluta seguridad.

—Entonces podría haberlas.

—Solo teóricamente.

—No vale la pena, aunque sea teóricamente.

—¿El qué no vale la pena?

—Nada vale la pena si el precio es la vida de una sola persona, aunque el objetivo sea la libertad. La vida de cada persona le pertenece solo al Señor y su muerte es asimismo solo decisión del Señor.

—Pero no queremos matar a nadie —interrumpió Paata, y lanzó una mirada llena de furia a Dato—. Necesitamos las armas para asustar a los pilotos, nada más.

—Cuando hay miedo, hay muertes. Además, a los pilotos no se les permitirá aterrizar en Turquía.

—¿Por qué no, si los lituanos consiguieron que lo hicieran? —interrumpió Paata de nuevo.

—Precisamente por eso no podréis hacerlo de nuevo. La KGB no va a repetir el mismo error.

Los hermanos se levantaron, cogieron sus chaquetas y se marcharon sin despedirse.

Dato y el monje se quedaron solos en la habitación y, tras una larga pausa, el padre Tevdore dijo con una sonrisa:

—Seguramente han pensado que tengo miedo.

Giorgi quedó con Soso en la calle, en una plaza llena de gente, y le dijo de inmediato lo que tenía que saber:

—El cura no viene.

—Lo sé.

—Solo queda una opción.

—¿Cuál?

—La chica, la novia de Gega, tiene que subir las armas al avión.

—¿Cómo?

—Fingiendo que está embarazada y escondiéndolas debajo de la ropa.

—Si ni siquiera se han casado aún.

—Se tiene que casar con ella primero y podemos irnos justo después de la boda.

—¿Crees que querrá?

—Lo tienes que convencer.

—A Gega sí, pero ¿y Tina?

—¿Se llama Tina?

—Sí, se llama Tina.

—Gega hará que Tina acepte. No tenemos otra opción y tampoco tenemos mucho tiempo —dijo Giorgi, y se marchó. Soso se quedó un poco más en la acera antes de cruzar la calle para marcharse.

—¿Ya no hay nieve? —preguntó Dato sorprendido al padre Tevdore, rompiendo el silencio del patio del monasterio.

—Es el sol de otoño, pero solo es el sol. Volverá a nevar en una semana.

—Qué tranquilidad hay aquí.

—Aquí hay paz y las personas necesitamos paz, más que tranquilidad.

—¿Me has llamado para que pueda experimentar esta paz?

—No, ¿por qué no has traído a Gega?

—Está trabajando, está rodando, y dijo que subiría seguro la semana que viene.

—Me hubiera gustado que Gega estuviera aquí hoy también, quería decíroslo a los dos.

—¿El qué?

—Sé que ya habéis decidido iros.

—Todavía no hemos decidido nada.

—Te estoy diciendo esto porque sé que, si Gega decide irse, tú vas a seguirlo.

—Como he dicho, aún no hemos decidido nada.

—Y yo te he dicho lo que creo. Y si Gega no ha venido es porque él ya lo ha decidido.

—Te he dicho que no.

—No tienes por qué decirme nada. No es ese el motivo por el que quería verte. Todo lo contrario, quería decirte lo que ya les he dicho a los demás, pero ellos son distintos. No tienen lo que el Señor te ha concedido a ti más que a los demás.

—¿Y qué es eso?

—Sentido común. Otros idiomas puede que no tengan una expresión tan acertada para describir cuándo el sentido y el alma de una persona se guían por sus acciones.

—Ya sabes que yo no soy el que se encarga de tomar las decisiones.

—Por eso te digo que si tú dices «no» y decides no ir con ellos, los demás también empezarán a pensar que la vida de una persona es más valiosa que sus deseos, sin importar lo grandiosos y nobles que estos sean.

—No habrá muertes. Me crees, ¿verdad? Sabes que yo no mataría nunca a nadie. Prefiero ser yo la víctima a que muera otra persona. De verdad.

—Puede que no mates a nadie directamente, pero las Fuerzas Especiales lo harán, matarán incluso a los otros pasajeros, gente inocente, antes de dejar que eso pase y…

—Nos culparán a nosotros.

—Claro que os culparán a vosotros, pero peor que eso, seréis responsables de las muertes de esas personas, directa o indirectamente.

—¿Por qué nosotros?

—Esa gente morirá por vuestra culpa.

—No habrá víctimas.

—¡Habrá víctimas! No sabéis con quién os metéis y Gega

probablemente piense que esto sea una película o una obra de teatro más que está esperándolo, que él va a hacer su papel.

—¿Qué le importa a un imperio tan grande que escapemos unos pocos de aquí?

—¿Unos pocos, cuando cientos o miles de vidas no les importan nada? La vida humana no significa nada para ellos.

—Una razón más para irse de aquí.

—Pero odian los guiones de otros. Solo les gustan las obras de teatro que escenifican ellos mismos y no os perdonarán el insulto.

—No vamos a insultar a nadie.

—No sabes lo arrogante y mala que puede ser la gente cuando llega al poder.

—Ese mismo gobierno fue incapaz de hacer nada con los lituanos que secuestraron el avión. Dejaron que se fueran.

—Por eso las autoridades soviéticas no van a repetir ese mismo error. ¡No dejarán que os vayáis!

—Todavía no hemos decidido nada.

—Sé lo que habéis acordado, pero si tú dices que no, alguien más se atreverá a decir que no, luego otro y otro y sobreviviréis todos. Todo el plan se vendrá abajo y sobreviviréis todos.

—No hay nada decidido.

—Entonces será demasiado tarde. Por eso quiero ver a Gega. Seguramente piense que echarse atrás ahora es una señal de cobardía. Quiero que sepa que es más importante pensar en el Señor que en los que quieren utilizarlo.

—Nadie puede usar a Gega si él no quiere, por lo que nadie puede hacer que vaya. Nadie puede forzarlo a hacer algo que él no quiera.

—Ese es precisamente el motivo por el que quiero ver a Gega antes de que sea demasiado tarde. Por eso voy a esperarlo y a hablar con él. Dile que estaré esperándolo.

—Lo haré.

—Lo esperaré todos los días.

—Se lo diré.

Dato empezó a bajar la montaña y, cuando ya estaba a una distancia considerable del monasterio, miró atrás una vez más hacia donde estaba su amigo, el monje, de pie, inmóvil en la puerta del monasterio. Levantó la mano a modo de despedida final; se giró y siguió su camino.

LA BODA

La boda era como cualquier otra boda tradicional georgiana, pero había algo que no encajaba. Todo parecía ser como debía, pero varias personas mostraban signos de inquietud. Estaban ansiosas esperando que algo pasara. Para otros, era la boda de una pareja feliz y disfrutaban de la celebración. Algunos sencillamente se perdieron en el banquete. A la novia, a la que ya se le notaba la tripa, se la veía cansada, pero la madre de Gega, con una intuición maternal infalible, se dio cuenta de que había algo raro. No sabía lo que pasaba exactamente, pero notó que la fiesta, el baile y las canciones estaban teñidos de tristeza.

A Natela le pareció especialmente extraño el comportamiento de uno de los invitados: Giorgi. No lo conocía. Gega no consiguió convencerlo de que se uniera a los demás en el restaurante, por lo que se quedaron en la entrada hablando durante un rato, con mucha efusividad, o eso le pareció a Natela. No podía oír las voces, pero estaba segura de que su hijo discutía con él. El extraño no se ponía de acuerdo con el novio; y al final se marchó, tal y como había llegado, sin entrar en el restaurante.

Natela pensó que, antes de marcharse, el extraño, que era evidentemente mayor que su hijo, agitó un dedo hacia Gega, que estaba de pie con la cabeza baja. Cuando finalmente regresó a la mesa, Gega no volvió a sonreír durante el resto de la noche. Natela nunca supo con seguridad, ni entonces ni después, si lo había imaginado o si realmente sucedió como lo recordaba.

Lo único que recordaba con certeza fue que pensó que tenía que atender bien a los invitados. Era un número considerable y, como anfitriona, intentaba hacerle caso a todo el mundo y no descuidar a nadie. Por eso no tuvo tiempo suficiente para dedicarle a su hijo, aunque lo buscaba constantemente con la mirada. Intentó tenerlo a la vista durante todo el banquete nupcial, especialmente después del incidente de las palomas. En esa época, en Georgia, era tradición llevar dos palomas y regalárselas a los recién casados de manera simbólica. Pero después de lo que pasó, nadie se acordaba exactamente de cómo aparecieron las palomas en la boda de Gega y

Tina. Podría haber sido idea de alguien para gastar una broma. Cuando, para el deleite de todos, liberaron a las palomas en el salón del restaurante, y todos se rieron. Pero lo que ocurrió a continuación nadie se lo había imaginado. Una de las palomas cayó al suelo como si la hubiera fulminado una terrible enfermedad. En medio del silencio sepulcral, alguien gritó horrorizado:

—¡Una paloma está muerta!

Los atónitos invitados se miraron temerosos. Algunos miraron de reojo a Tina y a Gega. Fue Gega quien rompió el imponente silencio, y les dijo a los músicos qué canción tocar y la fiesta continuó.

Sin embargo, todo el mundo tenía la sensación de que algo muy extraño, por no decir revelador, acababa de ocurrir. La única persona que tenía la sensación de que todavía tenía que pasar algo más importante era la madre de Gega. Por eso Natela siguió buscando a su hijo con la mirada todo el tiempo. Cansado del ruido y del vino, y con aspecto triste, Gega estaba sentado junto a Irakli Charkviani.

Gega tenía un brazo sobre los hombros de Irakli, y le estaba susurrando algo. Irakli sonreía. A Natela le pareció que esa sonrisa ocultaba algo importante, pero también pensó que solo se despedía de Irakli. En cualquier caso, Gega no parecía el típico georgiano que se ponía sentimental porque estaba borracho y le proclamaba su amor a un amigo. Natela no sabía lo que pasaba en realidad en el banquete de la boda de su hijo, pero lo achacó a una excesiva curiosidad materna. Por ese motivo, cuando este se despedía de Dato Evgenidze, no le prestó atención al paquete de tabaco que su hijo regaló a Dato. Solo más tarde recordó ese intercambio. Era un paquete de Camel americano, muy difícil de encontrar en Tbilisi en ese momento, que Dato no quería aceptar.

—Cógelo como recuerdo mío —dijo Gega, y puso el paquete en el bolsillo de Dato.

—No lo quiero, ya tengo —dijo Evgenidze, y volvió a sacar el paquete de Camel de su bolsillo.

—Te lo estoy dando como recuerdo —repitió Gega con una expresión tal que Dato sonrió y miró el paquete. En el paquete ponía claramente «Turco».

—Pensaba que eran americanos —le dijo a Gega, sacando un cigarrillo del paquete.

—Son americanos, solo que hechos en Turquía, con tabaco Samsun.

—Conozco el Samsun, hay una base militar americana allí, cerca de Batumi, pero al otro lado de la frontera.

—Quédatelo como un recuerdo mío —interrumpió Gega. Parecía un poco avergonzado, pero trató de disimularlo y abrazó a Dato

Evgenidze por última vez.

Era ya muy tarde cuando se marcharon los invitados y el personal del restaurante, ya cansado, empezó a recoger poco a poco el desorden de las mesas. La de los recién casados estaba separada de las demás por una tarima y solo quedaban dos personas sentadas en todo el salón vacío: Tina y Gega, que se habían quedado solos después del bullicio de la fiesta. En medio de ese silencio Gega seguía susurrando a Tina, que estaba espectacularmente guapa:

—Nos vamos por la mañana.

—Lo sé.

—Tenemos unas horas.

—Lo sé.

—Tienes que decidirte. No vamos a volver.

—Ya lo he hecho.

—Hablo de otra cosa.

—Ya he decidido.

—Pero no querías.

—Sigo sin querer, pero voy.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué? ¿Por qué no quiero ir, o por qué voy?

—No quieres venir, pero aun así te vienes.

—No quiero, pero voy contigo.

—¿Por qué no quieres?

—Porque lo que queréis hacer no tiene justificación.

—¿Por qué?

—Porque nada que pueda causar que muera gente es justificable.

—No va a morir nadie. Las pistolas son solo para asustar a los pilotos.

—Siempre hay muertes cuando hay armas, y puede que esas personas no nos hayan hecho nada malo.

—Vamos en un avión pequeño, solo habrá algunos pasajeros más aparte de nosotros.

—Aunque solo haya una persona, esa persona será inocente.

—Si tienes miedo, es mejor decirlo ahora.

—No tengo miedo.

—Yo creo que un poco de miedo sí que tienes.

—No tengo miedo, ni de volar, ni de morir, y tampoco de lo que no te atreves a decir.

—¿A qué te refieres?

—Que yo tengo que subir la pistola al avión.

Tina se tocó la tripa y con mucho cuidado y cariño acarició a su futuro hijo. Gega permaneció callado mucho rato, pero finalmente

preguntó a Tina:

—¿Por qué no tienes miedo a nada?

—Porque no tengo miedo al amor.

Por la mañana Gega estaba muy contento. Natela pensó que estaba tan feliz no solo por la luna de miel, sino también por el hecho de ir a su amado Batumi, donde le esperaba el mar de otoño, la paz y la tranquilidad después de la bulliciosa Tbilisi y la fiesta de la boda. Lo único que sorprendió a Natela fue la extraña despedida de Gega. Gega siempre le daba un beso a su madre cuando salía de casa y después, cuando estaba en la calle, levantaba una pierna para que la viera su madre, sin mirar atrás, ya que ella estaba siempre en la ventana, viendo a su único hijo.

Esa mañana Natela también estaba en la ventana. Pero Gega no levantó la pierna, ni tampoco miró hacia ella, sencillamente se fue.

Como de costumbre, el aeropuerto estaba abarrotado, pero entre la multitud se distinguía una atractiva pareja de luna de miel, acompañada por sus amigos, como era habitual en Tbilisi en esa época. La compañía no sorprendía a nadie. Los recién casados sí que se sorprendieron cuando anunciaron el vuelo a Batumi. En lugar de un avión pequeño, como el que solía operar entre Tbilisi y Batumi, esa mañana, por alguna razón, se cambió el avión habitual por uno más grande que seguiría a Leningrado después de Batumi. Para algunos el cambio fue tan desconcertante que podía distinguirse la vacilación en sus caras. Pero, al final, caminaron hacia la puerta de embarque y pasaron el control de pasaportes como el resto de los pasajeros pensando que solo era una desafortunada coincidencia. La única persona que no pasó por el arco de seguridad fue Tina, ya que, debido a la radiación, era peligroso que pasara por el arco magnético estando embarazada. El personal del aeropuerto accedió con gusto a la petición de Gega, incluso felicitaron a la pareja por su matrimonio en nombre de la administración aeroportuaria. Después alguien abrió una botella de vino espumoso. Los resacosos bebieron con un entusiasmo evidente y brindaron repetidas veces por los recién casados, y con toda esa emoción casi pierden el vuelo. Finalmente, todo el mundo se sentó en sus correspondientes asientos y la azafata empezó a explicar las medidas de seguridad a los despreocupados pasajeros georgianos, que nunca escuchaban a las azafatas.

Antes de despegar, hubo un incidente que retrasó el vuelo: el pasajero número 59, que iba totalmente borracho, armó tal escándalo que hizo que la tripulación llamara a la policía y lo expulsaran del avión.

Lo que el pasajero 59 no sabía en ese momento era que, poco después del despegue, el resto de los pasajeros pensarían en él y

sentirían envidia.

Era ya mediodía, pero Natela seguía dormida después de haber estado toda la noche limpiando la casa. Por la mañana, había visto marcharse a su hijo y a su nuera a su luna de miel y quería lavar los platos. Pero tenía mucho sueño. Estaba tan cansada que tenía dificultades para mantenerse de pie, así que dejó los platos. Decidió echarse una siesta corta y se acomodó en un sillón, justo al lado del balcón. Natela estaba muy adormecida, así que, más tarde, no supo decir si realmente estaba dormida, o sencillamente tenía los ojos cerrados, cuando oyó que alguien llamaba tímidamente a la ventana. La tenía justo al lado y lo primero que sintió fue miedo cuando vio al hombre con barba y unos ojos verdes realmente expresivos vestido de sacerdote justo debajo de su ventana.

—Hola —dijo el monje, y se disculpó con Natela por molestarla.

—Hola —dijo Natela, que no tenía ni idea de qué podía querer ese monje o cura de ella.

—Gega vive aquí, ¿verdad? —preguntó el extraño, y la mujer se calmó un poco al oír el nombre de su hijo.

—Sí.

—Si está en casa, ¿podría verlo un momento?

—Gega no está en casa. Se han ido hoy.

—¿Adónde?

—Están de viaje de novios.

—Usted tiene que ser la madre de Gega.

—Sí.

—¿Adónde se han ido?

—A Batumi.

—¿Puedo preguntar cómo han ido?

—Perdone, pero ¿quién es usted?

—Soy el padre espiritual de Gega.

—No sabía que mi hijo tuviera un confesor.

—El propio Gega tampoco lo sabía.

—Lo siento, pero no le sigo.

—Soy el padre espiritual de sus amigos y llevo algún tiempo esperando a Gega.

—¿Dónde lo ha estado esperando?

—En mi monasterio. He estado esperando durante días, pero nunca apareció, por lo que pensé que sería mejor que viniera yo mismo.

—Seguramente llame hoy. ¿Quiere que le dé algún recado?

—¿Cómo van a Batumi?

—En avión.

—¿Se han marchado ya?

—Hace más o menos una hora. —Natela miró maquinalmente el reloj de pared—. Ya deben de estar volando.

—¿Se han ido los demás con ellos?

—Sí, los chicos han ido con ellos.

—Yo tenía que haber ido con ellos también, pero he llegado tarde.

—¿Sabían que iba a ir?

—No, ellos no lo sabían y yo tampoco.

—Lo siento, pero no le entiendo.

—Soy su padre espiritual y tendría que estar con ellos ahora en el avión.

—¿Ha perdido el vuelo?

—No sabía que se iban hoy.

—Pero usted quería ir con ellos.

—No quería ir con ellos de ninguna manera, tampoco quería que fueran ellos.

—Lo siento, pero sigo sin entenderlo.

—Yo tampoco lo entiendo. ¿Por qué tenían que darse tanta prisa?

Natela no le dijo nada más al monje, aunque seguía sin entender a qué se refería. De pronto se dio cuenta de que habían estado hablando por la ventana y que fuera hacía frío.

—Pase, por favor. —Solo entonces lo invitó Natela y el monje sonrió.

—Muchas gracias, pero tengo que irme. Ya es tarde. Es tarde para todo.

—¿Qué quiere que le diga a Gega si llama?

—¿Desde dónde?

—Desde Batumi —dijo Natela, sintiendo que la rabia crecía en su interior.

—Si llama, dígale que rezo por ellos y que siempre rezaré por ellos.

El monje se dio la vuelta, miró para atrás, dijo adiós y se marchó.

Solo en ese momento Natela empezó a preguntarse por qué había llamado el monje a la ventana y no a la puerta, y, al no ser capaz de encontrar una explicación, intentó recordar sus palabras. Su pensamiento fue en una dirección y su ansiedad en otra. Llamó a las familias de los amigos de Gega para ver si ellos sabían algo. Llamó a las casas de los que iban con Gega y Tina, pero todos le dieron la misma respuesta: nadie había llamado desde Batumi aún, lo que significaba que el avión seguía en el aire.

Por último, Natela se durmió, completamente agotada. Se sumergió en un sueño muy profundo y durmió hasta última hora de la tarde. Durmió hasta que la despertaron.

EL AVIÓN

Lo que más tarde se llamó secuestro parecía más bien un desesperado suicidio colectivo.

Los secuestradores llevaban ropa informal, como era habitual entre la «generación vaqueros» de la época. Giorgi era el único que iba con traje y corbata y llevaba un globo terráqueo en las manos. También tenía una biblia que le dio a Gega Kobakhidze cuando ya estaban a bordo del avión. Más tarde, el globo terráqueo desapareció, lo que llevó a pensar que fue así como introdujeron las pistolas en el avión. No era cierto, ya que la amiga de Tina Petviashvili las llevaba en su maleta de mano sin ni siquiera saberlo.

Giorgi Tabatadze solo llevaba el globo terráqueo y una biblia georgiana de su país. Atrás dejó una carta para su hijo escrita con el corazón, en la que enseñaba al pequeño Giorgi cómo encontrar la estrella más brillante cuando echara de menos a su padre.

El vuelo se retrasó primero por el mal tiempo. Más tarde, uno de los pasajeros, que se llamaba Galogre, estaba tan borracho y alterado que tuvieron que llamar a la policía para sacarlo del avión.

El propio secuestro se retrasó porque Kakha Iverieli no sabía cómo usar un arma. De acuerdo con el informe oficial sobre lo ocurrido, cuando se acercaban a Batumi, los pilotos recibieron un aviso de que las condiciones meteorológicas habían empeorado y cambiaron la ruta. Existe la teoría de que este cambio repentino levantó las sospechas de los secuestradores y los llevó a actuar de inmediato. Sin embargo, de acuerdo con los datos de la caja negra del avión, el registro del informe oficial indica que las órdenes que recibieron los pilotos llegaban del ejército y no de los controladores aéreos, lo que sugiere una operación militar previamente planificada.

Había cincuenta y ocho pasajeros en el avión, entre ellos uno que no tenía ninguna relación ni con Batumi ni con Leningrado, aunque iba en el avión con los demás. Su trabajo, como el del resto de los agentes de la KGB que iban en otros vuelos, era la seguridad. No había ni un solo vuelo por el espacio aéreo soviético en el que no viajara al menos un oficial de la KGB como un pasajero más. Todos los ciudadanos soviéticos lo sabían. Los amigos de Gega, que iban con él y

con Tina en su luna de miel, también lo sabían de sobra. En su intento de secuestrar el avión, sabían que lo primero que tenían que hacer era identificar al agente de la KGB que iba en su avión. Pensaban que si se deshacían de él sería mucho más fácil obligar a la tripulación a cruzar la frontera de Batumi para aterrizar en Turquía, en una de las bases militares americanas. Sin embargo, no sabían cuál de los cincuenta y ocho pasajeros era el agente. Solo podían especular. Era como un juego de niños en el que hay que identificar al espía por lo que lleva puesto. Así que, debido a un chubasquero verde, decidieron que un hombre de mediana edad que se sentaba en la primera fila era el agente de seguridad del Estado que acompañaba su vuelo. A pesar de las dudas de Gega, la mayoría de ellos estaban de acuerdo basándose en un «sólido» argumento del que todos se hicieron eco:

—Es él, seguro. Mira su cara, es la cara típica de la KGB.

—Sí, lo parece, pero ¿y si solo es un pasajero más? —preguntó Gega, con escasa repercusión.

—Si no es él, ¿entonces quién? Dime quiénes son y me encargaré de ellos —le dijo a Gega el mayor de los hermanos Iverieli. Su hermano pequeño se rio a carcajadas.

—¿Y cómo se supone que voy a encontrarlo? —preguntó Gega totalmente sorprendido.

—Aquí, en el avión —dijo Giorgi, pero sin sonreír; y a Gega le quedó claro que la decisión ya estaba tomada.

El más joven de los hermanos, actuando más rápido que el mayor, se levantó y se dirigió a la cabina con una botella de vino espumoso, que terminó de camino. Cuando llegó a la primera fila, golpeó en la cabeza con la botella al pasajero seleccionado, al que pilló totalmente por sorpresa, y comenzó el intento de secuestro del avión.

Mucho más tarde, cuando ya había pasado todo, quedó claro que los secuestradores se equivocaron. El hombre de mediana edad al que el golpe dejó inconsciente era en realidad un simple pasajero, no el agente de la KGB. Sin embargo, no cambió nada para ese hombre en ese momento: se quedó inconsciente en su asiento con una brecha en la cabeza. La mujer que estaba a su lado daba alaridos por el miedo y la impresión, que se oían en todo el avión.

Resultaba raro que los gritos no hicieran cundir el pánico entre los secuestradores. Al parecer, estaban preparados para tal reacción, por lo que concentraron su energía en llevar a cabo el plan.

En cuanto el hermano más joven se levantó de su asiento botella en mano, los demás tomaron inmediatamente sus posiciones. El primero que llegó hasta donde estaban los pilotos con un arma en la mano fue Giorgi, seguido muy de cerca por Kakhaber, el mayor de los hermanos. Sin embargo, en ese momento Giorgi no tuvo ni tiempo de

plantear las demandas de los secuestradores a los pilotos. Sin previo aviso, un hombre armado le disparó y lo mató en el acto. El hombre armado y vestido con ropa sencilla estaba sentado en la cabina mirando hacia la parte trasera del avión, de espaldas al cielo. Su presencia fue una sorpresa total para los secuestradores. Habían estudiado el plano del pequeño avión que querían secuestrar, pero que habían cambiado a última hora. Decidieron continuar a pesar de todo, porque consideraron que resultaría más sospechoso no coger el avión en el caso de que la información sobre sus intenciones hubiera llegado a las autoridades soviéticas por otra vía.

En la cabina del avión pequeño, no había espacio suficiente para que se sentara nadie más aparte de los pilotos. Nadie habría cabido con tanta comodidad como ese hombre armado, a quien Giorgi y Kakhaber no habían visto cuando entraron en la cabina.

Giorgi estaba muerto, pero los secuestradores no tenían tiempo para pensar en los errores que habían cometido. De hecho, no había tiempo para pensar en nada en ese momento, ya que el hombre armado estaba disparando en el pasillo. Unos cincuenta pasajeros se agacharon al oír los disparos. Lo mismo hicieron los secuestradores. Una bala nunca distingue entre culpable e inocente. Al parecer, el extraño tampoco tuvo tiempo de pensar en eso. Hirió a Kakhaber, igual que a otro pasajero, motivo por el que, posiblemente siguiendo un instinto, una de las azafatas decidió cerrar la puerta de la cabina. Pero no fue tan sencillo, ya que la primera víctima yacía inmóvil en la entrada. Puede que pensara que si cerraba la puerta podría bloquear el paso para que los secuestradores no llegaran a la cabina y a los pilotos.

Los demás, a pesar del pánico general en el avión y de su trágico y fallido comienzo, siguieron adelante con lo que habían empezado. No quedaba nada que perder. Los demás tenían pistolas, mientras que Gega estaba de pie en el pasillo sosteniendo una granada de mano. Era falsa, pero solo Giorgi lo sabía y ya estaba muerto.

Gega amenazaba a la tripulación con detonarla si no llevaban el avión a Turquía. Pero los pilotos ya habían recibido órdenes desde tierra de no acceder a las demandas de los secuestradores bajo ningún concepto. Para desconcertar a los secuestradores, los pilotos hicieron caer en picado el avión, algo que resultaba totalmente innecesario, ya que su comportamiento era ya errático. Lo único que consiguieron con la caída repentina fue que pasajeros inocentes resultaran heridos. El descenso fue tan brusco e inesperado que los pasajeros salieron despedidos de sus asientos, gritando y chillando. Y lo más terrorífico fue que los pilotos repitieron la maniobra más de una vez.

Cuando se calmó un poco la situación, los secuestradores reiteraron varias veces sus exigencias con más firmeza, ya que lo

ocurrido los había convertido en muyahidines desesperados. Los pilotos, por su parte, se vieron forzados a mentir de nuevo para ganar algo de tiempo y calmarlos, al menos temporalmente. Le dijeron a Soso que solo tenían combustible para llegar a Batumi y que por ese motivo no podrían seguir hasta ningún aeropuerto de Turquía. Esto, obviamente, le pareció sospechoso, como se lo hubiera parecido a cualquier otro secuestrador, pero no tuvieron más remedio que creerlos y acceder a repostar en Sokhumi. El aeropuerto de Sokhumi era el más cercano a Batumi y parecía la única salida de aquella situación. En realidad, a los pilotos se les había ordenado volver a Tbilisi, pues allí había una unidad rusa armada, estacionada cerca del aeropuerto, que ya esperaba a los secuestradores. Para despistar a los secuestradores los pilotos llevaron a cabo una maniobra como si cambiaran el rumbo hacia Sokhumi, algo totalmente innecesario, ya que nadie sabía lo que eso implicaba desde el punto de vista técnico.

Los secuestradores ni siquiera podían saber si su avión había sido interceptado por dos aviones de combate a cada lado o si se trataba de un engaño muy elaborado. Si esa escolta hubiera aparecido cerca de Batumi, habría sido sobre todo para asegurarse de que los pilotos seguían las órdenes que habían recibido de Tbilisi; en caso contrario, hubieran derribado el avión con todos los medios posibles en cuanto se acercara a la frontera turca.

Los secuestradores solo fueron conscientes de su verdadero destino cuando se pudo divisar el contorno de la ciudad y ya habían empezado el descenso. Fue en ese momento cuando Dato decidió que todo había terminado y que no tenía sentido continuar. Se suicidó en cuanto se dio cuenta de que la aeronave había aterrizado en el aeropuerto de Tbilisi.

El sonido del disparo de Dato rompió el silencio que se había establecido de forma temporal en el avión y entre sus ocupantes. El que se encontraba al lado de Dato gritó conmocionado, aunque nadie se imaginaba el horror que aún estaba por llegar.

En cuanto el avión se detuvo, lo rodearon decenas de soldados locales armados de la KGB y, sin ninguna clase de ultimátum o advertencia, abrieron fuego con más de cincuenta pasajeros todavía a bordo.

Todavía no está claro quién dio esa orden que ocasionó un gran número de víctimas cuando la mayor parte de los pasajeros pensaba que habían sobrevivido a la terrible experiencia. Todavía cuesta imaginar cuántas vidas se perdieron como consecuencia de las acciones de esos soldados.

Cuando la pesadilla por fin terminó, en el avión se oían los quejidos de los heridos, mientras que los que estaban ilesos sencillamente seguían callados por la conmoción, incapaces de

producir ningún sonido.

Soso estaba callado porque estaba herido en la garganta; le costaba hablar, pero se dio cuenta de que las azafatas habían abierto las puertas de emergencia. Le preguntaban con la mirada si podían salir los pasajeros y él asintió con la cabeza. Pensaron que era una forma de escapar dadas las circunstancias, pero en cuanto salieron del avión los soldados locales de la KGB comenzaron a disparar de nuevo. Irina Khomich, quien sorprendentemente salió ilesa, resultó ser una persona de una integridad asombrosa: nada le hizo cambiar su testimonio sobre lo que había visto con sus propios ojos. Los soldados de la KGB dispararon no solo contra los pasajeros y los miembros de la tripulación que saltaban del avión, sino también contra los viajeros que permanecían en el interior.

Por ello, los secuestradores gritaron a los pasajeros que pusieran las manos contra las ventanillas con la esperanza de detener el tiroteo. Por desgracia, como quedó claro más tarde, la única consecuencia de su intento desesperado fue que la mayoría de los pasajeros acabaron con heridas en las manos.

Después de aterrizar en Tbilisi, Paata era el que más mantenía la compostura de todos ellos e incluso trató de animar a los demás. Posiblemente se vio forzado a entrar en acción porque su hermano, que estaba herido, le había pedido que le disparara y acabara con su sufrimiento. Soso Tsereteli también le pidió a Paata que lo matara en cuanto entró el escuadrón de la KGB disparando y comenzó su despiadado ataque. Paata estaba herido en la pierna, pero parecía una herida superficial, ya que todavía tenía las fuerzas suficientes para seguir moviéndose. Según el relato de los testigos, más tarde algunos de los pasajeros le ayudaron a vendarse la pierna. Una chica incluso se arrancó el dobladillo de su vestido para ello. En cualquier caso, Paata estuvo moviéndose por el avión hasta el final, gritando, sobre todo cuando empezó el tiroteo. Se contó después que les dijo a los pasajeros que los secuestradores sabían que iban a morir por su libertad, pero que ellos perderían la vida sin motivo.

Paata Iverieli no solo era el que más gritaba, también el que más juraba de todos, y tenía un comportamiento agresivo. En su testimonio posterior, explicó su comportamiento diciendo que temía que si mostraba algún signo de debilidad los pasajeros se hubieran vuelto contra él y sus amigos antes de que asaltaran el avión. Además, Paata necesitaba demostrar agresividad para tratar de influir en las autoridades y convencerlas de que los secuestradores iban en serio y no eran un mero grupo de estudiantes románticos.

Al contrario que los demás, parecía que Paata siguiera pensando que no estaba todo perdido; que iban a repostar combustible, dejar a los muertos y los heridos en tierra y seguir hasta Turquía. Eso es lo

que pidieron en cuanto los oficiales se acercaron al avión acribillado para iniciar las negociaciones. Los secuestradores les transmitieron sus exigencias. Pero, en realidad, para las autoridades la negociación era una forma sencilla de ganar tiempo, ya que no tenían ninguna intención de satisfacer sus peticiones. De hecho, estaban a la espera de una unidad especial procedente de Rusia que había participado en operaciones similares contra terroristas armados. Hasta su llegada, los responsables locales incluso se plantearon recurrir a los padres de los secuestradores para negociar con ellos.

Se llevó a los padres de los secuestradores al aeropuerto, pero por algún motivo las autoridades cambiaron de opinión. Pensaron que aquellos jóvenes descarriados, que habían perdido el rumbo de un modo tan terrible, estarían más dispuestos a escuchar al secretario general del Comité Central que a sus propios padres. Y así, el secretario general se dirigió a los secuestradores con tono paternal, instándoles a deponer las armas y entregarse.

Ese mensaje resultó fatal para Soso, quien, de pie ante la puerta del avión, hizo acopio de las fuerzas que le quedaban e insultó al secretario general del Comité Central. Casi todo el mundo cree que a causa de ese insulto, cuando todo había acabado, no se permitió que ningún cirujano le atendiera y murió desangrado horas más tarde.

Había más gente herida y que perdía mucha sangre dentro del avión, pero, a pesar de la insistencia de los secuestradores, no se llevaron a los heridos en ambulancia. Los secuestradores lo entendieron como una demostración de sangre fría de la KGB georgiana. Estaban absolutamente sorprendidos de que el gobierno no tuviera ninguna compasión con sus ciudadanos inocentes.

Los cálculos del gobierno eran efectivamente fríos e inhumanos: desde su punto de vista, cuantos más heridos hubiera en el avión, mejor para su objetivo, pues su miedo y sufrimiento evitarían que los secuestradores pensaran con claridad.

Pero no quedaba tiempo para pensar con claridad. La operación de rescate solo comenzó cuando habían transcurrido catorce horas desde el aterrizaje del avión. No es difícil imaginar lo que les pasó a todos por la cabeza durante esas catorce horas. Los pasajeros intentaron consolarse unos a otros incluso en esas desesperadas circunstancias. Algunos hasta consiguieron saltar fuera del avión, probablemente con la ayuda de los secuestradores. Dejaron que se fueran dos amigas de Tina e incluso sugirieron que Tina y Gega debían abandonar el juego, aunque hacía rato que había dejado de ser un juego.

Sin embargo, ese día sí que había un elemento de juego a bordo del avión. Uno de los secuestradores iba armado con unos nunchakus, algo que nunca se mencionó en el tribunal. Las autoridades georgianas estaban en lo cierto al pensar que si esto se sabía solo serviría para

confirmar la ingenuidad de los secuestradores. El gobierno comunista quería difundir una campaña de odio contra los secuestradores, pero los nunchakus tenían una connotación tan infantil que sin duda hubiera disminuido el escándalo público que esperaban. (Como parte del plan para promover el odio, se expuso ante el tribunal que los secuestradores buscaron a las madres que iban a bordo con niños pequeños y las amenazaron con cortarles las orejas a los niños).

Resulta bastante iluso pensar que los secuestradores mandaran a algunos pasajeros para negociar con las autoridades. A los que les permitieron marchar nunca regresaron, algo que los secuestradores atribuyeron a algún malentendido, por lo que mandaron a más pasajeros con los oficiales.

No tenían demasiada esperanza en las negociaciones, pero tampoco les quedaba otra alternativa. Antes o después tendrían que enfrentarse al hecho de que los habían engañado. Tenían que haberse dado cuenta cuando soltaron a uno de los prisioneros con la condición de que si no volvía matarían a su hermano, que también estaba a bordo, y aun así no volvió.

La única negociación oficial que hubo con los secuestradores tuvo lugar a través de un trabajador del aeropuerto. Pero fue otra estratagema para ganar tiempo. Se le ocurrieron excusas ridículas para tan larga espera. Aun así, se creyeron, por ejemplo, que Turquía no había accedido a recibir el avión, mientras que Irán había aceptado con la condición de que los depósitos de combustible se llenaran hasta los topes. Los secuestradores solo aceptaron viajar a Israel y exigieron que los técnicos solo llevaran ropa interior durante el repostaje.

Las autoridades quisieron ganar tiempo por varios motivos. Mientras tanto, las Fuerzas Especiales habían llegado de Rusia y esperaban en el techo del avión la orden para iniciar la operación. No dejó de llover durante toda esa pesadilla. Las tropas, molestas por el frío y la humedad, esperaban impacientes la orden de su comandante, pero no llegaba. Solo recibieron la orden cuando Tina apareció en la puerta del avión con una granada en la mano. Los responsables de la operación decidieron que una mujer con una granada de mano era una amenaza mayor que los otros secuestradores que habían hecho lo mismo, en varias ocasiones, juntos y por separado.

Resulta revelador que, cuando acabó todo, nadie recordaba a Tina en la puerta abierta con una granada de mano. Puede que solo imaginara esa escena. A fin de cuentas, fue Tina la que pidió a Gega la granada de mano.

—No es de verdad —le dijo Gega a Tina, pero no pudo sonreír porque le faltaban las fuerzas.

—Lo sé —dijo Tina. Besó a Gega, cogió la granada y se fue a la puerta.

La operación terminó en siete minutos. Las Fuerzas Especiales rusas echaron alguna clase de gas en el avión. Después sencillamente sacaron tanto a los pasajeros como a los secuestradores y les hicieron tumbarse en el suelo. Cuando llevaron a los secuestradores, ya arrestados, a la parte del aeropuerto donde los esperaban los representantes del gobierno y los generales locales de la KGB, un oficial de alto rango dio una patada a Soso, que cayó al suelo, y el oficial le dio otra patada para que lo viera el secretario general. La oportunidad era demasiado buena para dejarla pasar.

Seguía lloviendo en Tbilisi. El otoño estaba muy avanzado y la capital ya sabía que los estudiantes georgianos no habían logrado secuestrar el avión.

EL ENCUENTRO

Aunque nadie sabía los detalles de lo ocurrido, la sociedad se dividió muy rápido en dos opiniones: unos estaban consternados e indignados por el comportamiento de los secuestradores; los otros, sobre todo intelectuales y estudiantes del Movimiento Nacional, lo entendieron como un acto de protesta contra el régimen soviético, motivo por el cual el gobierno comenzó a difundir su propaganda a través de los medios de comunicación para influir en la opinión pública. Haciendo uso de su control absoluto de los medios, el gobierno estaba decidido a presentar a los secuestradores como monstruos y delincuentes antes de que comenzara la investigación. Era algo necesario porque el sentimiento antisoviético estaba bastante extendido en Georgia y una parte de la población comenzó a defender y justificar a los secuestradores. Por ello, además de la estrategia propagandística de una guerra relámpago en televisión, el gobierno recurrió a los métodos bolcheviques habituales. En todas las empresas hubo reuniones en las que los trabajadores denunciaban lo sucedido y redactaron propuestas que exigían el castigo más severo para aquellos delincuentes y traidores. Esa era la intención del gobierno: que el responsable del sangriento veredicto fuera la población en lugar de las autoridades. Aunque en ese momento nadie se podía imaginar que una corte soviética pudiera ser tan despiadada con los jóvenes, una parte de la población era consciente de que el gobierno soviético no absolvería a nadie por un delito como aquel y que los secuestradores se enfrentarían a un severo castigo para asustar al resto.

No hace falta decir que no era necesario conseguir ninguna prueba relevante. Lo importante para las autoridades era poder castigar a los culpables. Incluso así, necesitaban alguna prueba y argumentos, motivo por el cual el Comité Central tenía que decidir a quién responsabilizar como cabecilla del grupo terrorista. Se tuvieron en cuenta varias opciones que incluían a los padres de los secuestradores, pero la decisión final demostró ser más adecuada para el objetivo. Dos semanas después del intento de secuestro, se arrestó al monje Tevdore y se le acusó de ser el cabecilla del grupo. El hecho de que ni siquiera estuviera en el avión no contaba en absoluto para la investigación ni para el gobierno. El gobierno georgiano quería que se juzgara a un

monje, un sacerdote, y que se le condenara como el jefe de los delincuentes; de este modo, demostraría a la juventud georgiana y a la sociedad en general adónde conduce el interés por la religión.

Desde el día del secuestro fallido, Tevdore había estado rezando sin descanso, solo en el monasterio, tanto por los que habían fallecido como por los que habían sobrevivido. Nunca se planteó esconderse. Así lo encontraron la KGB y la policía cuando fueron a detenerlo al monasterio, ahora cubierto de nieve.

—¡Está detenido! —le dijeron al monje, que se limitó a sonreír.

Uno de los ansiosos agentes de la KGB decidió que esa sonrisa era un insulto a las autoridades soviéticas, por lo que le gritó con aspereza al monje sonriente para que pudieran oírlo los demás:

—¿De qué te ríes?

El padre Tevdore no respondió. El ansioso agente de la KGB únicamente señaló con la mano derecha una de las celdas del monasterio.

—Tengo libros y mis cosas ahí. Voy a cogerlos.

—No vas a necesitarlos —le dijo alguien.

Mientras se lo llevaban por el patio del monasterio, el monje se acordó de Dato, o, más bien, del último día que vio a su amigo. Este se había suicidado y era él el que más necesitaba sus oraciones.

Al monje, que pensaba que la confesión era sagrada, lo llevaron directamente a la cárcel de la KGB y, una vez allí, a la sala de interrogatorios. La sala de interrogatorios estaba en una planta subterránea, por lo que el padre Tevdore tuvo que caminar mucho rato por los largos pasillos bajo tierra para llegar adonde se encontraba el investigador. En cuanto entró en la sala, se sintió invadido por el cansancio. También pensó, en un principio, que el hombre, que le ofreció asiento de inmediato, no era para nada un investigador. Lo primero que dijo no tenía nada que ver con lo que el monje asociaba a un interrogatorio:

—Esos cabrones seguro que han herido tus sentimientos más que otra cosa.

—Lo siento, pero no le entiendo.

—Yo tampoco entiendo por qué iban a dejar fuera a su jefe.

—Nunca fui su jefe, soy su confesor.

—¿Qué más da si eres su confesor o su cura personal, cuando te están señalando como su jefe?

—Asombroso.

—Eso es justo lo que me sorprende: ¿por qué dejarte deliberadamente fuera a ti, el jefe?

—Lo siento, pero de verdad no le entiendo.

—Ya te lo he dicho, amigo, yo tampoco lo entiendo. ¿Qué sentido tiene irse sin el jefe? Te lo curras, lo preparas todo y, cuando llega la acción, esos cabronazos deciden seguir sin ti.

—Yo no iba a ir a ningún sitio.

—No importa. Los cabrones tenían que haberte dicho algo. Seguías siendo el cerebro del grupo.

—Yo soy un monje.

—Por eso mismo te lo digo, amigo; eres un monje y te han tratado como a un niño, así que tienen que responder ante ti para decir la última palabra.

—No sé de qué habla.

—Tienes que pedirles una explicación, te han insultado en todos los sentidos.

—Ya se lo he dicho. Yo no iba a ir a ningún sitio y ellos lo sabían perfectamente. Además, ¿por qué iban a decirme cuándo volaban?

—Vamos, hombre. Cuando vas a hacer algo por lo que te pueden fusilar, al menos debes estar listo, ¿no?

—¿Del fusilamiento de quién estamos hablando?

—Del de todo el mundo, cualquiera que se merezca un balazo.

—No han matado a nadie.

—Masacraron a la mitad de los que estaban en el avión, tantos pasajeros inocentes muertos…

—Pero ellos no han matado a nadie.

—¿Los maté yo entonces?

—No he dicho eso, pero usted sabe que no dispararon a los pasajeros.

—¿Eres tonto o qué te pasa? ¿Mandas a gente a semejante lío y ni siquiera sabes lo que han hecho?

—No he mandado a nadie a ningún sitio. Yo estaba y estoy categóricamente en contra de cualquier clase de violencia.

—El secuestro se planeó en tu monasterio. Tenemos infinidad de pruebas que lo confirman.

—Imposible.

—A nosotros también nos parecía imposible que planearas algo así, especialmente en el monasterio. ¿Acaso vas a decir que tampoco fueron nunca a verte?

—Eso no lo niego. Iban a menudo al monasterio.

—Entonces, ¿para qué iban a ir tan lejos para verte? ¿Acaso no hay suficientes iglesias en Tbilisi?

—Con la bendición de Dios, es cierto que hay muchas iglesias en Tbilisi, pero ellos necesitaban un padre espiritual, como cualquiera de nosotros.

—¿Qué significa un padre espiritual? ¿Uno que organiza secuestros de aviones?

—Un padre espiritual es una persona que ayuda a otra a encontrar la verdad.

—Les has ayudado a encontrar mucha verdad. Seguramente se acuerden mucho de ti, justo cuando estén frente al paredón.

—Pero no han matado a ningún pasajero, no ha habido juicio ni sentencia y usted…

—Ellos mismos han dictado su propia sentencia. ¿Sabes cuándo? Cuando subieron por la escalerilla de ese avión.

—Yo no estaba en el avión.

—Eso no importa. Les enseñaste cómo hacerlo y los mandaste allí, y ellos se marcharon sin ti y sin ni siquiera avisarte de que se iban.

—No quería ir.

—Esto hace que tu delito sea aún más grave. O sea, ¿no querías ir, pero mandaste a otros a la muerte?

—No he mandado a nadie a ningún sitio.

—No lo sé, todo el mundo te está señalando como el jefe del grupo.

—No le creo.

—Nosotros tampoco nos creemos que un monje planeara secuestrar un avión, pero, oye, aquí estamos, ¿no?

—¿Quieren echarme la culpa?

—Queremos que un monje admita la mala influencia que puede ejercer la Iglesia en nuestros jóvenes. No queremos perder jóvenes.

—Y si se pierden de todas maneras, si su destino está decidido y se les va a fusilar de todas formas, ¿para qué necesitan mi confesión?

—Esa es la cuestión, amigo. Pareces muy listo y te podrás imaginar que si tú asumes toda la culpa puede que se libren del paredón. ¿Cuántos años tienes, amigo?

—Hoy cumplo treinta y tres.

Inesperadamente, el investigador se levantó y, de forma aún menos esperada, le dio un abrazo al padre Tevdore y lo felicitó por su cumpleaños.

—¿Mejor? Piénsalo, ya no eres un niño.

El monje también se levantó. El mismo guarda que lo había conducido a ese agujero infernal una hora antes lo acompañó hasta su celda.

En Moscú no se fiaban de los georgianos, por lo que mandaron una comisión especial a Tbilisi para investigar el caso de los secuestradores. El Kremlin sospechaba que los comunistas georgianos

dejarían libres a los estudiantes y que la investigación no sería objetiva. ¡Cómo se equivocaban en Moscú! En lo que no pensaron fue que las autoridades georgianas dictarían una sentencia aún más dura para los secuestradores de la que se hubieran podido imaginar. ¿Qué mejor forma tenía el gobierno de Georgia para probar ante el Kremlin que era un súbdito leal?

Los rusos se equivocaban, pero aun así mandaron el equipo especial de investigación a Tbilisi. En aquel entonces, a cualquier comisión de alto nivel que llegara desde Moscú se le daba siempre un trato especial y se la recibía exactamente como les encantaba a los rusos. Los rusos adoraban la cocina georgiana y sus platos, el vino georgiano y el brandi; y sus anfitriones siempre cumplían sus expectativas. Ellos pensaban que nunca se ponían en evidencia, ya que Georgia siempre había sido un país extremadamente hospitalario. Nadie iba a privar a sus visitantes de gozar de la famosa hospitalidad georgiana. Los rusos la probaron en su totalidad hasta que no fueron capaces de mantenerse en pie. Sus anfitriones les hicieron beber, y seguir bebiendo, y cuando los miembros de la comisión especial acabaron borrachos como cubas, los llevaron a la cama, agotados y en un estado deplorable.

Cuando vio varias botellas de agua mineral Borjomi en la mesa del investigador, Gega no se sorprendió en absoluto. Lo que no esperaba era que esta vez lo interrogaran dos personas: uno era el georgiano que ya conocía; el otro era un joven investigador ruso, a quien le dolía tanto la cabeza que difícilmente podría ayudarle la Borjomi. Como todas las cosas georgianas, a los rusos les encantaba el agua Borjomi. Este en concreto estaba vaciando una botella de agua con gas tras otra, la mayor parte de las veces acompañada de un pepinillo en vinagre. Con una gran sonrisa, el investigador georgiano ofreció también de manera informal Borjomi a Gega. En cuanto la rechazó, dijeron que sería mejor ir directos al grano.

—Escucho —dijo Gega, para quien evidentemente el interrogatorio no era agradable. Aun así, se alegraba cada vez que lo interrogaban, porque siempre tenía la esperanza de ver, si no a Tina, al menos a alguno de los demás, quizá por error, en el pasillo.

La investigación se prolongó nueve meses y durante estos nueve meses interrogaron a los secuestradores casi a diario. Como era de esperar, a pesar de la esperanza de Gega, no vio a ninguno de sus amigos. Tampoco se le permitió a ninguno de los acusados ver a su familia ni una sola vez. Estaban aislados, hasta el punto de que ninguno de ellos supo nada de los demás hasta el juicio.

Aun así, hubo una excepción el día que Gega se encontró a dos investigadores en la sala en lugar de uno. La regla era que Gega tenía que mirar a la pared antes de entrar en la sala. No hacía falta

recordárselo. Tampoco esta vez. De forma automática puso las manos en la espalda y se mantuvo de pie cerca de la pared, mirándola.

De repente, en la pared encima de su cabeza vio la letra de la canción en inglés que Tina y él solían escuchar juntos. Había dos palabras en inglés de esa precisa canción garabateadas en la pared:

Gega no recordaba si esas palabras correspondían al título o al estribillo, pero sí se acordó de que la frase era de esa canción en concreto. Estaba escrita en la pared con letras realmente pequeñas, escrita a mano con tanta premura que Gega solo pudo llegar a una conclusión. El siguiente paso era sencillo. Si la autora era Tina, como dedujo, entonces él tenía que escribir el final de la frase, justo allí, en la misma pared, y así podría tener una respuesta. Gega estaba tan emocionado que ni siquiera podía seguir la conversación con los investigadores ese día. Solo podía pensar en una cosa: cómo coger el bolígrafo que necesitaba de la mesa de los investigadores.

Gega estaba sentado en la sala de interrogatorios, pero su mente seguía fuera, en la pared del pasillo. Por primera vez desde el arresto estaba feliz, o algo parecido. El investigador georgiano se dio cuenta de la extraña excitación del prisionero y exclamó con sorpresa:

—Hoy pareces contento.

—¿Contento?

—Si no contento, al menos satisfecho.

—¿Por qué tendría que estar satisfecho?

—Eso me sorprende a mí también.

—Debe de ser una mala interpretación.

—Nosotros nunca tenemos impresiones equivocadas. Tú eres el que debió de tener una impresión equivocada y pensaste que estabas rodando una película en ese avión, protagonizada por ti con una granada en la mano.

—Ya se lo he dicho: lamento profundamente lo que ocurrió. La granada ni siquiera era real.

—Entonces, ¿cómo matasteis a tanta gente con armas de juguete?

—No matamos a nadie.

—¿Se suicidaron entonces?

—Solo se suicidó Dato.

—Ya hemos hablado de esto, y se supone que ibas a reflexionar.

—¿Qué se supone que iba a reflexionar?

—Tenías que decidir quién era el jefe del grupo.

—Ya lo he dicho antes, no teníamos ningún jefe.

—Todas las bandas tienen un jefe.

—Nosotros no.

—Entiendo que no te quieras convertir en un chivato, pero el

tribunal necesita que des un nombre.

—¿Qué nombre tengo que dar?

—El de tu jefe. Dos de los tuyos están muertos. Puedes decir el de uno de ellos.

—¿Cómo iba a hacerle eso a un amigo?

—A los muertos no les importa.

—Pero yo sabría que estoy mintiendo. No teníamos ningún jefe.

—Entonces, ¿quién era el monje?

—Era un monje.

—¿Era un monje o el jefe de la banda?

—Si hubiera sido el jefe, hubiera estado en el avión.

—Que quede entre nosotros, pero estuvo muy feo. El hombre os ayudó en todo y después os deshicisteis de él. Nunca había oído que se dejara al jefe fuera de la faena.

—El monje no sabía nada.

—Se lo puedes contar a él —el investigador georgiano se refería al investigador ruso, aunque no lo señaló—, pero no hace falta que hables conmigo así. Te lo estoy preguntando de forma extraoficial. Deberías entenderme, chaval. Cómo puede ser que el monje os animara a vosotros y luego no estuviera en el avión. ¿Por qué ibais a ser vosotros los únicos responsables?

—El monje no sabía nada —repitió Gega indiferente.

No le importaba que el joven investigador georgiano le creyera o no, ya que los pensamientos de Gega estaban fijos en la pared, junto a la puerta, donde estaban escritas esas dos palabras en inglés.

—Lo estoy intentando por tu propio bien, así que piensa, amigo. —El joven investigador insistió al prisionero una y otra vez y se puso de pie.

El prisionero estaba muy contento de que pronto fuera a acabar el interrogatorio de ese día, ya que ahora tenía el bolígrafo que le permitiría comunicarse con Tina.

Una vez fuera de la sala de interrogatorios, cuando el guarda le ordenó, como de costumbre, que mirara a la pared, de alguna forma Gega consiguió añadir dos palabras más debajo de las de Tina, con el boli oculto en la manga.

Mientras avanzaba por el largo pasillo con los guardias que lo llevaban de vuelta a su celda, Gega pensó en el interrogatorio del día siguiente, pues quería volver a ver la inscripción en la pared. Si el mensaje era realmente de Tina, seguro que habría más palabras.

Gega estaba muy contento esa noche, o, más bien, estaba tumbado sin poder dormir, esperando una gran felicidad. Llevaba muchas noches sin dormir, pero esta vez estaba despierto porque tenía algo por lo que esperar.

Al alba, cuando había decidido dejar de pensar en Tina e intentar conciliar el sueño de algún modo, se acordó del investigador, lo que hizo que dormir le costara aún más. No llegaba a entender por qué habían sustituido al primer investigador o por qué habían asignado a este caso un investigador tan joven y sin experiencia. Tenía que haber sido a propósito, con la idea de que a un investigador de una edad tan cercana a la de Gega le resultaría más sencillo encontrar algo en común con él y así hacerle confesar. Gega no tenía nada más que decir, o, mejor dicho, nada que ocultar a la investigación. Todo ocurrió como lo había descrito. Esa noche Gega se preguntó si quizá todo, incluso las investigaciones, se hacía tan mal en el Imperio soviético. Se durmió con ese pensamiento.

LOS HERMANOS

El prisionero más obstinado era Paata. Se negó a responder a las preguntas de los investigadores y, cuando lo hizo, fue con el mínimo número de palabras posible, respondiendo solo en general. Sobrevivió por pura casualidad cuando lo sacaron a rastras del avión de las Fuerzas Especiales. El comando local de la KGB seguía disparando cuando lo bajaron esposado. El escuadrón ruso pensó que su obligación profesional era protegerlo, por lo que le hicieron de escudo con sus propios cuerpos.

Paata pensaba a menudo en su celda en las razones por las que las autoridades locales de la KGB lo habían sentenciado a muerte, entonces y en el aeropuerto. Sospechaba que lo habían confundido con su hermano Kakha, que era el único superviviente de los que entraron en la cabina. Kakha podía saber algo que las autoridades consideraran peligroso, la verdad sobre el agente de la KGB de la cabina. Paata también pensaba que la razón por la que estaban tan decididos a matarlo en la escalerilla del avión era porque los pasajeros lo describieron como el más despiadado de los secuestradores. Podía haber otras razones, pero el hecho era que Paata Iverieli, esposado y desarmado, era un objetivo al que disparar para la KGB, y por eso las Fuerzas Especiales rusas le hicieron de escudo cuando lo bajaron por la escalerilla.

Si Paata hubiera estado seguro de que la KGB le disparaba por su hermano, no habría tenido un sentimiento tan amargo. Los hermanos se adoraban. El plan de marcharse de la URSS y secuestrar un avión lo había retrasado Kakha, que se negaba en redondo a irse sin su hermano pequeño.

Al contrario que a Gega, a él lo interrogó desde el principio un investigador mayor, con experiencia y famoso, quien anotaba las respuestas irrelevantes de Paata por enésima vez.

Un día en el que Paata de repente empezó a sentir molestias en el estómago, se encontró con un investigador joven totalmente diferente, que se dirigió a él con una sonrisa amistosa e incluso le ofreció un cigarrillo. Paata lo encendió sin decir nada. El silencio lo rompió el investigador:

—Somos del mismo barrio.

—No me acuerdo de usted.

—No me extraña. Tú y tu hermano estudiasteis en Moscú y yo me gradué en Vladivostok.

—Seguramente fuimos a la misma guardería. —Paata sonrió.

—Somos del mismo barrio y puede que fuéramos a la misma guardería. De lo que estoy seguro es de que había hermanos en mi grupo.

—No fui a la guardería. Odiaba la cebolla en la sopa.

—¿Y tu hermano?

—Tampoco fue. A mi hermano no le gustaba el puré de patata.

—Lo vi el otro día, pero no dijo nada del puré de patata.

—¿Lo ve mucho?

—Cuando quiero. Cuando hace falta.

—¿Cómo está?

—Está bien para estar preso. Intento estar pendiente de él, ya sabes, al ser del mismo barrio…

—¿Está también en este edificio?

—Ya te he dicho que está bien.

En realidad, Paata no tenía ni la más mínima idea de en qué edificio estaba, pero tenía sus sospechas de que estaba en una prisión de la KGB con otros prisioneros políticos. El edificio resultaba totalmente anónimo desde el exterior, ya que las celdas se encontraban en un laberinto de pasadizos subterráneo.

—¿Cuándo lo va a ver? —preguntó Paata, sin esperar que le diera una respuesta sincera.

—¿Quieres que le diga algo?

—¿Lo hará?

—Le diré lo que quieras.

—Dígale que estoy bien, nada más.

—¿Nada más?

—Nada.

—Que no te dé vergüenza. Si quieres decirle algo, me encargaré de que lo sepa.

—Ya se lo he dicho, nada más.

—Si quieres decirle algo a tu hermano antes del juicio, o advertirle, ya sabes a lo que me refiero. Quedará entre nosotros, compa.

—Dígale lo que le he dicho, nada más.

—Quiero decir que es mejor para vosotros si los dos decís lo mismo en el juicio, ya me entiendes.

—Nadie puede decir nada nuevo en el juicio, pues todo el mundo

sabe lo que pasó en realidad.

—Sí, eso es lo que creen todos, pero ahora parece que el monje era vuestro cabecilla.

—¿Qué monje?

—El padre Tevdore.

—¿De dónde ha sacado eso?

—Lo ha admitido él mismo.

—¿Bajo tortura?

—Venga, ¿cómo puedes decir eso? ¿Qué iba a conseguir la tortura de todas formas? Diría una cosa ahora y otra en el juicio. No queremos eso.

—Entonces, ¿cómo ha confesado si ni siquiera estaba en el avión y no sabía nada?

—Eso es lo que nos ha sorprendido a nosotros también. Pero ¿sabes qué otra cosa me fascina? Entre nosotros, ¿cómo pudo quedarse en el monasterio y dejar que fuerais solos a esa carnicería?

—Él no sabía nada del avión.

—Porque no se lo habíais dicho, ¿es eso?

—Aunque se lo hubiéramos dicho, se habría opuesto.

—No sé, la verdad, está diciendo cosas muy distintas.

—¿Como qué?

—Dice que lo organizó todo. ¿Quién iba a cargar con una culpa como esa para nada?

—Miente.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Quiere salvarnos.

—Entonces sí que lo organizó él.

—Ese monje no tiene ninguna conexión con nuestro caso. Ni siquiera estaba en el avión.

—Él dice que lo organizó todo él mismo, pero…

—Pero ¿qué?

—Si al menos una persona lo confirma en el juicio…

—No van a poder encontrar a esa persona, porque el monje estaba totalmente en contra de secuestrar un avión.

—Pero ¿no has dicho, justo ahora, que no sabía nada de eso? Te digo esto porque somos del mismo barrio y te quiero ayudar. Yo voy a seguir viviendo y caminando por sus calles. Mis hijos están creciendo allí…

—El monje no tiene nada que ver con esto y no puedo ayudarlo en nada.

—Ayúdate a ti mismo, hombre.

—Me voy.

—Vete y piénsatelo, estoy aquí y te voy a ayudar en todo. Además, en cierto modo es mi trabajo, así que, si necesitas cualquier cosa, no te cortes.

—¿Qué podría necesitar?

—No lo sé, pero somos hombres y hay cosas de las que preocuparse, cosas que dan que pensar. Yo a veces también estoy cansado, es muy difícil para mí a no ser que tome algo que me ayude. Ya sabes, mi trabajo aquí, mi familia allí, muchos problemas y cosas por las que preocuparse. Nadie puede decir que sea drogadicto, pero hay veces que no puedo sin ello.

—No necesito nada.

—Lo sé, pero un médico me dijo que te dolía algo y pensé que podría conseguirte algo como un calmante.

—No necesito nada.

—Como quieras. Solo intentaba ayudar, siendo de alguna forma cercano a ti.

—No necesito nada.

Paata se levantó, sonrió, y el investigador llamó al guardia. Cuando se lo llevaban de la sala, el investigador seguía hablándole, pero Paata, concentrado en su dolor, ya no escuchaba. Tenía molestias desde la cena del día anterior, si se podía llamar cena a lo que les daban. Pero Paata pensaba en otra cosa. Se preguntaba cómo podía saber el investigador de su dolor si Paata no se lo había contado a nadie. Una vez en la celda, pidió ver a un médico, que, obviamente, no tenía calmantes, especialmente para ese dolor en particular.

Cuando le dijeron a Gega que lo iban a volver a interrogar, se le vio tan contento que el guardia estaba muy sorprendido. Avanzaba por el pasadizo tan apresuradamente que el guardia incluso le llamó la atención varias veces, pero Gega solo pensaba en la pared junto a la sala de interrogatorios, donde le esperaba la respuesta de Tina. Cuando le ordenó ponerse delante de esa pared, su corazón latía rápido, justo como en su primera cita.

Junto a las dos palabras en inglés que había escrito hacía algunos días, con letras pequeñas, apenas legibles, estaba el comienzo de un verso de *El caballero de la piel de* de Shota Rustaveli, que Tina le leyó una vez en voz alta a Gega: «Estoy aquí sentado en prisión» y Gega, justo allí, añadió las palabras que seguían: «tan alto…».

Durante el interrogatorio, no escuchaba en absoluto al investigador, lo habían vuelto a cambiar y esta vez era más mayor. Era incapaz de prestar atención, ya que estaba pensando en la noche que estaban en la costa y Tina cogió *El caballero de la piel de* de la estantería de la casa de sus anfitriones.

Estaban tumbados muy cerca de la ventana desde la que podían ver el mar, y esa noche la luna estaba enorme y tan brillante que ni siquiera necesitaban una vela para leer. Había sido idea de Tina:

—Voy a abrir *El caballero de la piel de tigre* con los ojos cerrados, y voy a leer el primer verso que encuentre. Después haces tú lo mismo, pones el dedo en una de las páginas y lees.

Ahora, en la sala de interrogatorios, Gega recordaba perfectamente el primer verso que leyó Tina cuando abrió el libro: «Estoy aquí sentado en prisión, tan alto…».

Entretanto, el investigador se preguntaba cómo un prisionero acusado del más grave de los crímenes y enfrentándose a la pena de muerte podía parecer tan feliz. El investigador tampoco podía saber que ese era el día más feliz de la vida de Gega, ya que por fin estaba convencido de que Tina seguía con vida, de que estaba bien y, lo más importante, no estaba sola. Estaban los dos: Tina y su hijo, que todavía no había nacido, en la cárcel de la KGB de Tbilisi. Gega no sabía exactamente en qué celda se encontraba Tina con su hijo, pero lo más importante era que estaban vivos. Del mismo modo, durante el interrogatorio, solo pensaba en cuándo iba a terminar, para que, cuando lo volvieran a poner frente a la pared, tener tiempo de escribir dos o tres palabras más: «nuestro hijo», «saluda al pequeño» o «cuida del bebé».

Gega también pensaba en cómo Tina acarició la tripa en la que ya vivía un nuevo ser humano con sus preciosos dedos.

El investigador decidió que el inusual buen humor del prisionero le beneficiaba y no podía haber deseado un momento mejor para llevarlo a su terreno. En realidad, posiblemente el investigador no tuviera ningún deseo en particular: tenía una tarea que llevar a cabo. Por ello habló de forma directa con Gega:

—En el juicio tienes que confirmar que el secuestro lo organizó el monje.

—¿Por qué?

—Porque es el verdadero organizador.

—Ya he dicho que eso es absurdo. Es imposible que una persona lidere algo a lo que se opone categóricamente.

—El equipo al cargo de la investigación lo sabe todo. Ya se ha demostrado con pruebas sólidas que era él el organizador. El monje también dice que lo dirigió todo.

—Entonces, ¿qué quieren de mí?

—Hace falta que uno de vosotros lo confirme en la vista.

—¿Por qué yo? Ni siquiera lo conocía.

—Eso no nos importa. Lo más importante es que uno de vosotros confirme que efectivamente fue el monje el organizador, y es mejor

que lo hagas.

—¿Por qué yo?

—Porque tu mujer espera un hijo y, según la ley soviética, una mujer embarazada no puede ir a la cárcel.

—Nunca les ha importado la ley, ¿por qué ahora de repente sí?

—Siempre hemos cumplido la ley y vamos a seguir haciéndolo.

—O sea, ¿que van a dejar a mi mujer libre?

—¡No liberamos terroristas!

—No entiendo. ¿Qué intenta decir?

—Creo que te lo he dicho lo más claro que sé. Pero deja que te lo explique otra vez. Tendrías que entender que el futuro de tu hijo depende del testimonio que des en el juicio.

—Si no hago lo que me está pidiendo, ¿entonces, qué?

—Nada, chaval. Eres tú el que decide lo que decir. Yo solo te aconsejo, como lo haría con mi propio hijo, que deberías confirmar que el monje fue el organizador y…

—¿Qué si no lo hago?

—Como ya te he dicho, no habrá diferencia. Se probará igual que el monje era el jefe de vuestra banda criminal. Pero tu testimonio sería una ayuda adicional para nosotros.

—¿Y si no puedo ayudarles?

—Entonces no podremos ayudarte a ti. Creo que deberías entender que una mujer embarazada necesita un cuidado especial en la cárcel.

—Sí. Pero están bien, ¿verdad?

—De momento. Pero ya conoces las condiciones de una prisión. Las cosas pueden pasar en cualquier momento; que incluso…

—¿Que mi mujer podría perder al bebé?

—Yo no he dicho eso. Pero tendrías que saber que nadie va a soltar a una terrorista y secuestradora, aunque esté embarazada.

—Pero el niño no ha hecho nada malo. Ni siquiera ha nacido aún.

—Eso es lo que te digo. Su destino depende de ti.

—Si mi mujer y mi hijo van a estar bien, diré lo que sea que necesiten el equipo de investigación y el tribunal.

—Por eso eres listo. ¿Por qué iba a sacrificar tanta gente sus vidas por esa escoria de monje?

El investigador estaba contento y siguió hablando, pero Gega ya no escuchaba. Su mente estaba únicamente en la pared donde tenía que escribir dos palabras más. En realidad, consiguió escribir tres: «cuida del niño».

De vuelta en su celda, pensó en las palabras del investigador y en que haría exactamente lo que le habían pedido para salvar a su hijo. Lo más importante ahora era la criatura que iba a nacer antes del

juicio, después del cual Gega diría la verdad. Lo explicaría todo en el juicio: solo diría la verdad porque no podía hacer otra cosa. Nunca confirmaría lo que le estaban pidiendo, ya que era mentira: el monje era totalmente inocente y ni siquiera había estado en el avión. Por eso diría Gega la verdad, pero solo después de que su hijo naciera, llorando en una celda de la cárcel. Nacería como todos los bebés cuando sus pulmones se llenan de aire por primera vez, sin saber que ese dolor que sienten es solo el principio.

Gega no era consciente de que los que le sentenciaban eran mucho más despiadados de lo que él podía imaginar. En realidad, nadie hubiera imaginado el veredicto que se dictó, incluso en ese momento, en el país más cruel.

EL VEREDICTO

El primer veredicto, extraoficial y secreto, se dictó antes del juicio y se puso en práctica varios días después, por la noche, cuando estuvieron seguros de que Gega no daría públicamente el testimonio que más les convenía.

El embarazo de Tina les parecía más importante que el testimonio de Gega, ya que una embarazada en un juicio podía suscitar la simpatía y compasión del público por los secuestradores. Las autoridades soviéticas no podían permitir que eso pasara de ninguna manera. El Comité Central también pensó que si el bebé nacía antes del juicio daría más problemas al gobierno, así que rápidamente tomaron una decisión y la ejecutaron esa misma noche.

No despertaron a Tina. No les importaba si la presa embarazada estaba dormida o despierta, ya que la iban a dormir de todas formas. Por eso, cuando Tina despertó, la gente con bata blanca no prestó atención a sus ojos como platos, llenos de miedo y de preguntas. Muy rápido y a sangre fría, le pusieron una inyección directa en una arteria sin la menor compasión. Tina enseguida comprendió lo que esa gente estaba a punto de hacer. Había pensado en ello a menudo y al mismo tiempo se había enfadado consigo misma por pensar que habría gente capaz de hacer algo semejante.

En realidad, no eran personas. Eran asesinos a sangre fría, cuyos corazones y mentes no se vieron afectados en lo más mínimo por el ruego desesperado de Tina para que no mataran a su hijo antes de nacer. Tina luchó hasta el último segundo, cuando finalmente se quedó inconsciente. Suplicó a todo el mundo que estaba en la celda esa noche, por separado y en conjunto, que no mataran a su hijo. Pero el fármaco que le habían administrado era demasiado fuerte. Aun así, los asesinos se miraron varias veces, sorprendidos por el modo en que esa joven podía luchar y aguantar tanto tiempo. Al final, Tina cerró los ojos. Estaba sin energía, agotada, y se durmió. No sintió nada, no vio nada, mientras le extraían el feto de varios meses de su cuerpo.

Lo único que conectaba a Tina con el mundo eran las lágrimas que le humedecían la cara. Tina lloraba. Estaba profundamente dormida y aun así lloraba.

Probablemente no hubiera ningún preso más feliz que Gega cuando lo llevaban a la sala de interrogatorios. Gega se sentía como si fuera a una cita. Sí, iba a la sala de interrogatorios como si fuera a una cita. La pared en la que leía las palabras de Tina era su lugar favorito en el mundo.

Ese día, sin embargo, no hubo más palabras de Tina para Gega. Pensó que quizá ya habían dejado de interrogarla, o que no había tenido tiempo para escribir ni una palabra. Ese día Gega dejó una pregunta en la pared para Tina: «¿Cómo está nuestro peque?».

Varios días después, volvieron a interrogar a Gega y, como siempre, le hicieron mirar a la pared. Esperaba encontrar la respuesta de Tina, pero seguía sin haber nada. De nuevo, Gega pensó que podría haber muchas razones, incluidas algunas tan sencillas como, por ejemplo, que la estuvieran interrogando en otra sala y no pudiera responder a su marido. Pero Gega sentía una flojera muy extraña en las rodillas y un sudor frío en las sienes.

De nuevo en la sala de interrogatorios, Gega pidió agua y empezó a preguntarse cómo podría averiguar lo que pasaba con Tina. Incapaz de pensar en algo sutil, decidió preguntar al investigador directamente por Tina. No tenía ninguna esperanza de que el investigador mayor le diera una respuesta sincera, pero tampoco tenía nada que perder.

Gega se bebió el agua y, tratando de sonar lo más tranquilo que pudo, le preguntó al investigador con toda la naturalidad de la que fue capaz lo que estaba desesperado por saber:

—¿Cómo está mi mujer?

—Tu mujer está bien.

—¿También es usted el investigador de mi mujer?

—A tu mujer la están interrogando mis compañeros.

—Entonces, ¿cómo sabe que está bien?

—Te digo lo que sé, hijo.

—¿Tiene hijos?

—Tengo hijos buenos.

—¿Al contrario que nosotros? ¿Ha escrito alguna vez una carta a su amor?

—Creo que el que hace las preguntas aquí soy yo.

—Antes o después tendrá que contestar.

—¿Eso me lo estás diciendo a mí?

—A todos ustedes.

—¿Nos estás amenazando?

—Puede que yo no esté en condiciones de hacerlo, pero habrá otros que les exigirán respuestas.

—¿Por qué?

—Por todo. Han destrozado la vida de mucha gente y ni siquiera se consideran culpables. Yo no he matado a nadie y aun así creo que soy culpable.

—¿Y cómo se expresa esa culpa? No estás ayudando a la investigación. No das nombres.

—Ya les he dicho que diré lo que haga falta para que mi mujer y mi hijo estén bien. Ya he testificado sobre el monje.

—Y yo ya te he dicho que nadie va a dejar que ningún secuestrador o terrorista se vaya a casa, aunque se trate de una embarazada.

—Nunca he pedido eso. Acepté testificar lo que me pidieron porque quiero, al menos, que nazca mi hijo, si es que me van a fusilar.

—No tengas miedo, hijo, no serás condenado a muerte si lo confiesas todo. No tengas miedo a la muerte.

—No tengo miedo a la muerte ni a que se me ejecute.

—¿De qué tienes miedo entonces?

—Tengo miedo por mi bebé, tengo miedo de que lo maten.

—Si no ha nacido, ¿cómo lo van a matar?

—Sí, pero nacerá, y un bebé que nace en prisión necesita mucha atención y cuidados.

—Si nace, nos encargaremos de él. No te preocupes por eso.

—¿Si nace? ¿A qué se refiere con si nace?

—Hijo, tú entiendes que las condiciones de la cárcel pueden ser muy malas para una mujer embarazada.

—Pero me lo prometieron y testifiqué. Escribí lo que me pidieron.

—Y está muy bien que lo hicieras.

—¿Y qué pasa si cambio mi testimonio en el juicio?

—Eso no importa. Lo importante es lo que ya has declarado al equipo de investigación. Así funcionan las cosas, según la ley soviética.

—¿Cómo?

—Tendrías que haber estudiado derecho antes de secuestrar un avión.

—Pero ¿qué pasa con mi hijo?

—Como ya te he dicho, no podemos soltar a una terrorista, aunque esté embarazada.

—Pero puede dar a luz aquí, en la cárcel, ¿no?

—Puede, pero…

—Pero ¿qué?

—Pero ya te lo he dicho, hijo, y te lo repito de nuevo: la cárcel no es el lugar adecuado para una embarazada. Puede abortar en cualquier momento. Si tu mujer quería tener un hijo, tendría que

haberse quedado en casa.

El investigador dijo algo más, pero Gega ya no le escuchaba. Su puño cayó sobre el investigador con un golpe seco. No le dio la oportunidad de levantarse: se abalanzó sobre él y trató de estrangularlo con sus propias manos:

—¡Que te jodan! ¡Prometiste que cuidarías del niño! ¡Que os jodan a todos! ¡Asesinos!

Más tarde, ya en su celda, cuando abrió los ojos y se limpió la sangre, no era capaz de recordar o entender cómo habían aparecido tan rápido en la sala de interrogatorios los hombres que primero lo molieron a puñetazos y continuaron a patadas.

Cuando recuperó la conciencia, sintió el sabor de su propia sangre y trató de escupir, pero le costaba hasta moverse. A Gega le dolía todo el cuerpo. También recordaba las palabras del investigador:

—No le dejéis marcas en la cara, dadle por debajo.

También recordó su sorpresa por la energía que tenía el investigador, que apenas respiraba y se ahogaba dos minutos antes. Fue solo un momento. Lo que anhelaba era que aquel horror terminara. Pero continuó hasta que los hombres, que parecían disfrutar golpeando al prisionero, se cansaron.

Después de eso, cesaron los interrogatorios de Gega por la sencilla razón de que no necesitaban que testificara hasta el juicio. Gega esperaba impaciente la vista, donde podría ver a Tina. Pero al mismo tiempo tenía miedo de verla. Tenía miedo de tener que enfrentarse a la verdad de que Tina ya no estaba embarazada. Gega no quería enfrentarse a la verdad, puesto que hasta ese momento todavía podía mantener una pequeña esperanza. Era mínima, pero era esperanza.

Esperó impaciente por otra razón: vería a su madre, de quien no sabía nada y a la que no había visto desde el día del secuestro. Si podía, intentaría explicarle que nunca tuvo la intención de dejarla, que había planeado llevarla con él después, lejos de ese terrible país.

También quería ver a sus amigos, los que estaban con él en el avión y de los que no sabía nada desde los arrestos.

Pensó en sus amigos, los que no estaban en el avión. Supuso que también los habían interrogado y estaba en lo cierto.

Habían interrogado a otros, pero el que más le interesaba a la investigación era Irakli Charkviani, un amigo íntimo de Gega, que en teoría tenía que saber más del plan para secuestrar el avión que los otros. El investigador ruso, que había llegado expresamente desde Rusia, al principio pensaba que Gega no ofreció a Irakli un asiento en el avión porque su abuelo, Kandid Charkviani, era el exsecretario general del Comité Central del Partido Comunista de Georgia. Sin

embargo, después del primer interrogatorio a Irakli, comprendió que el motivo era muy distinto. El extraño joven sorprendió al investigador ruso desde el primer momento al insistir en responder a sus preguntas solo en georgiano.

Irakli estaba muy tranquilo y un agente atónito de la KGB tradujo sus respuestas para el investigador ruso. El oficial georgiano estaba sorprendido de que el nieto de Kandid Charkviani no hablara ruso, pero el investigador entendió enseguida que Irakli hablaba un ruso perfecto (al contrario que el traductor de la KGB), así como varios idiomas más.

El investigador ruso también comprendió que, al hablar con ese extraño joven georgiano, lo hacía con una nueva generación de georgianos, una generación que, al contrario que sus padres, no iba a ser obediente, conformista o sumisa. Por eso el investigador ruso no se sorprendió ante el marcado tono antisoviético de sus respuestas. Más bien al contrario, hizo que el investigador se mostrara más ansioso por esclarecer por qué Irakli Charkviani no iba en el avión. Por eso, preguntó de una forma muy directa al mejor amigo de Gega, que estaba allí para que lo interrogaran:

—¿Por qué no te invitaron a ir en el avión?

—¿Quién?

—Gega. Era tu mejor amigo, ¿no es así?

—¿Por qué «era»? Gega sigue siendo mi mejor amigo.

—Perdón, no quería decir eso.

—¿Qué quería decir?

—No entiendo por qué Gega no te dijo nada, sobre todo teniendo en cuenta que te conocía tan bien. Perdón, que te conoce tan bien.

—Precisamente por eso no me dijo nada, porque me conoce demasiado bien. Sabía que le diría que no.

—Pero ¿por qué? ¿Intentas decirme que te gusta tanto la Unión Soviética que no la traicionarías?

—Creo que en esta conversación en ningún momento he expresado mi simpatía hacia las autoridades soviéticas, pero tampoco soy un disidente, y no quiero serlo.

—Eso es precisamente lo que me interesa. Quiero saber en qué se basaron para escoger el grupo, y por qué a ti, el mejor amigo de Gega, no te incluyeron.

—Ya se lo he dicho, Gega sabía que diría que no.

—¿Por qué? ¿No querías volar?

—Siempre he querido volar, y volaré, pero no en un avión.

El investigador ruso permaneció callado por un momento, pensando en la respuesta de Irakli, pero incapaz de interpretar su significado. Entonces el investigador formuló una última pregunta

para romper el incómodo silencio:

—¿Qué pasa si no puedes volar?

—Entonces cruzaré el mar nadando.

—¿Qué?

—El mar.

—¿Cómo?

—Cantando.

—¿Es una broma?

—No.

—¿Incluimos eso en el acta del interrogatorio tal cual?

—Sí, señor.

—¿Cómo exactamente?

—Literalmente.

—¿Cómo exactamente?

—Cruzaré el mar nadando…

Después del interrogatorio, Irakli Charkviani empezó a sospechar por primera vez que Gega y el resto de los secuestradores podrían ser sentenciados a la pena de muerte. Compartió su sospecha con los amigos en común con Gega.

Sin embargo, no se trataba solo de los amigos de Gega. En Tbilisi y en toda Georgia todo el mundo creía que perdonarían y no condenarían a los secuestradores a la pena de muerte. El argumento era lógico: los secuestradores del avión no eran asesinos. Fusilarlos sería demasiado cruel por parte de las autoridades. Así pues, como era de esperar, los amigos de Irakli tuvieron sus dudas respecto a sus sospechas. Irakli quería saber más acerca del probable veredicto, por lo que se sirvió del pasado soviético de su familia. Averiguó la identidad del juez que iba a decidir el veredicto en el juicio y buscó a su hijo. Se reunió con el hijo del juez en la universidad, después de las clases, y le dijo lo que quería saber. Este prometió intentar averiguarlo todo si, obviamente, conseguía sacarle información a su padre. Expresó sus dudas al respecto, y luego se despidió de Irakli.

Esa noche el chico le preguntó a su padre si iba a presidir el juicio de los secuestradores. Obtuvo una respuesta cortante:

—¿Quién te ha dicho eso?

—Me lo han dicho.

—¿Quién?

—¿Cambiaría algo?

—Lo cambiaría todo.

—¿Como qué?

—Es prácticamente un secreto de Estado. Nadie tiene que saber

hasta el juicio quién va a ser el juez.

—Bueno, tus secretos son como nuestro Estado. Todo el mundo sabe que vas a ser nombrado juez del caso.

—¿Quién te lo ha dicho?

—¿Qué importa? Me lo han dicho en la uni. Todo el mundo lo sabe.

—La universidad siempre ha sido un nicho de pensamiento antisoviético.

—Bueno, pues lo saben en el nido.

—Esto no es para tomárselo a broma.

—No me lo tomo a broma. Quiero saber qué va a pasar.

—¿A qué te refieres con lo que va a pasar?

—¿Qué pasara en el juicio?

—No quiero responder a esa pregunta, sobre todo porque nadie sabe de antemano lo que pasará en el juicio.

—No me interesan los detalles. Solo quiero saber el veredicto.

—Nadie sabe por adelantado cuál va a ser el veredicto y nadie puede responder a esa pregunta.

—¿Me puedes dar una respuesta sencilla a una pregunta sencilla?

—¿Cómo?

—Dime: sí o no.

—¿Qué quieres saber?

—¿Van a tener pena de muerte?

—No lo sé, pero secuestradores, criminales y terroristas recibirán exactamente la pena que se merecen.

—¿Y eso es el fusilamiento?

—Es justicia.

—¿Significa eso que los van a ejecutar?

—Ya te lo he dicho, no lo sé.

El hijo comprendió que su padre no iba a decirle nada. También comprendió que el veredicto para los secuestradores se decidiría antes del juicio, si es que no estaba decidido ya.

En cuanto su hijo se marchó de la habitación, el juez cogió el teléfono:

—Hola, señor, sí, soy yo. ¿Cuándo me puede pasar? Sí, es urgente. Sí, espero.

Colgó y se sentó esperando a que el teléfono sonara. Con el dedo índice secó una gota de sudor que le había caído de la ceja.

En cuanto sonó el teléfono, el juez cogió el auricular y se levantó como accionado por un resorte:

—Hola. —Se aclaró la garganta y continuó—: Quería informar de que mi nombramiento ya se ha filtrado… ¿Cómo lo sé? Han mandado

a mi hijo a preguntar sobre el veredicto, y sobre si van a ser ejecutados… ¿Qué he respondido? Lo que usted y el Partido siempre nos han dicho: que las leyes soviéticas son humanas, que los criminales tienen que responder por sus crímenes, y que el Estado castigará a los que traicionan a su patria de la forma adecuada… Hola, hola…

El juez se quedó inmóvil un buen rato con el auricular negro pegado a la oreja. Pero nadie lo escuchaba. Obviamente, se sustituyó al juez.

EKA

Existe una diferencia entre la realidad y la literatura, entre la vida real y los libros. De esta forma arrestaron al padre Tevdore en su casa. El registro de la casa comenzó la madrugada del 2 de febrero de 1984. Durante el mismo, padre e hija estuvieron el uno junto al otro, cogidos de la mano. El padre se despidió intentando no asustar a Eka. Después el padre Tevdore se puso de pie con tal compostura y dignidad que nadie se atrevió a esposarlo. De esta forma abandonaron la habitación tras él, el hombre más libre de la tierra.

Transcurridos algunos días desde el arresto del monje, volvieron a registrar la casa. La única persona a la que encontraron allí fue a la pequeña Eka, que se quedó mirando perpleja cómo registraban la casa minuciosamente. Eka no tenía miedo, simplemente no entendía lo que esa gente tan seria podía estar buscando. No tenía miedo a pesar de que era muy joven, aunque no tan pequeña como cuando Soso Tsereteli se la llevaba de paseo. Eka adoraba a los amigos de su padre. Sin embargo, su auténtico héroe era su padre: el único monje que llevaba vaqueros, el padre más adorable del planeta.

La pequeña Eka se quedó callada, esperando a que se fueran los desagradables visitantes. Probablemente no se habría movido en absoluto si uno de ellos no hubiera abierto el armario donde Eka guardaba los poemas de su padre. Él escribía esos poemas especialmente para ella. Eka solía pedirle cuentos para dormir, que él siempre le contaba de buen grado, pero Eka a veces también le pedía poemas. Su padre se los inventaba hasta que se hizo mayor. Cuando aprendió a escribir e iba al colegio, escribió todos los poemas de su padre, con grandes letras redondas, en un cuaderno que ahora hojeaba ese hombre. Lo cerró, lo volvió a abrir y le preguntó a su jefe:

—¿Qué hacemos con esto?

—¿Qué es?

—Poemas.

—¿De quién?

—No lo sé.

El hombre seguía mirando los poemas e incluso se estaba

planteando leer uno en voz alta, pero de pronto sintió un mordisco terrible en la muñeca y dejó caer el cuaderno. La pequeña Eka lo recogió de inmediato, lo presionó contra su pecho y empezó a retroceder hacia la pared.

El hombre bajó la mirada con sorpresa hacia el mordisco de su muñeca y después miró muy de cerca a Eka:

—El terrorista de tu padre —murmuró entre dientes, y avanzó hacia la niña.

Pero su jefe enseguida comprendió que no podían quitarle el cuaderno a Eka. Detuvo a su subordinado y le preguntó tranquilo:

—¿Solo había poemas?

—No lo sé, no había más que poemas, probablemente los haya escrito ella.

—¿Qué me dices de su contenido?

—¿Qué sé yo del contenido? La letra es infantil.

El jefe miró a los demás y les hizo un gesto para que abandonaran la casa. Obedecieron.

Eka se fue corriendo hacia la ventana, retiró la cortina y miró fuera. Los extraños se estaban metiendo en un coche. Esperó un poco más en la ventana. Cuando el coche desapareció al doblar la esquina, se convenció de que los indeseados visitantes se habían marchado de verdad y entonces abrió el cajón donde guardaba el otro cuaderno. Los extraños no podían saber que el monje, cuya casa habían registrado en busca de armas, también escribía música.

Eka envolvió los folios de la música de su padre con los poemas y los ató con un trozo de cuerda. Después cogió una pala y fue al patio trasero. Primero miró a su alrededor para asegurarse de que nadie miraba y empezó a cavar. El agujero que cavó no era profundo, pero tanto la música como la poesía quedaron bien escondidas.

Las autoridades soviéticas probaron ser aún más crueles de lo que se podía esperar. La propaganda fue tan brutal que, tras el arresto de su padre, nadie se quería sentar al lado de Eka en el colegio. Se sentaba sola en su pupitre: un castigo a la medida de la hija de un enemigo del Estado. Trató de evitar que el resentimiento se apoderara de ella. Tras el juicio, la niña de catorce años pidió por carta al secretario general que liberara a su padre. Al darse cuenta de que no iba a recibir una respuesta, Eka fue al Comité Central personalmente. Intentó que le contestaran en todos los sitios que se le ocurrió donde podía estar su padre.

A los adolescentes de hoy les tiene que parecer impensable que alguien de su edad tuviera que sufrir tanto para encontrar a su padre. Eka se pasó varios años yendo a campos remotos, siempre sola. También a los adultos les costaría imaginar la enormidad de su

esfuerzo. Amor incondicional era lo que movía a la niña. Nada parece imposible cuando se hace en nombre del Amor. En la carta escribió sobre el amor que sentía por su padre, y decía que su vida perdería el sentido sin él.

En la carta, Eka también decía que no sabía por qué se habían divorciado sus padres, pero sabía exactamente cómo se conocieron, en el patio de un estudio de grabación. En esa época, el padre Tevdore era Temur Chikhladze, un chico de ojos verdes y muy culto que tenía mucho éxito entre las chicas. Temur se enamoró de la que más tarde sería la madre de Eka.

Cuando se enamoró, a Temur le ofrecieron un papel en una película georgiana, titulada *La muerte del coleccionista de* que se rodó en Sarpi, un pueblo en la frontera entre Georgia y Turquía. No es sorprendente que esa zona tuviera una fuerte vigilancia veinticuatro horas. En cuanto llegó a Sarpi, Temur buscó al pescador con más experiencia y no tardó en hacerse amigo del hombre que salía a pescar al mar en la calma de la noche.

Poco a poco, los guardias se acostumbraron al equipo de rodaje y a sus excentricidades y fiestas nocturnas. Por eso, los guardias no sospecharon nada cuando una noche Temur cogió prestada la barca del pescador. ¿Por qué iban a hacerlo si todo era como siempre? Conocían bien la embarcación y su dueño les daba de vez en cuando parte de su pesca, que los jóvenes guardias rusos aceptaban encantados.

El propio Temur tuvo que sorprenderse ante aquella situación. Conforme se alejaba remando de la costa, esperaba que lo pararan en cualquier momento. Tenía una pequeña red de pescar en la mano como prueba de que no pretendía cruzar la frontera soviética y navegar hasta Turquía.

En lugar de romper contra las olas, la barca flotaba en un mar calmo. Poco antes del amanecer, Temur se dio cuenta de que estaba alcanzando el punto de no retorno: tenía que decidir si quería cruzar la frontera o volver con su bella amada. Nadie sabe con certeza hasta dónde le habrían permitido navegar los guardias antes de entrar en acción. El hecho es que Temur dio media vuelta hacia la costa, donde la futura madre de Eka lo esperaba.

Años más tarde, cuando se condenó al monje a la pena de muerte, Tevdore Chikhladze se dirigió a las autoridades con un ruego: quería ver a su hija Eka antes de la ejecución. El último deseo de un hombre inocente fue rechazado.

Varios años después, Eka Chikhladze escribió un libro dedicado a su padre, que había predicho la desintegración de la Unión Soviética desde que ella era pequeña. El libro de Eka incluye abundante material inédito y completamente desconocido hasta entonces sobre el

caso del secuestro. También revisa la teoría: sugiere que las autoridades conocían el plan de secuestro con suficiente antelación. Las pruebas parecen estar bien argumentadas. De hecho, hay muchos datos que apoyan esta teoría. Las autoridades no intervinieron porque necesitaban que se produjera el intento de secuestro para poder organizar un juicio mediático.

Interrogaron al monje por última vez la víspera del juicio. Estuvieron presentes varios investigadores y altos funcionarios, ya que querían saber exactamente lo que diría en el juicio y tener seguridad absoluta de que todo se desarrollaría como estaba previsto. Así que, cuando el monje confirmó de nuevo que asumiría toda la culpa para salvar a los demás, los investigadores lanzaron miradas de satisfacción a los altos funcionarios. Uno de ellos carraspeó y, por si acaso, se dirigió al monje:

—Tiene que estar listo para cualquier cosa.

—Estoy preparado.

—No creo que me haya entendido.

—Estoy listo para cualquier cosa si puedo salvarlos.

—¿Para cualquier cosa?

—Sí, para cualquier cosa. Ya tengo treinta y tres años.

—No nos interesa su edad. Nos interesan algunos detalles y queremos comprobarlos.

—Escucho.

—En el juicio admitirá que dirigió a este grupo criminal para planear el secuestro del avión.

—En el juicio admitiré que era y sigo siendo el padre espiritual de los que intentaron tomar el control del avión. Por eso, la mayor parte de la responsabilidad debe recaer sobre mí.

—¿Está preparado entonces para confirmar su papel como jefe, incluso sabiendo que se le aplicará una dura sentencia?

—Estoy listo para cualquier cosa y confío en salvar sus vidas.

—En ese caso debería saber que puede que le caiga la pena capital. ¿Sigue sin tener miedo?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque soy sacerdote y cuento con la protección de la Iglesia, pero ellos no tienen quien los proteja si reciben la pena de muerte.

—O sea, ¿asume la responsabilidad y la pena más alta porque sigue teniendo la esperanza de sobrevivir?

—No, yo no he dicho eso. Lo que quiero decir es que puede que no haya nadie que me proteja o me salve, pero yo sí que puedo salvarlos a ellos con esta decisión.

—¿Cree que esto convencerá a la sociedad?

—¿Qué sociedad?

—La parte que aún duda de nuestra sociedad. Aunque nadie vaya a poner en duda la verdad en el juicio, puede que nuestros enemigos sigan teniendo preguntas.

—¿Qué preguntas son esas?

—Por ejemplo, ¿por qué la persona que lo planeó todo, usted, no se subió al avión?

—Precisamente por eso merezco más que ellos que me fusilen. Soy yo el que los dejó de lado, mandé a otros a su destrucción. Yo animé a estos jóvenes mientras me quedaba escondido en el monasterio.

—¿Repetiría esa frase delante del tribunal?

—Solo si se me condena a muerte y, con ese testimonio, puedo salvarlos. Confesaré cualquier cosa que consideren necesaria.

—Creo que ya hemos acordado los detalles, pero todavía tenemos algunas preguntas.

—Yo también tengo una pregunta.

—¿Cuál?

—Me gustaría saber cuál será su pena.

—Eso depende de usted, teniendo en cuenta que puede que ellos nieguen que usted fuera el cerebro del secuestro.

—Probablemente lo hagan.

—Y en ese caso, ¿qué hará? ¿Qué dirá en el estrado?

—Diré que no me dijeron el día exacto que se iban y que cogieron otro avión.

—¿Mentirá?

—Nunca he mentido y todo lo que estoy diciendo ahora es verdad.

—No se preocupe por eso, no nos interesa la verdad. Lo prioritario es que solo diga lo que le conviene a la causa. Si es en interés del Estado, mentir no es un delito.

—Me siento culpable porque era su confesor y tengo que aceptar la responsabilidad.

—Tampoco se preocupe por eso. Va a asumir toda la responsabilidad.

—Ya lo he dicho, estoy dispuesto a todo a cambio de salvar sus vidas.

—Nosotros le hemos dicho que su sentencia depende de su testimonio.

—Diré lo que quieran, pero si ellos se salvan. Todavía son muy jóvenes y tienen que vivir…

Las lágrimas que tanto había contenido brotaron y también se notaba en la voz del monje, pero nadie escuchó sus últimas palabras, ya que los investigadores estaban saliendo de la sala. Cuando habían

salido todos los oficiales, el monje levantó la cabeza.

—Volvemos a la celda, padre —dijo el guardia, y el monje se levantó.

Mientras avanzaban por el largo pasadizo a media luz, el guardia susurró al monje lo que casi parecía una disculpa:

—Solo he leído la mitad de momento, padre; soy un poco lento leyendo.

—Es la clase de libro que hay que leer despacio.

—Se lo devuelvo la semana que viene.

—No hace falta que me lo devuelvas.

—¿Ya no lo necesita?

—Todo el mundo necesita ese libro.

—Entonces usted también lo necesita.

—Tengo otro.

—Gracias, padre.

—Dale las gracias al Señor.

—También quiero decirle algo a usted.

—Adelante.

—Nunca había salido tan contento de la sala de interrogatorios.

—Contento no, satisfecho, creo. Por aquí no hay felicidad.

—¿La hay en algún sitio?

—La felicidad verdadera existe en otra parte.

—¿Dónde?

—En otro mundo.

—¿Dónde?

—Cuando leas el libro hasta el final lo entenderás todo.

—Pero hay cosas que quiero entender ahora.

—¿Como qué?

—¿Por qué está usted satisfecho?

—Queda poco para el juicio y todo esto acabará.

—¿Acabará como usted quiere?

—Lo importante es que acabe.

LA VISTA

Se denominaba tribunal de justicia, pero en realidad no impartía ninguna clase de justicia. La vista se programó nueve meses después del comienzo de la investigación, aunque no se había interrogado a la mayoría de los testigos. Las leyes soviéticas no estipulaban nada al respecto de la duración de las investigaciones, pero estaba claro que las autoridades tenían prisa por dictar sentencia para los secuestradores. La vista empezó el 1 de agosto, cuando todo el mundo huía del calor sofocante de la capital. El calor de principios de agosto en Tbilisi resulta tan insoportable que hasta los que se refugian en casas de veraneo en los alrededores de la ciudad se van al oeste de Georgia, a la costa.

El gobierno quería que el juicio terminara rápidamente y sin escándalos. A la vista solo asistieron los padres. Querían que Tbilisi estuviera lo más vacío posible para que nadie pudiera organizar manifestaciones contra el juicio, que en realidad era una farsa mal organizada.

La mayor parte del público presente en la sala del juicio eran trabajadores de la KGB. Solo se permitió que asistieran los padres de los acusados y nadie más, lo que afectaba también a los pasajeros que iban en el avión secuestrado; solo fueron aquellos que declararían exactamente lo que querían las autoridades. Aun así, ninguno de ellos pudo afirmar que los acusados fueran asesinos. No importó, pocos días después se anunció la fecha del veredicto.

La noche anterior al veredicto, convocaron ante la KGB a un pasajero cuyo hijo estaba en prisión. Era un hombre de avanzada edad, que, además de ser mayor, estaba roto por la pena, ya que su único hijo llevaba varios años en prisión por un accidente de tráfico.

El hombre estaba tan agitado y asustado que, aunque le dieron un poco de agua, no consiguieron que se calmara hasta que le explicaron por qué lo habían convocado ante la KGB. No obstante, lo que le dijeron probablemente fue peor de lo que esperaba. En el despacho de los oficiales de la KGB saludó a gente trajeada, preguntándose cómo podían soportar la corbata con el calor que hacía.

Comenzaron la conversación dando un rodeo.

—Su hijo lleva ya cinco años en prisión.
—Sí.
—Tiene que ser muy duro para usted.
—Lo es.
—Seguro que está deseando que vuelva a casa.
—Sí.
—Quizá sepa que a veces la sentencia de algunos presos se puede reducir y son liberados antes.
—Sí.
—Tiene que echar de menos a su hijo.
—Sí.
—Seguro que sabe que solo se libera a los presos con buen comportamiento.
—Sí.
—O por el de sus padres.
—Sí.
—Me refiero al buen comportamiento de sus padres.
—Sí.
—Por ejemplo, usted puede ayudar al Estado para que su hijo salga de la cárcel antes de que haya cumplido su condena.
—Sí.
—Espero que quiera ayudar a su hijo.
—Sí quiero.
—Pero no sabe cómo.
—Sí.
—Sí sabe, o sí, no lo sabe.
—Sí.
—Sí, ¿qué?
El hombre mayor pidió más agua, vació el vaso y pidió más. Solo después de beberse el segundo vaso fue capaz de articular la que tuvo que ser la frase más larga de toda su vida.
—Mi mujer escribía recursos solicitando su perdón, todavía lo hace. Todo el mundo dice que fue culpa de la persona que murió, que estaba cruzando la calle por donde no debía, pero…
—Pero ¿qué?
—Nada. Este es su quinto año en la cárcel.
—Eso es justo lo que hemos dicho: ahora puede ayudar a su hijo.
—¿Qué dice? Ya me han pedido una suma imposible de conseguir. Aunque vendiera nuestra casa no sería suficiente y…
—No, no, no estamos hablando de dinero. El Estado perdonará a su hijo a cambio de su ayuda.
—¿Cómo puedo ayudar al Estado para que mi hijo salga de la

cárcel? ¿Qué puede hacer un hombre corriente como yo?

—Es precisamente usted quien puede hacerlo, porque es un hombre corriente, trabajador y honesto. Sus palabras tendrán una importancia decisiva en el juicio de mañana.

—¿Qué dice? ¿Cómo puede ser que sea yo tan importante?

—Diga lo que sabe y lo que vio en el avión.

—¿Qué pude ver? Estuve todo el tiempo tumbado en el suelo.

—Pero vio que mataron a gente, ¿no?

—Vi a los que mataron.

—¿Y?

—Y me puse malo y no he vuelto a estar bien desde entonces. Mi mujer me ha llevado a varios médicos, pero hasta ahora no he mejorado nada.

—Esa será su ayuda. Tiene que decir exactamente lo mismo mañana en el juicio, para que los culpables reciban el castigo que merecen. ¿Acaso es justo que su hijo, siendo inocente, esté en la cárcel y esos criminales queden libres como héroes?

—Yo pensaba lo mismo. Nadie ha hablado nunca mal de mi hijo. El investigador decía lo mismo, no fue culpa suya.

—Por eso su hijo volverá pronto a casa y esos criminales y terroristas recibirán un castigo ejemplar.

—Bendita sea su amabilidad, de otra forma no volvería a casa a tiempo para verme a mí o a su madre con vida.

—Pues si mañana cuenta en el juicio cómo actuaron esos asesinos, su hijo estará en casa en un par de días.

—¿Por qué no iba a hacerlo? Contaré todo con detalle, lo que pasó y cómo.

—¿Recuerda las caras de los que dispararon a los pasajeros?

—¿Cómo voy a recordar a quienes nos disparaban desde fuera?

—Olvídelos. Tiene que recordar a los que secuestraron el avión y mataron a gente.

—¿Cómo voy a reconocerlos? Ya le he dicho que estuvimos tumbados boca abajo todo el tiempo.

—Eso no es problema. Estarán sentados frente a usted, y cuando el juez le pregunte si fueron ellos, solo asentirá para confirmarlo. Recuerda las caras de los que secuestraron el avión, ¿cierto?

—¿Cómo iba a olvidarlas?

—O sea, que fueron ellos los que mataron a gente y tienen que asumir las consecuencias.

—¿Fueron ellos los que los mataron? ¿No lo saben ustedes mejor que yo?

—Los investigadores ya lo han esclarecido todo, pero un hombre

honesto como usted, que estaba en el avión y puede confirmarlo, ayudará tanto al Estado como a su propio hijo.

El oficial, que parecía tener un rango más alto que los demás, acompañó al hombre mayor hasta la entrada y lo mandó a casa en su coche oficial.

—Ya sabe lo que hacer mañana. Contamos con usted. —El oficial de la KGB se despidió dándole un firme apretón de manos al testigo de confianza.

El último día de la audiencia judicial se programó para el 13 de agosto. Era un día de calor insoportable en Tbilisi, y el gobierno quería que el proceso terminara lo antes posible, a pesar de que muchos detalles del caso siguieran sin estar nada claros.

Durante esos trece días los acusados estuvieron a la espera de ver a sus padres y amigos en la sala del juicio. Natela preguntó a Gega con la mirada si sufría, porque a la madre le pareció que su hijo tenía un inmenso dolor. Gega le respondió con la mirada que no había nada que le preocupara, pero Natela tenía razón: algo había pasado en prisión. Aunque no sabía nada, una madre siempre puede sentir y entender el sufrimiento de su hijo. Gega sabía que su madre estaba muy preocupada por el dolor que no podía ocultar. Desde el primer día del juicio, trató de estar animado y sonreír mucho para esconder su dolor. Gega era muy buen actor y le fue fácil convencer a los presentes de que estaba bien, a todos menos a su madre.

Era un papel difícil. Gega no pudo interpretarlo de manera convincente, ya que su angustia era mayor de lo que podía soportar. Tina no estaba embarazada. Ese hecho fue obvio para él desde el primer día del juicio. Todavía quedaba la esperanza de que Tina hubiera dado a luz, lo que explicaría su vientre plano. Gega no dejaba de mirarla con detenimiento. Tina entendió que esperaba su respuesta. De una forma apenas perceptible, Tina negó con la cabeza y Gega se dio cuenta de inmediato de que todo se había acabado.

A lo largo de esos trece días, los acusados tuvieron la oportunidad de intercambiar algunas palabras entre ellos. Durante las pausas, hubiera sido sencillo que Gega hiciera la pregunta que lo atormentaba y descubrir exactamente qué, cuándo y cómo había pasado. Pero escogió no escuchar la verdad de boca de su mujer. Decidió que la esperanza era entonces más importante que la verdad sobre su hijo.

El último día de la vista comenzó con el testimonio del monje, que se dirigió al juez y a todos los presentes en el juicio con arrepentimiento en la voz:

—Yo era y sigo siendo su padre espiritual y por eso toda la responsabilidad por lo que han hecho recae sobre mí. Todavía son

muy jóvenes y están a tiempo de rectificar sus errores. Todavía pueden ser útiles para la sociedad y para el país. Por eso pido que sean clementes con ellos. Por favor, piensen que las muertes que resultaron de su delito son suficientes. Si alguien sigue sediento de sangre, que me mire a mí. Yo soy el principal culpable. Que mi castigo sea suficiente para perdonar a estos jóvenes…

El juez interrumpió bruscamente el discurso del monje y alguien preguntó desde el público:

—¿Qué va a hacer si le dejan libre?

Aunque no era una pregunta, el padre Tevdore respondió con humildad:

—Tengo un mapa antiguo de Georgia en casa. Tiene toda clase de detalles, con todos los pueblos y las iglesias del país. Buscaré el lugar más remoto y me pasaré el resto de mi vida rezando.

Cuando el monje se sentó, se hizo un gran silencio en la sala del juicio que se prolongó mucho rato, pues él fue el primero que mencionó la palabra «muerte» en la vista. El silencio lo rompió el juez, que con mucha urgencia llamó al testigo de edad avanzada que ya había recibido una exhaustiva sesión en el edificio de la KGB la noche anterior.

El juez le pidió que hablara sobre lo que recordaba. El hombre mayor lo hizo con sinceridad:

—Fue algo malo, muy malo. Estuve en el hospital, aquí en Tbilisi, y en cuanto me sentí un poco mejor, quise volver a casa enseguida. Todavía ahora sigo enfadado con mi mujer, porque fue idea suya que cogiera el avión en lugar del autobús, dijo que sería mejor para mi salud, si no fuera por eso…, los aviones no están hechos para gente de mi edad. Le dije que cogería el tren, que no sería tan movido como el autobús, pero aun así insistió: «No, coge el avión. Quizá regreses a tiempo para las últimas mandarinas, todo el mundo ha cogido las suyas y las que aún nos quedan se pudrirán». Ya saben cómo pueden ser las mujeres cuando empiezan, y uno…

—Por favor, hable del caso.

—Respecto al caso, quiero decir que todo lo que he escuchado aquí es verdad. La única persona a la que no recuerdo es ese cura, pero recuerdo que los demás estaban en el avión. ¿Cómo iba a olvidarme? No le desearía ni a mi peor enemigo haber estado allí.

—Entonces, ¿usted confirma que los acusados son las mismas personas que intentaron secuestrar el avión?

—Se lo he dicho, señor, me acuerdo muy bien de ellos, pero no recuerdo al cura.

—Entonces, ¿confirma que, aparte del acusado que ha mencionado, recuerda a los demás, aquí sentados, como los

terroristas?

—Los recuerdo a todos, y se lo he dicho, señor, no me acuerdo del cura. Uno de ellos tenía barba también, pero no está aquí y su barba era rubia, mientras que ese tiene una barba morena…

—No le estoy preguntando por los demás. Estamos hablando de los acusados que están delante de usted, presentes en la sala del juicio, y si confirma que son esos los terroristas que intentaron secuestrar el avión en el que usted era pasajero.

—Eran ellos, señor, no puedo mentir.

—¿Confirma que su intento armado de secuestrar el avión causó víctimas?

—Claro que hubo víctimas, tanto heridos como muertos, y algunos con piernas o brazos rotos. Cuando el avión empezó a caer en picado, la gente salió despedida de sus asientos…

—¿Nos puede decir cuáles de los acusados iban armados y con qué armas dispararon los secuestradores a los pasajeros?

—No sé lo que llevaban, señor, soy campesino y no entiendo de esas cosas; pero cuando aterrizamos el ejército nos disparó desde fuera con metralletas…

—Entonces, ¿confirma que los acusados iban armados?

—¿Ellos? Claro, ¿cómo iban a secuestrar un avión sin armas?

—¿Nos puede decir de forma específica qué disparos causaron muertes, heridas o lesiones de cualquiera de los pasajeros?

—¿Cómo iba a poder, señor? Hubo muchos disparos y yo estuve tumbado en el suelo todo el tiempo y ni siquiera levanté la cabeza mientras duró el tiroteo.

—Y cuando cesaron los disparos, usted se sentó y puede que viera a gente armada, los que ahora están sentados delante de usted.

—Me senté, no podía levantarme. Me sentía muy mal y tenía la boca muy seca.

—Y probablemente viera a uno de ellos, con un arma en la mano.

—Sí, señor, lo vi a él, y recuerdo bien que era él, porque lo había visto en la tele, pero no recuerdo el nombre de la película.

—¿Recuerda el arma? ¿Qué clase de arma tenía el terrorista?

—Tenía una bomba en la mano, señor, pero una como la de las películas de guerra. Tenía una bomba redonda en una mano…

—¿Y en la otra?

—¿En la otra? ¿Debo decirlo, señor?

—Sí, debe decir todo lo que sabe y recuerda, que es precisamente por lo que está usted aquí.

—No estoy seguro, señor; si lo digo, quizá eche a perder algo.

—Es de vital importancia para la investigación del caso y para el

tribunal que cada detalle quede claro.

—Entonces, ¿debo decirlo, señor?

—Sí, por favor, dígale al tribunal lo que tenía el acusado en la otra mano.

—En la otra mano tenía un vaso.

—¿Qué clase de vaso?

—Un vaso normal. Traía agua para cualquiera que se sintiera mal.

Aquello cogió al juez por sorpresa. Planteó su siguiente pregunta tras una pausa inusualmente larga:

—¿Y después?

—Y después me trajo un poco de agua a mí y me sentí un poco mejor.

—¿Y después?

—¿Después, señor? Pues que si mueren, eso también será una pena…

La voz del testigo mayor empezó a temblar, después una lágrima cayó por su mejilla, y acto seguido comenzó a llorar sin consuelo. El juez anunció un receso.

EL FIN

No fue de extrañar que el testigo mayor no volviera tras el receso.

Aunque dos personas habían mencionado la muerte ese día, cuando el juez leyó el severo veredicto, resultó impactante no solo para los acusados y sus padres, sino también para los oficiales de la KGB presentes en el juicio. Tina recibió una pena de catorce años de prisión; al resto de ellos, los ejecutaría un pelotón de fusilamiento.

En cuanto se anunció el veredicto, se sacó a los acusados de la sala del juicio. Gega buscó a su madre. Estaba inmóvil, viendo solo la espalda de su único hijo mientras se lo llevaban. Pero seguro que no para fusilarlo; eso era imposible de creer. Nadie quería creer que iban a fusilar a Gega y sus amigos. Todavía quedaba la esperanza del perdón que a veces otorgaba el gobierno a los condenados a muerte. El siguiente paso era enviar una carta firmada por los georgianos más respetables de la época. Tenía que ir dirigida a las autoridades con el ruego de que se les perdonara la vida a esos jóvenes descarriados. La redactaron varias personas y la carta pedía exactamente eso. Sin embargo, sus firmas no eran suficientes y comenzaron a buscar figuras públicas conocidas y respetadas por toda Georgia.

En pleno agosto, la mayor parte estaba de vacaciones en la costa del mar Negro, principalmente en Abkhazia, por lo que a menudo se les podía encontrar en la playa. Amigos de Gega y voluntarios jóvenes buscaron a los representantes de la inteligencia georgiana que tomaban el sol, playa por playa, y hablaron con ellos en susurros en el mismo paseo marítimo. Aquellos intelectuales georgianos tenían muchos motivos para firmar ese ruego para el perdón de los jóvenes: hubo quienes estaban realmente preocupados por el destino de Gega; y los que sencillamente siguieron el ejemplo de otros. Para reforzar su confianza, a algunos se les dijo confidencialmente que la idea de la carta procedía del propio gobierno.

El ruego se iba a enviar a Moscú, ya que la mayor parte de la gente pensaba con sinceridad e ingenuidad que la decisión de la sentencia de los secuestradores venía de Moscú y que el gobierno georgiano solo estaba siguiendo órdenes. En realidad, era todo al revés, y cuando se enteraron de que la petición la habían firmado científicos, directores y

actores georgianos que cooperaban con las autoridades soviéticas o que les eran leales, las autoridades georgianas no solo se preocuparon, sino que también se enfadaron. Lo que preocupaba a las autoridades georgianas era que resultaba muy probable que hubiera una reacción negativa en el Kremlin por el hecho de que la inteligencia georgiana defendiera de una forma tan abierta y audaz a individuos antisoviéticos. Eso solo podía significar que el gobierno georgiano no estaba haciendo un buen trabajo con su inteligencia; es más, seguro que lo estaban haciendo muy mal. El Comité Central georgiano estaba indignado porque la inteligencia georgiana, a cuyos integrantes el gobierno había dado pisos, coches y casas de verano, había firmado la petición de perdón para los secuestradores y, en consecuencia, traicionado al Partido Comunista de Georgia y a su secretario general en persona.

El veredicto se dictó el 13 de agosto y diez días después se emitió un programa especial de televisión, que se llamó *Los* En esos diez días el programa se editó de tal forma que a los televidentes no les quedara ninguna duda de que estaban viendo a unos criminales y unos asesinos cínicos, terroristas genuinos, que no se merecían otra cosa que la muerte. Algunos de los detalles fueron motivo de desacuerdo entre los cineastas. Por ejemplo, la necesidad de incluir la motivación de los hermanos Iverieli para dejar la URSS. Según los investigadores, su estilo de vida era totalmente inmoral y estaba lleno de aventuras sexuales. Su verdadera razón para irse era encontrar más parejas sexuales en Occidente. En realidad, los hermanos querían abrir su propia clínica. Al final, esta acusación en concreto no se incluyó en la película por miedo a que pusiera en contra a la opinión pública.

Sin embargo, se incluyeron otros detalles que ilustraban la naturaleza inhumana de los secuestradores. Se les acusó de haber negado rotundamente a los pasajeros que utilizaran el aseo del avión. En realidad, los secuestradores pidieron a los pasajeros que no se movieran de sus asientos mientras durara el intenso tiroteo de la KGB contra el avión.

La película se editó tan bien que varios miembros de la inteligencia que habían firmado la petición retiraron sus firmas. El resto fueron convocados por el Comité Central, que los obligó a hacer lo mismo mediante amenazas y otros métodos de persuasión. A algunos los obligaron no solo a retirar sus firmas, sino también a escribir cartas disculpándose por el error cometido contra el gobierno y el Partido Comunista. Sin embargo, hubo otros que no se dejaron amedrentar y renunciaron a sus privilegios, para mantener que Gega y sus amigos merecían el perdón. Estaba claro que las autoridades georgianas habían decidido ejecutarlos. El Kremlin esperó en vano la petición de la sociedad georgiana para perdonar a los secuestradores.

Entretanto, la población georgiana consideraba que las autoridades eran tan duras que inventaban historias sobre la crueldad de Shevardnadze. Era la única forma de tomarse la revancha en aquella época. Esto se ilustra con la historia de cómo Shevardnadze convocó al padre de Paata y Kakhaber para hablar sobre sus hijos, que se enfrentaban a la pena de muerte. Nadie sabe si la historia es cierta, pero si realmente es inventada muestra a la perfección la opinión de la gente por aquel entonces.

Naturalmente, al padre de Paata y Kakhaber, un conocido físico y científico georgiano a quien Shevardnadze conocía personalmente, lo despidieron al día siguiente del arresto de sus hijos. Tres semanas después de la vista oral, fue convocado por el secretario general del Comité Central.

No hace falta decir que Vazha Iverieli entendió en qué, o mejor dicho, en quién se iba a centrar la conversación. Por ello, para el encuentro en el Comité Central de Georgia, donde se iba a decidir el destino de sus hijos, decidió llevar vaqueros de forma deliberada. Vazha no tenía, pero encontró unos en la habitación de los chicos. No fue fácil dar con ellos, ya que la habitación de sus hijos estaba patas arriba: con tantos registros, la familia había dejado de ordenarla; al fin y al cabo, era una tarea absurda, ya que volvían una y otra vez. Aun así, Vazha encontró los vaqueros, que olían a sus hijos, se los puso delante del espejo y fue ante el Comité Central.

Cuando le dieron el pase para el Comité Central, todos los oficiales, con independencia del rango que tuvieran, se quedaron estupefactos al ver a un hombre que iba a ver a Shevardnadze en vaqueros. Era el primero en protestar de esa forma directamente ante él.

Shevardnadze mantenía la vista en su mesa y no oyó su saludo al entrar, aunque sin duda reparó en los vaqueros de Vazha. Sin levantar la cabeza, señaló una silla a su visitante y miró los vaqueros con más detenimiento. Puede que estuviera enfadado. Es probable que se diera cuenta de que eso era la protesta de un padre por la sentencia de sus hijos. Comenzó la conversación.

—Seguramente sabe por qué lo he llamado.

—No lo sé. Solo me puedo imaginar que quiere hablar de mis hijos.

—Entonces, lo sabe.

—Escucho.

—No, yo le escucho a usted.

—No tengo nada que decirle.

—Pero puede que tenga alguna pregunta.

—¿A qué se refiere?

—Estoy hablando de sus hijos, claro.

—No puedo preguntarle a usted sobre mis hijos.

—¿Por qué? ¿No tiene esperanza en nuestra clemencia?

—No tengo derecho a rogar por la vida de mis hijos. El de los sentenciados no han hecho nada peor que mis hijos.

—Entonces, ¿me está pidiendo que cambie la sentencia de todos?

—Si es por eso por lo que me han hecho venir, entonces sí. Pero no puedo pedir que salve solo a mis hijos, porque no sería justo con los padres de los demás, que no lo conocen en persona, y por lo tanto no pueden venir aquí, como yo, para salvar a sus hijos.

—Los demás tienen circunstancias diferentes.

—Todos tenemos la misma situación.

—Pero los demás no se enfrentan a la misma sentencia. Ellos solo van a perder a un hijo cada uno, mientras que usted va a perder a los dos, a menos que se les perdone.

—¿Quién se supone que los va a perdonar?

—Moscú.

—¿Hay alguna posibilidad?

—Estamos haciendo todo lo que podemos, pero a menudo toman decisiones sin consultarnos. Si dependiera de mí, ya sabe…

—Lo sé —dijo Vazha, a pesar del hecho de que no estaba del todo seguro de lo que hubiera hecho ese hombre si la decisión de cambiar el veredicto hubiera dependido de él.

Ambos permanecieron callados por un momento. Vazha guardó silencio y no dijo lo que pensaba porque todavía tenía la esperanza de salvar a sus hijos. Fue el secretario del Comité Central quien rompió el silencio:

—La posibilidad de que la sentencia general cambie para todos es muy pequeña, pero podría conseguir salvar a uno de sus hijos. Nos conocemos hace mucho y nunca me ha pedido nada, hasta ahora.

—Nunca he pedido nada.

—Por eso quiero salvar al menos a uno de los hermanos. Ya lo he hablado con Moscú.

—¿Cómo?

—Es muy probable que cambien la sentencia de uno de sus hijos, el que se merece que se le cambie la pena…

Vazha se levantó y estaba a punto de decir algo, pero se le secó la garganta y no fue capaz de decir nada. Shevardnadze pensó que su invitado quería darle las gracias e hizo un gesto con la mano como si quisiera decir «no es necesario». Vazha volvió a intentar que le salieran las palabras, pero no pudo y comenzó a avanzar despacio hacia la puerta. Cuando abrió la puerta, el secretario del Comité Central se levantó, se acercó a Vazha y, casi en un susurro, le preguntó con indiferencia:

—Por cierto, ¿cuál prefiere de los dos?

Vazha sabía que su corazón y sus piernas fallarían allí mismo si Shevardnadze añadía algo más, así que dio un portazo y se fue.

Resulta evidente por qué se inventó la historia, si bien su autor sigue siendo desconocido.

Tras la sentencia, Tina, como ya era una presa condenada, tuvo que ser trasladada a una cárcel de mujeres, mientras que a los demás los trasladaron a los calabozos de la antiquísima prisión de Ortachala, donde estaban los presos condenados a muerte. Solo quedaba una noche en la prisión de la KGB antes de los traslados y el monje se acercó al guardia, a quien había entregado en secreto el Evangelio de san Juan con su última voluntad:

—No me volverás a ver. Me trasladan mañana.

—Lo sé.

—Al corredor de la muerte.

—Lo sé.

—A esperar al pelotón de fusilamiento.

—Lo sé.

—Se ha cumplido la última voluntad de todos, ¿no es así?

—Dígame y lo intentaré.

—¿Sabes en qué celda está Gega?

—Sí.

—¿Y Tina?

—Sí, también sé cuál es la celda de la chica.

—¿Puedes conseguir que se vean?

—¿Esta noche?

—Es la última noche. No van a poder verse más. Esa es mi última voluntad para ellos.

—La planta de mujeres no es mi zona y no puedo entrar sin llave.

—El amor abre todas las puertas.

—¿Cuándo podemos hablar sobre el libro, padre?

—Cuando abras la primera puerta del amor, está justo aquí, en la planta superior.

—¿Hay muchas puertas esperándome?

—Muchas, pero algunas serán más fáciles de abrir que otras.

—La primera es siempre la más difícil, ¿no es así, padre?

—Hace mucho que te quería preguntar qué te trajo a trabajar aquí, y siempre se me olvida. Me sorprende.

—Padre, se lo cuento cuando vuelva.

El guardia miró su reloj, después sonrió y le dijo muy tranquilo:

—Me voy arriba. Parece un buen momento, padre.

—El tiempo siempre es bueno —dijo el monje, más para sí mismo,

e hizo la señal de la cruz sobre el guardia que se marchaba.

El guardia volvió a mirar su reloj de muñeca bajo la luz de la bombilla y apresuró el paso. Recorrió el pasillo, giró a la derecha, subió las escaleras y puso el Evangelio de san Juan sobre la mesa haciendo ruido delante de su superior, que se había quedado dormido en el escritorio.

—¿Qué es esto? —preguntó el superior y miró la portada.

—Un libro.

—Ya veo que es un libro.

—Se lo he confiscado a un preso.

—¿Le va ayudar rezar ahora? Mi abuelo era diácono, ¿y qué? Nada, se pasaba todo el tiempo rezando en la iglesia y ahora está enterrado en el cementerio de la iglesia, al final de nuestro pueblo. Me gustaría que hubiera vivido lo suficiente para ver al gran hombre en el que me he convertido. Solo estuvo dos veces en la ciudad.

—Señor, necesito la llave del baño de arriba. Tengo que llevar a un preso. Tiene la tripa suelta y su baño está atascado, el fontanero no llega hasta mañana.

—¿Qué preso?

—No me acuerdo de su apellido, uno de los que están aquí por el caso de la fábrica de conservas.

—¿Es uno de los tuyos?

—Sí, es de los míos.

—¿Qué le has dado de comer?

—Su propia conserva.

El superior se rio y cogió la llave del cajón de su escritorio.

—Que se dé prisa. Ya es medianoche y sabes que va contra las normas.

—Es verdad, pero, si le pasara algo, seríamos responsables y eso sería peor.

—Te has vuelto muy listo últimamente. ¿Te interesa mi puesto por casualidad? ¿Quieres ser jefe, chaval?

Ahora se rio el guardia, pero sin tanta sinceridad como su superior, y continuó con su camino. Llegó al final del pasillo y subió las escaleras hacia la planta superior. Giró a la derecha y empezó a contar las celdas. Se paró en la séptima por la derecha, miró hacia atrás, al pasillo semiiluminado, y llamó a la puerta con la llave. No esperó respuesta, abrió con rapidez y quitó el pestillo. Gega estaba de pie en la celda y el guardia susurró, sin que apenas fuera audible:

—Vamos, rápido.

—¿Qué pasa?

—Estoy cumpliendo la última voluntad del monje.

Gega y el guardia recorrieron rápidamente el pasillo, giraron a la derecha y subieron las escaleras. El oficial de seguridad de la planta superior, anonadado, le preguntó adónde llevaba al preso a esas horas de la noche.

—Su mujer está en la 19. Solo cinco minutos y me lo llevo.

—¿Tú sabes el castigo que te puede caer por esto?

—Si no se ven ahora, ya no lo harán nunca más. A él lo han sentenciado a muerte hoy y lo trasladarán al corredor de la muerte.

—Y mañana tú podrías estar en su celda.

—Tú te negaste a darme la llave y yo te la quité a la fuerza. Puedes decir eso si te piden una explicación.

Le arrebató la llave de la celda al guardia y bajó con Gega por el pasadizo. Aún más sorprendido que el guardia, Gega susurró:

—¿Sabes que nunca fui a ver al monje? Ni siquiera una vez.

—¿Cuándo?

—Antes del arresto, él nunca dejó de esperarme…

—Es aquí —dijo el guardia, y se paró delante de la celda 19. Llamó a la puerta silenciosamente, giró la llave, abrió la puerta y dejó pasar a Gega.

Tina estaba sentada en la cama, descalza, con una blusa blanca. La cama estaba en la pared frente a la puerta. La celda era pequeña, tenía una ventana con una robusta reja a un lado y otra pared de ladrillos descoloridos al otro.

Tina, sin decir nada, escuchaba a Gega, sentado a su lado. Él tenía cuidado, mucho cuidado, al acariciar sus dedos:

—No te preocupes… Mi abuelo también fue condenado a muerte, pero sobrevivió. Me llamaron como él y también tenía veintitrés años cuando lo condenaron a muerte, justo como yo ahora. «No tengo miedo a la muerte. Tú también vendrás y podremos hablar», le dijo a Beria, su verdugo. Se lo llevaron de la cárcel de Metekhi por la noche y le hicieron ponerse de pie de espaldas al río. Mi abuelo les pidió que no le dispararan por la espalda porque prefería mirar a la muerte a los ojos. Así que le apuntaron a él, dispararon y fallaron, a propósito, porque eran las órdenes que le habían dado a Beria. Me dijeron que mi abuelo, después de eso, decía que Beria había hecho algo mucho peor que fusilarlo. Sigue vivo, seguro que te acuerdas de él, en nuestra boda no dejaba de llorar y darte besos en la frente. A mí tampoco me dispararán, no te preocupes, seguro que pasa algo y no me dispararán…

Llamaron tímidamente a la puerta y Gega se levantó:

—Voy —dijo Gega en un tono de voz muy bajo, se volvió a sentar, y con la mano derecha apretó con fuerza los dedos de Tina que tanto había echado de menos. Después empezó a llorar como cuando de

pequeño encontró un pájaro muerto en el patio trasero de su casa.

Antes de que el guardia cerrara la puerta, miró a Tina por última vez, que seguía sentada en la cama. Parecía que su cara brillara, y así es como Gega recordaría a Tina para siempre: sentada en la cama de la celda, descalza y con los ojos húmedos.

EL VUELO

A pesar de que todo indicara lo contrario, todo el mundo en Georgia seguía pensando que no se fusilaría a los secuestradores. Para algunos, esa ilusión les hizo inventar varias historias. La más extendida de todas se refería a Siberia. Se decía que normalmente nunca se ejecutaba a los condenados a muerte, sino que los mandaban a Siberia, a ubicaciones secretas en Siberia, a trabajar allí para siempre. Se decía que a los secuestradores les esperaba la misma suerte. La realidad es que el gobierno soviético ejecutaba a sus presos, pero la historia de Siberia era fruto de la imaginación de aquellos que no querían que los presos murieran. Es cierto que existía la pena de muerte, pero normalmente se ejecutaba transcurrido un tiempo después de la sentencia. El motivo era que las autoridades de todas las repúblicas soviéticas tenían que esperar la aprobación de Moscú hasta el final, con lo que, por regla general, las ejecuciones se posponían varios años. La rapidez en el caso de los secuestradores sigue siendo un misterio. Los ejecutaron solo un mes y medio después de que se dictara la sentencia, el 3 de octubre.

Obviamente no hubo ningún anuncio oficial y no se notificó nada a los padres de las familias, ni antes ni después. Aun así, la noticia de la ejecución de Gega y sus amigos se difundió por todo el país. Hay que recordar que las emisoras de radio occidentales eran la única fuente de información alternativa bajo el régimen soviético. Mucha gente, incluidos los georgianos, solo se enteraba de lo que pasaba y de lo que trataban de ocultar las autoridades soviéticas a través de la voz de los enemigos, como los denominaban los medios oficiales. La angustiosa noticia sobre los secuestradores fue difundida por la Voz de América el mismo día en que se ejecutó la sentencia, el 3 de octubre de 1984. Sin embargo, la mayoría se negó a creer que Gega ya no estuviera vivo; para algunos la esperanza nunca muere.

El abuelo de Gega, por quien escogieron su nombre y que había escapado milagrosamente de la muerte en la década de 1930, a la misma edad que Gega, murió ese mismo día, el 3 de octubre.

Las celdas de los condenados estaban en los calabozos de la cárcel

de Ortachala, en el piso subterráneo más profundo. A los presos los llevaban a una sala especial en la misma planta para el fusilamiento. No solo llevaban allí a los presos condenados a muerte. También había otros reclusos en el pasillo y más arriba que sabían quién estaba en cada celda y quién era trasladado adónde y cuándo. Sobra decir que algunos estaban mucho mejor informados que otros.

Un conocido delincuente, Dima Lortkipanidze, estaba en la planta superior. Nació en París en una familia de emigrantes políticos georgianos, por lo que sus opiniones antisoviéticas no eran fortuitas. Daba la casualidad de que había varias mujeres arrestadas por tráfico ilícito cerca de la celda de Dima, mientras esperaban a que las trasladaran a una cárcel de mujeres. Solían cantar y tararear, lo que despertó la curiosidad de Dima, que preguntó al vigilante por las presas cantoras. El vigilante se quejó por esos cánticos, ya que en más de una ocasión le habían llamado la atención por la falta de disciplina en su planta. También estaba sorprendido de que esas mujeres, en su mayoría dependientas y contables, cantaran tan bien. Dima le indicó al vigilante que se acercara y le preguntó en voz baja:

—Si cantan más alto, ¿se oirá ahí abajo?

—¿Ahí abajo?

—En el corredor de la muerte.

—Con las celdas cerradas, ¿cómo van a oírlo?

—Pero ¿se las oye en el pasillo?

—Bueno, si cantan a pleno pulmón, probablemente se las oiga.

—¿Probablemente o seguro?

—Probablemente.

—Ahora, escucha. Si me haces un pequeño favor, te lo agradeceré con mucha generosidad.

—Pero no me hagas perder mi trabajo.

—Sí, como tienes un trabajo maravilloso… Escucha con atención.

—Soy todo oídos.

—Ahí abajo, en el corredor de la muerte, hay un tío, Gega, un actor.

—Sí, lo sé, la historia del avión. Los otros también están abajo.

—No podemos ayudarlos a todos, pero Gega solo tiene veintidós o veintitrés años, bastante joven.

—Lo sé, lo he visto en el cine, pero…

—Entonces, a ti también te gusta el cine. Ahora dime, ¿cuándo se van a llevar a Gega para fusilarlo? ¿Cuándo sabrás algo?

—Enseguida, el vigilante de esa planta es mi primo.

—¿Primo hermano o segundo?

—Primo hermano.

—En el momento en que se lo lleven, necesito saberlo de inmediato.

—Por favor, no me hagas perder mi trabajo, tengo dos niños pequeños. Si por lo menos me dijeras lo que vas a hacer…

—Nada en especial.

—No me arruines la vida.

—Ya te lo he dicho, nada en especial.

—¿Entonces?

—Cuando se lleven a Gega para fusilarlo, tienes que decirles a las mujeres que empiecen a cantar lo más fuerte que puedan. Diles que se lo pido para Gega. Diles que se lo llevan a fusilarlo.

El vigilante se quedó paralizado por la sorpresa y escuchó al extraño prisionero, tan diferente a todos los que había visto u oído a lo largo de su carrera.

Los iban a ejecutar a todos el mismo día. Se esforzaron especialmente en que no se filtrara la noticia y funcionó en tres ocasiones. Al monje y los hermanos los sacaron de sus celdas de día, ya que durante el día la atención se centraba en otros aspectos de la prisión y los reclusos estaban más tranquilos. Por último, abrieron la puerta de la celda de Gega.

Este los recibió de pie, aún creyendo que no lo matarían. No sabía adónde lo llevaban. No sabía que al final del pasillo había una sala donde le esperaba su sentencia. De camino, Gega escuchó un canto distante desde algún lugar por encima de él, aunque pensó que eran imaginaciones suyas e incluso esbozó una tímida sonrisa, muy tímida. Mientras tanto, en la planta superior, las presas cantaban con todo su corazón, manteniéndose cerca de la ventana de sus celdas cerradas, cantando con todas sus fuerzas y llorando. A diferencia de Gega, Dima Lortkipanidze las podía oír a la perfección. Gritaba el nombre de Gega y golpeaba con los puños la puerta de la celda, hasta que se le quebró la piel y empezó a sangrar.

La voz de Dima se escuchó en toda la cárcel. En cuestión de segundos, otros reclusos se unieron a él y rápidamente todo el mundo en Ortachala sabía que abajo, en el sótano, una persona iba a ser ejecutada. En cuestión de segundos, todas las plantas gritaban el nombre de Gega hasta quedar casi sin voz. Cuando llegaron al final del pasillo, el sonido se había vuelto tan intenso que los vigilantes que acompañaban a Gega parecían preocupados. Pudo ser por las prisas o por el hecho de que el Imperio soviético se pudría por dentro, pero, en cuanto Gega entró en la habitación, el verdugo le disparó por la espalda, tal y como le habían ordenado. Sin embargo, su arma no disparó. Este inconveniente inesperado hizo que el asesino profesional

sufriera un ataque de pánico. Gega se giró hacia el verdugo con mucha calma y dijo con una sonrisa:

—Antes al menos podías matar a gente, ahora ni siquiera puedes hacer eso.

El verdugo disparó por segunda vez y de repente todo se acabó.

Aunque a los padres de los condenados a muerte no se les avisó de la ejecución, las autoridades soviéticas tenían otras normas todavía más crueles y retorcidas. Tras el 3 de octubre, las familias de los condenados recibían las facturas por el coste de las balas utilizadas para matar a sus hijos. Cada bala costaba tres rublos, pero la madre de Gega tuvo que pagar seis por esa primera bala encasquillada, que se disparó o no, o el verdugo sencillamente falló. Eso era difícil de creer, ya que era muy poco habitual que fallaran, incluso desde distancias largas, por no hablar desde una distancia tan corta. En resumen, esto parecía simbolizar toda la historia del Imperio soviético.

A los que llevaban a cabo el fusilamiento se les pagaba catorce rublos adicionales a su sueldo por cada preso. ¿Qué precio se podía esperar que tuviera la vida humana en un lugar donde la muerte de una persona cuesta catorce rublos?

No eran héroes. Lo que hicieron es un delito en cualquier sitio.

Por consiguiente:

Los padres, familiares, amigos y conocidos de los secuestradores nunca dijeron que Gega y sus amigos fueran inocentes y que no tuvieran que responder por lo que habían hecho. El secuestro del avión era un delito en todas partes, y aún más cuando acaba con muertes. Los secuestradores se merecían un castigo.

Pero:

Fusilar a alguien que no había matado a nadie es un delito igual que el secuestro, incluso peor.

Además:

Es un delito aún mayor castigar, por un intento de secuestro, a una persona que ni siquiera estaba en el avión. Parece que la extrema crueldad que el Estado demostró con el monje georgiano cambió completamente la opinión de su carcelero en la cárcel de la KGB de Tbilisi. El guardia dejó su trabajo y fue a todos los monasterios en los que al monje le gustaba estar en soledad.

En el pueblo desde el que se divisa el camino nevado que lleva al monasterio, el que tomó el antiguo guardia, nació inmediatamente una leyenda. La gente creía que no asesinaron al monje, que se salvó a un inocente.

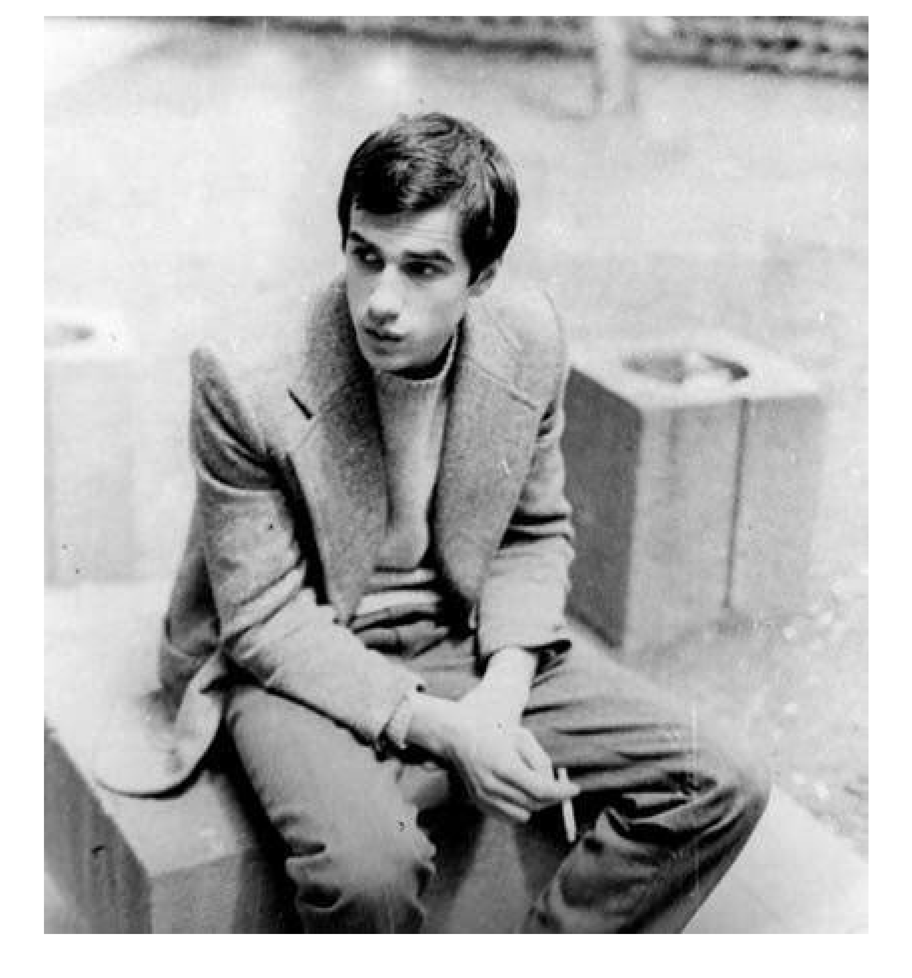
Todavía hoy, mucha gente en Georgia sigue creyendo que los

secuestradores están vivos y en algún lugar lejano, muy lejos de este país, porque tenían muchas ganas de volar.

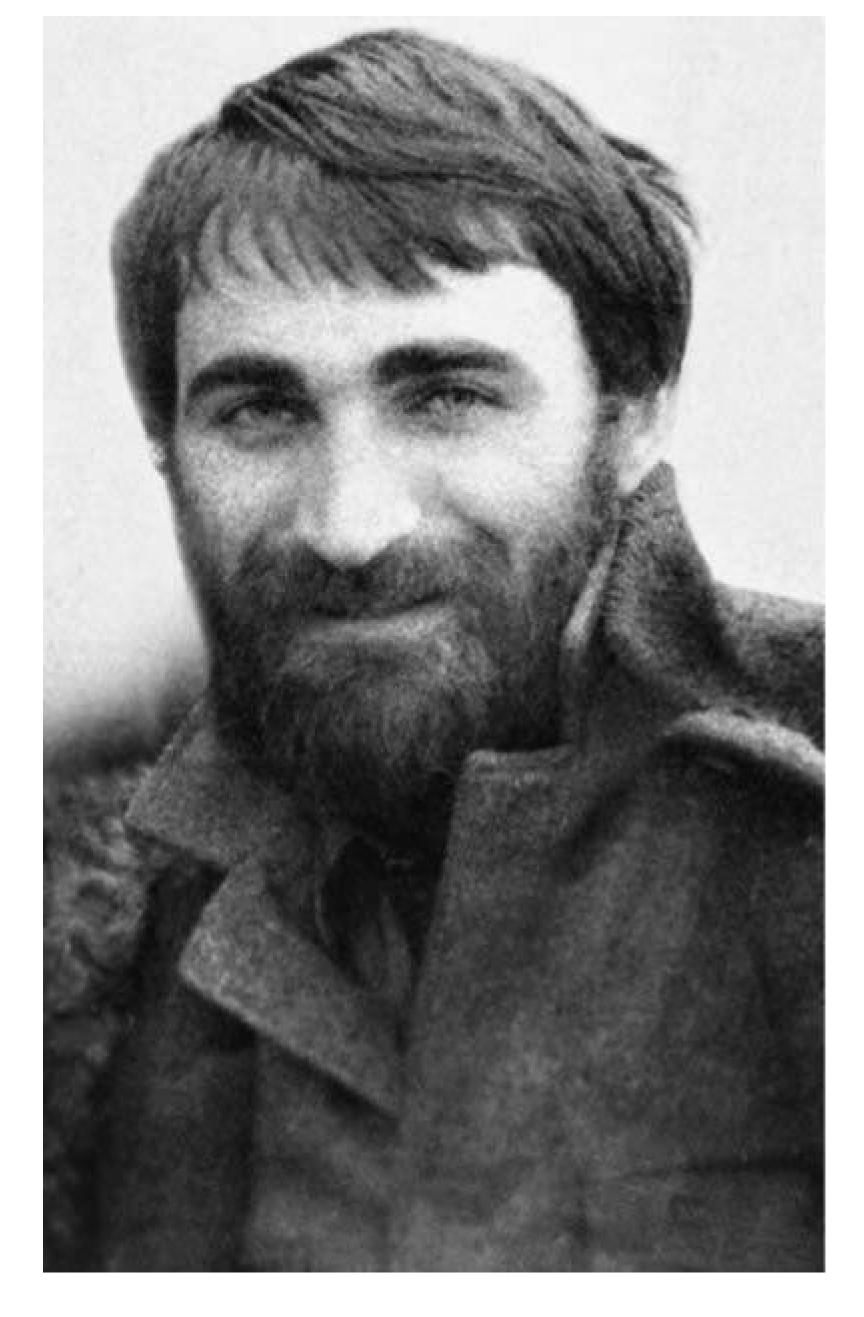
ÁLBUM FOTOGRÁFICO



Tina Petviashvili, Gega Kobakhidze.



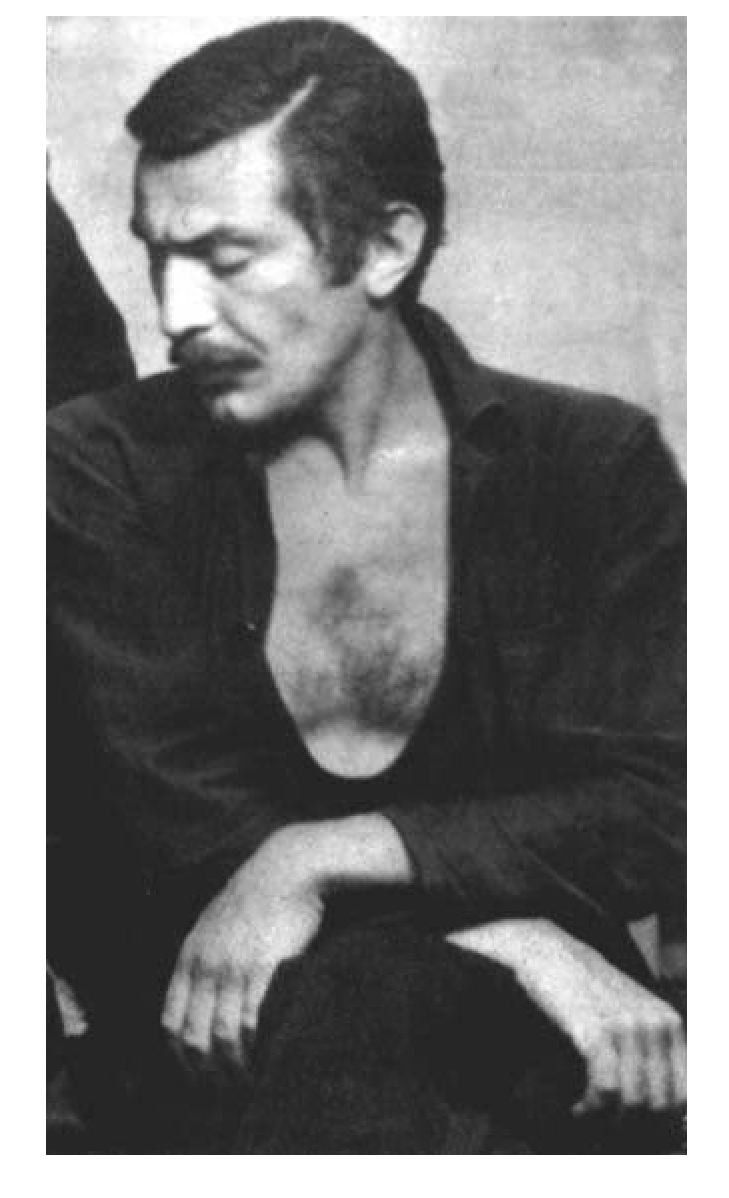
Gega Kobakhidze.



Temur Chikhladze.



Boda de Temur Chikhladze y *Guliko Eristavi.*



Gia Tabidze.



De izquierda a derecha:
Soso Tsereteli, Dato Mikaberidze y *Gia Tabidze.*



Kakha Iverieli (*izquierda*) y *Paata Iverieli* (*derecha*).



De izquierda a derecha: Gega Kobakhidze,
Irakli Charkviani y *Giorgi Mirzashvili.*